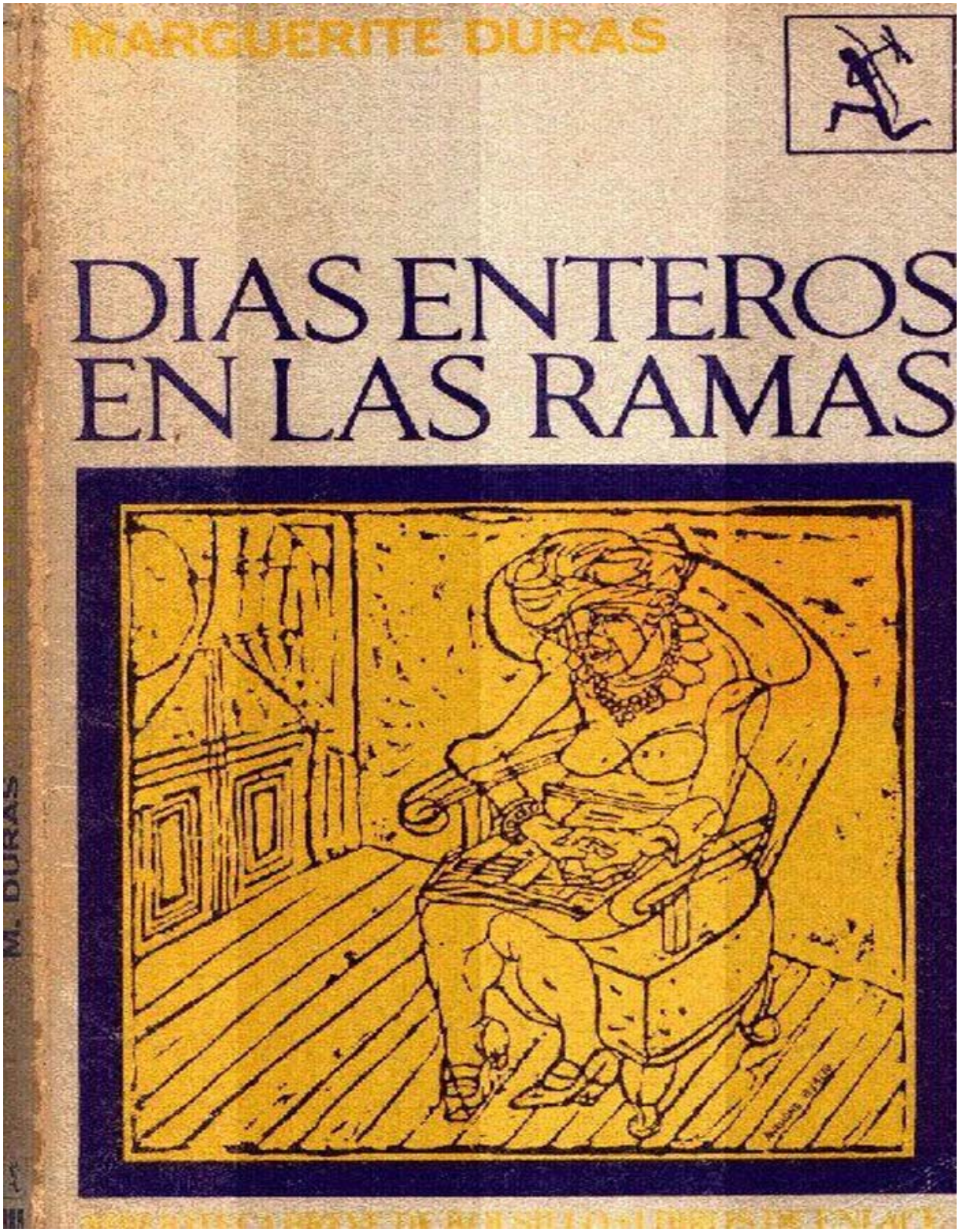
DÍAS ENTEROS EN LAS RAMAS
MARGUERITE DURAS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A

Madame Jeanne Mascolo

Librodot

Días enteros en las ramas

El hijo desviaba los ojos para no encontrar aquella mirada enflaquecida y sin color. Le había bastado ver la infinita prudencia con que su madre franqueaba la pasarela, al bajar del avión, para comprenderlo. Había terminado, ésta era la verdad: la mujer que estaba sentada a su lado era una anciana. Y la madre lo vio porque en los ojos de su hijo había lágrimas. Entonces le tomó de la mano.

—Sucedió de pronto —explicó poco a poco—, el invierno de hace dos años. Una mañana me miré al espejo y no me conocí.

—No, mamá.

—Sí, sí, ya lo sé. Sucede así, de pronto. Hubiera debido enviarte alguna foto, una no atina... Pero no vale la pena entristecerse. Soy vieja, pero nada más; me siento muy bien.

—Mamá.

—Sí, hijo, sí. No podía más, tenía que volver a verte. Cinco años. Cinco años sin verse, son cosas que no deberían hacerse nunca.

—Es verdad.

La mujer agitó sus pobres brazos y se le arremangó la chaqueta: el hijo vio sus muñecas cubiertas de pulseras y sus dedos flacos llenos de diamantes.

—Bonitas joyas —dijo.

—¡Ah! Es que ahora soy rica... —y sonrió como si ocultara su juego.

Rica y cubierta de oro hasta el delirio, ahora. Todo terminó, pensó el hijo. Jamás se le había ocurrido que un día le costaría tanto reconocer a su madre. Estaba asombrado.

—Sí, ya sé que te enriqueciste.

—Oh, no, no sabes hasta qué punto.

—¿Más rica que antes?

—Mucho más, hijo mío.

El hijo la abrazó por los hombros.

—Pero, ¿por qué tantas y tantas pulseras?

—Son de oro —se sorprendió ella.

Tendía los brazos sin hacer caso de París, enseñándoselas para que las admirase. Todo aquello le estaba grande y entrechocaba encima de ella.

—No soy tan tonta, ahora; las llevo.

—¿Todas?

—Todas. Bastante he pasado sin ellas toda mi vida.

Fuera, hacía un gran sol azul de primavera y ligeras y frescas ráfagas de aire barrían las calles. Hombres libres, de madres lejanas o difuntas, caminaban por las aceras.

—Tienes razón —dijo él.

—¿De qué? ¿De llevarlas todas?

—Sí.

—Pero ¡qué frío tengo!

—No es nada, mamá. El cansancio. No es nada.

En cuanto llegaron a casa, la madre se dejó caer en un sillón.

—Bueno —declaró—. Aquí estoy.

Apareció una joven.

—Marcelle —la presentó el hijo—. Vive conmigo, ya te lo escribí.

—Buenos días. —La madre buscó su bolso, se puso las gafas y miró a la joven.

—Buenos días. —Marcelle tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía que volver a ver a mi hijo antes de morir.

—Perdone usted, pero a mi madre no la conocí; por eso lloro.

—De la «Assistance Publique» —explicó él.

—Claro, claro —dijo la madre—. Pero no llore usted. Soy una madre como las demás. Míreme y se le pasará; ea, no llore usted más.

El hijo, apoyado en la chimenea, con los ojos todavía enrojecidos por las lágrimas, empezaba ahora a aburrirse un poco.

—Voy a enseñarte el piso, vamos.

La madre se levantó penosamente de su sillón y apoyada en el brazo del hijo recorrió la casa.

—Tendrás el cuarto de Marcelle. No hay ruido y la cama es buena.

—Estoy acostumbrada a los grandes espacios y todo me parece pequeño —se excusó la madre—. Tres habitaciones, no está mal, según parece, pero allá tengo veinte; cuando lo pienso, ¡veinte habitaciones para mí sola! ¡Qué desgracia, cuando lo pienso! Siempre me he asfixiado en los pisos, en las casas pequeñas. Siempre las he necesitado grandes, demasiado grandes, con jardín alrededor... Siempre las he tenido demasiado grandes..., por la noche me daba miedo oír a los perros..., siempre demasiado grandes, como mis proyectos, como todo cuanto hago, pobre de mí.

—No pienses más en ello.

La madre se detuvo: había observado algo en la cabeza de su hijo.

—Tienes canas en las sienes —dijo—, no me había dado cuenta.

—Cuatro —sonrió él—, no es nada, nada en absoluto.

—Eras el más rubio de todos, oro puro.

En el comedor se reunieron con Marcelle.

—Quizá tenga usted gana de comer —dijo ésta—, por una vez, podríamos comer más temprano. ¿Qué te parece, Jacques? Tu madre quizá tendrá gana de comer.

—Siempre —contestó la madre—, siempre tengo. De noche, de día, siempre. Y hoy más que nunca.

—Bueno, comemos enseguida, ¿de acuerdo?

—Enseguida —dijo Jacques, y se echó a reír—; yo también tengo siempre hambre, figúrate tú.

La madre sonrió a su hijo. El amor le empañó la mirada.

—¿Igual que a veinte años?

—Igual. Cuando como, es una suerte.

—La semana pasada nos mantuvimos con muestras de hepatrol —dijo Marcelle riendo estrepitosamente—. Nos duró cuatro días, ¿verdad, Jacques?

—Y aún gracias —dijo éste.

La madre se inquietó al ver desviarse la conversación.

—Bueno, ¿comemos?

—Enseguida —dijo Jacques—. Hay jamón, ensalada..., pensamos que después del traqueteo del avión...

Marcelle se reía, sola en su rincón. La madre estaba consternada.

—Es que yo como —se lamentó—, necesito comer, yo. El jamón no me basta ni mucho menos. Como soy tan vieja, asimilo mal y tengo que engullir grandes cantidades de alimento para quedar satisfecha...

—Lo que ocurre es que...

—Comprendo, comprendo, pero si no tenéis inconveniente bajo yo misma a la tienda y completaré vuestra minuta.

—Conforme —dijo Marcelle dando un salto—. Voy a ponerme la chaqueta.

—No —dijo Jacques—. Ya bajo yo.

14

—El fastidio —gimió de nuevo la madre—, es que vamos a tener que aguardar y que yo tengo ya tanta hambre...

—Las tiendas de por aquí están llenas de platos preparados —dijo Jacques—. Los hay en todas partes, en grandes cantidades. No te preocupes.

—Vámonos, vámonos pues, hijo mío, no puedes imaginarte el hambre que tengo.

Madre e hijo bajaron a la compra. El hijo, en una mano, llevaba tres grandes capazos, y con la otra sostenía el brazo de su madre. Una vez en la calle, creyó deber dar explicaciones.

—No puedo vivir solo, ¿comprendes? Nadie, a mi edad.

—Tengo frío.

—Es el cansancio, no es nada. A mi edad, no sería normal, vivir solo.

—¿No habrá por ahí una buena «charcutería» donde pueda encontrarse un buen «chucrut» como a mí me gustan? ¿Cocido en vino blanco y bien macerado?

—Todo lo que quieras —dijo Jacques con enorme entusiasmo—, el barrio ese tiene fama de bien provisto.

—Se hace tan deprisa; lo calientas, añades una gota de vino blanco, y ya está.

—Nada mejor.

—Nada. Ha sido una suerte que yo viniera, ya lo veo —declaró alegremente la madre.

Media hora apenas después de haber salido, desembarcaron en el piso con los tres capazos hinchados como pellejos.

—«Chucrut», carne para asar, guisantes, quesos, «beaujolais» —anunció gozosamente Jacques a Marcelle, que juntó las manos ante tantas riquezas.

—¡Vaya banquete nos vamos a dar! —Marcelle se reía todavía con risa infantil.

La madre, muy erguida en el recibimiento, miraba cómo desenvolvían los manjares, con ojos extraviados por el hambre.

—Habrá que cocerlo todo —dijo—, especialmente el asado, para que nada se eche a perder. Con ese vientecillo que hace hoy, sé muy bien lo que digo, las cosas se pasan, sobre todo la carne. La primavera está en todas partes.

Marcelle puso inmediatamente el «chucrut» a calentar y, de acuerdo con las indicaciones de la madre, añadió un poquito de vino blanco.

—Es usted muy buena —dijo—. Jacques ya me ha dicho lo buena que es usted, lo buena que ha sido toda su vida.

—No hay que exagerar, tampoco —dijo la madre, con un poco de irritación en la voz.

Se dirigió hacia el comedor, lejos del «chucrut», y se dejó caer en un sillón. El hijo y Marcelle se quedaron en la cocina.

—Pero ¡qué hambre tengo! —se dijo a sí misma—. ¡Qué hambre! En

esos aviones de ahora no le dan a una otro alimento que un té ligero, tostadas: total tonterías, con el pretexto de que el avión fatiga el estómago de algunas señoras. Yo, confieso que el avión no me hace nada. La vida se encargó ya de sacudirme lo bastante para dejarme a cubierto de esas molestias sin importancia. Tengo tanta hambre que roería un hueso.

Marcelle se inquietó.

—Está hablando. Tendrás que ir a ver.

Pero la madre dejó de hablar. Encontró un periódico y se puso a leer, distraídamente, hasta adormilarse. Cuando el hijo fue a poner la mesa, el diario reposaba sobre sus rodillas y ella tenía los ojos cerrados. El hijo se acercó y ella se sobresaltó y le enseñó el diario.

—Eso anda mal —dijo—. La guerra, mira. Las guerras pasan y yo sigo aquí... La guerra, es algo que me da ganas de morir...

El hijo le acarició suavemente los cabellos y sonrió.

—¿No hay más que la guerra?

—No recuerdo bien mi vida —se corrigió, un poco confusa—, pero vete a ver qué está haciendo con el «chucrut»; ¡esta chica es tan joven, todavía!

—Enseguida está listo —gritó Marcelle—, voy ahora mismo.

Los entremeses variados y el «chucrut» aparecieron por fin en la mesa. La madre se levantó, se sentó y lo contempló todo mientras desdoblaba la servilleta.

—Vaya, vaya —dijo, distraída, con los ojos en el «chucrut»—; aquí estoy, no puedo creerlo.

—Por fin —dijo Marcelle— ha vuelto usted a ver a su hijo.

—Es verdad que se hace enseguida —suspiró la madre.

—Es increíble —dijo Marcelle.

Comieron el «chucrut» en silencio. Estaba bueno y así lo apreciaron.

—Aparte de mí —preguntó el hijo, una vez hubo calmado un poco su apetito—, aparte de mí, ¿a qué has venido?

—Poca cosa. Quizá para comprarme una cama. Pero no corre prisa; sí, una cama para morir en ella; la que tengo no vale. Tengo derecho, ¿no? Un poco de chuleta, por favor, joven.

—Claro que tiene usted derecho —dijo Marcelle.

—Dale lo blando, ahí a la izquierda; es pura manteca, se derrite en la boca.

—Pero el hueso también —suspiró la madre—, a mí me gusta, chupar los huesos.

—El hueso también —dijo Jacques.

Se lo dieron. Y siguieron comiendo. Los tres tenían en común el estar dotados de un gran apetito. El hijo y Marcelle, porque vivían en una media-hambre constante. La madre, porque, de joven, había tenido ansias de poder y de dominio que jamás había podido saciar y le había quedado aquella desmesura, aquel apetito vengador de todo manjar. De pronto, cuando el «chucrut» estuvo seriamente atacado, declaró:

—Ochenta obreros.

—¿Ochenta? —preguntó Marcelle dejando de comer.

—Ochenta —suspiró—, y no cuento a los que me sirven personalmente. Y he aquí que ya me estoy preguntando qué harán cuando yo no estoy. Ya veis lo que es, ser rica. ¡Qué pena!

Había cogido el hueso de la chuleta y lo estaba royendo directamente de sus dedos cubiertos de diamantes. El hijo la miraba a hurtadillas. En el

fondo, no había cambiado gran cosa, por lo que se refería al apetito. La había conocido, en la miseria, como devoradora infatigable, y tal seguía siendo en la fortuna. El hijo se sentía tristemente orgulloso de ello.

—Da gusto verte comer —dijo.

—Es la ventaja de mi edad, por así decirlo la única, ya lo ves. Casi nada de lo que como me pasa al cuerpo. En el fondo, el comer ya no me sirve para nada sino para darme gusto.

—¡Ah! ¡Cuánto quisiera poder decir lo mismo! —dijo Marcelle—. A mí, el menor alimento me aprovecha; es increíble. Como un bistec y al cabo de una hora ya he engordado el bistec; es increíble…

Desde hacía un rato, Marcelle estaba mirando los dedos cubiertos de diamantes. Era imposible verlos sin decir algo de ellos. Exigían de un modo escandaloso alguna observación.

—¡Qué joyas tan bonitas tiene usted! —dijo.

La madre se acordó, dejó el hueso de la chuleta en el plato, se quitó lentamente las alhajas y las fue dejando una tras otra en un montoncito a su lado encima de la mesa.

—Es verdad… también yo estaba diciéndome que me sentía muy cansada. ¡Con tanto peso! Las dejaré ahí, de momento, y después de comer me las guardaréis en un lugar seguro, por favor.

—Es verdad que debe de pesar cuando hay tantas —dijo Marcelle.

—¡Ay! —suspiró la madre—, no es porque sea coqueta, no; no es por eso, pero no me atrevía a dejarlas en casa sin mí. Con aquellos ochenta hombres alrededor de aquella casa en que estoy sola, ¿sabéis?, sola como un perro, no, no me atreví. La vista del oro, a veces… basta. Se sabe que soy rica, estas cosas se saben; en rigor se puede ocultar la miseria, pero la riqueza, por desgracia, no se puede nunca. Además, la verdad, joven, me enriquecí un poco tarde en la vida, demasiado tarde para acostumbrarme. Y ese asado, ¿nos lo piensa usted dar hoy o mañana?

—Lo había hecho para comerlo fiambre, pero si usted lo quiere, está a punto.

—¿Quizá si lo probáramos?

Marcelle corrió a la cocina por él.

—El «chucrut» estaba estupendo —dijo Jacques en el silencio que siguió a su marcha.

—Sí —dijo la madre—. Hice bien en venir. Aunque sólo fuera por eso, por ese «chucrut».

Se acordó y tomó sus alhajas con las dos manos, delicadamente.

—Quizá podrías dejarlas encima de la chimenea —dijo muy bajo.

El hijo se levantó y las tomó a su vez.

—Si quieres contarlas…

—¿Para qué?

—Por principio; nunca se sabe, a lo mejor se te olvida cuántas son.

—Diecisiete piezas —dijo fríamente la madre sin mirar.

El hijo las metió en el jarrón de la chimenea un segundo antes de que llegara Marcelle con el asado. Luego volvió a sentarse y lo trinchó. Todos miraban respetuosamente.

—Una tajadita para probarlo —dijo la madre—. Está bien de ajo y a punto; la felicito, Marcelle.

Comieron pues el asado, también en silencio. Estaba excelente y también lo apreciaron. Luego, el apetito de la madre quedó por fin satisfecho.

Librodot

—Se me terminó el hambre de pronto —se quejó calmosamente—, y tengo frío. No, joven, no; no merece la pena que me prepare una botellita de agua caliente; es la sangre que no quiere ya calentarse, que ya rehusa el calor. No hay nada que hacer y de todos modos ya no valdría la pena.

El hijo miró a la anciana que momentos antes había descendido del avión: su madre, ahora.

—Vas a dormir un poco, ven.

—Sí, el cansancio se me cae encima de pronto.

El hijo se levantó y la abrazó por los hombros. Cansada, parecía aún más pequeña; titubeaba bajo el efecto de la enorme e inútil cantidad de alimento que había tenido que engullir.

—Pero si ni siquiera he bebido —se lamentó—: dame al menos un vaso de vino.

El hijo lo llenó y se lo tendió. La madre bebió, a sorbitos, pero hasta el final, con la falsa máscara del deber. El hijo tomó nuevamente el vaso, lo dejó en su sitio y la condujo hasta su habitación. Sola ante la mesa, harta también, Marcelle soñaba. Jacques corrió las cortinas y tendió a su madre en la cama. Acostada, tenía tan poco espesor que desaparecía en la blandura del diván. Seis hijos allí dentro, pensó Jacques. Sólo la cabeza sobresalía como una ruina, del color de las murallas de las ciudades abandonadas.

—Pero te olvidas de mis cabellos —se quejó aún la madre.

Jacques le desató el moño con cuidado. Una flaca trencita de cabello amarillento se soltó sobre la almohada. Luego, el hijo se sentó encima de la cama junto a ella. Y la madre miró por la ventana con ojos de recién casada, avergonzada de pronto.

—¿Estás bien así?

—Hijo mío —dijo ella en voz baja— quisiera decirte... quisiera decirte que allá abajo hay oro, ¿oyes?, oro por ganar.

—Duerme. Cierra los ojos. Duérmete un poco.

—Sí. Ahora ya lo sabes. Si quieres que volvamos a hablar de ello, volveremos a hablar. Lo importante es que lo sepas.

—Tenemos tiempo. Duerme.

La madre cerró los ojos. Jacques aguardó un poco: no los volvió a abrir. Sus manos abiertas descansaban junto a su cuerpo, descarnadas, pero finalmente reconocibles, sin joyas, tan desnudas como en la época carnosa de la miseria de su infancia. Jacques se inclinó y la besó. La madre tuvo un susto.

—¿Qué haces? Ya me había dormido.

—Perdóname, mamá.

—¿Estás loco o qué?

—Te he hecho sufrir mucho en la vida. Lo estaba pensando. Nada más.

—No. Has seguido tu vida. No hay dos maneras de dejar a una madre. Incluso las otras, esas que pretenden estar tan orgullosas de los suyos, de su brillante carrera y de toda la pesca, se encuentran igual que yo... Tengo frío...

—Es el cansancio. Duérmete un poco.

—Sí. Quería preguntarte una cosa... ¿Qué haces?

—Siempre lo mismo. Duerme.

—Sí. ¿Siempre lo mismo, de veras?

Jacques vaciló y luego dijo:

—Sí. Siempre lo mismo.

Se marchó, volvió a cerrar la puerta, entró en el comedor. Marcelle seguía soñando. Jacques se sentó en el diván.

—Quisiera morirme.

Marcelle se levantó y empezó a quitar la mesa en silencio.

—Como si me hubiera muerto al volverla a ver.

—Ya te acostumbrarás. Ven, ven a tomarte el café. He hecho un poco, está bueno.

Le llevó el café. Jacques se lo tomó y ella también. Y la cosa mejoró. Jacques se tendió en el diván. Marcelle se le acercó y le besó. Él, muerto de cansancio, la dejó hacer.

—Si quieres que me vaya —dijo ella—, dímelo y me iré.

—Prefiero que te quedes, después de todo. No porque te quiera, no.

—Ya sé.

—Pero quedarme solo con ella, no; me volvería loco. Exige todo el tiempo de uno, todo el tiempo entero; me volvería loco.

—Oh, yo no.

Jacques se extrañó. Marcelle seguía soñando, con los ojos vueltos hacia la ventana:

—Me gustan todas, ¿comprendes? —explicó—. Las malas igual que las buenas; un vicio, vaya. Ni aun de esa, por ejemplo, puedo pensar que un día pudiera llegar a cansarme.

—Quizá es por haber hecho demasiado de puta en la vida que te vienen esos sentimientos, ¿quién sabe?

—No soy inteligente y no sé si es de ahí que me viene o de otra cosa, de ser tan estúpida, por ejemplo. No sé.

Estuvieron conversando así durante diez minutos, al cabo de los cuales, trenzándose nuevamente el pelo, la madre irrumpió en la habitación.

—No puedo dormir —se excusó en voz plañidera—, y sin embargo estoy muy cansada —se desplomó en un sillón—: debe ser la alegría, la alegría de volver a ver a mi hijo... y luego la fábrica, esa pequeña fábrica que he abandonado..., esos ochenta hombres que están allí sin vigilancia ; es algo que me hace saltar de la cama.

—Te veo de lejos: adivino que dentro de dos días te vas a marchar.

—Compréndeme, hijo. No he tenido tiempo para acostumbrarme a tanta riqueza; ha llegado por así decirlo como una gran desgracia en mi vida. Quisiera, Marcelle, que me diera usted, por ejemplo, un trapo por zurcir. Un trapo o alguna otra cosa, algo basto y fácil, porque mis ojos, forzosamente... No quiero molestaros. Tengo frío. Pero no hagáis nada por mí, nada serviría ya, soy demasiado vieja, es la sangre que ya no circula. Además, he venido para un mes, no lo olvidéis, de modo que no voy a empezar por estorbaros; nunca en mi vida estorbé a nadie y no empezaré ahora a hacerlo. Fijaos en lo curiosa que es la vida. Hace cinco años que no he visto a mi hijo, y ahora lo que más deseo es zurcir un trapo. Me siento más allí, con aquellos hombres, aquellos lobos siempre a punto de devorarme, que con vosotros ahí presentes. No tengo nada que deciros, a vosotros personalmente. De ellos, en cambio, podría estaros hablando sin cesar. Sólo de ellos, ahora. Deme un trapo, joven, por favor.

—Podríamos salir —dijo Jacques—, si no sabes dormir.

—¿Salir a qué?

—A nada. A veces se sale porque sí.

—Ya no sabría hacerlo, ya no soy capaz de salir porque sí.

Marcelle se levantó, abrió el cajón de una cómoda, tomó un trapo y se lo tendió. La madre se puso las gafas y lo miró atentamente. Marcelle y el hijo, uno a cada lado, la contemplaban mientras lo miraba, soportándola como a un oráculo. Marcelle tomó algodón de zurcir y una aguja y se los dio también.

—Es verdad que hay mucho trabajo en casa de Jacques —dijo en tono convencido.

La madre levantó la cabeza, sonrió a Marcelle y la tranquilizó.

—¿Comprende usted, Marcelle? —dijo—, no debo pensar. Si empiezo a pensar, me muero.

—Lo comprendo. Voy a hacerle un café; la calentará y luego, si usted quiere, repasaremos la ropa blanca de su hijo.

Marcelle se fue a la cocina.

—Esa cama, por ejemplo, quizá la podríamos comprar.

—Esa cama, la podría comprar mañana.

—Entonces, ¿vas a ponerte a zurcir, así, el primer día?

—¿Por qué no, hijo? Déjame hacer, te lo ruego.

—Sigues siendo tan terrible —sonrió Jacques—, no cambiarás nunca.

—Sólo para morir. Sólo para eso, es verdad.

Marcelle volvió con el café. La madre lo bebió ansiosamente. Luego, Marcelle fue por un montón de trapos.

—¿Marcha, tu fábrica? —preguntó negligentemente el hijo.

—Demasiado. Me moriré de tanto trabajar.

—Déjalo ya, si es por mí.

—Es demasiado tarde, ya no puedo y esa idea me gusta; ahora es ya la única idea soportable de mi vida. No tengo más que a ti, pienso en ti, no escogí tenerte. Joven, lo que le hace falta a ese trapo, si quiere usted creerme, no es un zurcido sino un remiendo. Si tuviera usted un pedazo de tejido... Pero habladme un poco de vuestra vida, vosotros dos... haced un pequeño esfuerzo.

—Siempre lo mismo —dijo Jacques.

—¿De veras?

—Lo mismo, absolutamente —repitió aquél.

La madre no insistió y explicó a Marcelle:

—Se parece a mí, joven, ¡si supiera usted lo perezosa que era! Una verdadera culebra. A los quince años me encontraban por el campo, dormida en una cuneta. ¡Ah! ¡Cuánto me gustaba, holgazanear, dormir, y, sobre todo, no estar en casa! Al principio, hablo de hace veinte años, cuando vi que Jacques se pasaba la vida sin hacer nada, me dije que era aquel instinto mío que renacía en él. Y empecé a pegarle y a pegarle. Todos los días. A dieciocho años todavía le zurraba. ¿Te acuerdas?

Se echó hacia atrás, riendo. Marcelle le miraba, fascinada.

—Ya lo creo que sí —dijo Jacques, riendo.

—Me mantuve firme. Todos los días, durante cinco años.

—¡Lo que llegué a cobrar...!

—Y luego, comprendí que no había nada a hacer... y me acostumbré a ello como a todo lo demás. Tiene que haberlos como él, ¿no? Siempre los habrá... ningún régimen ni ninguna moral llegará jamás a arrancar el juego del corazón de los hombres... Eso son historias, es algo que no existe. Necesité mucho tiempo para comprenderlo, pero ahora ya lo sé. Sé que mi

suerte, la que a mí me tocó, es tener un hijo holgazán, la parte jugadora del mundo como hijo, puesto que tiene que haber una. Si me permite usted que se lo diga, joven, esa ropa no está como debiera. En una casa bien organizada, la ropa debe estar zurcida y en orden ante todo, puede usted creerme.

—Lo creo, señora. Me asombra usted tanto que estoy dispuesta a creer todo lo que me diga, incluso sobre la ropa.

—¡Pobre de mí! Pero llegaron los críos, muy pronto me encontré sola, y la vida siempre es difícil y no se puede a la vez criar a los hijos y hacer lo que una quisiera. Muy pronto empecé a hacer cada vez menos lo que quería, y luego a no hacerlo en absoluto y luego, más tarde aún, a ni saber siquiera qué me hubiera gustado hacer en lugar de lo que hacía... ¿Ve usted? Sólo hace unos años que me vuelvo a acordar, que todo eso me canta en la memoria, como si dijéramos... pero ya se acabó.

—Uno no puede contentarse con nada —dijo Jacques—, viendo pasar los trenes, o la primavera, o los días. Se necesita algo más. Yo, como tú sabes, juego.

—Ya lo sé, hijo. Ve usted, joven, cuando me puse a trabajar, sólo pude hacerlo exageradamente, igual que cuando holgazaneaba, en realidad... con locura. Veinticinco años de mi vida quedaron enterrados en el trabajo. Somos así, Jacques y yo, cuando nos empeñamos en algo. ¡Ah! si hubiera trabajado, Jacques habría levantado montañas...

—Así y todo —dijo él—, cuando uno vuelve de madrugada en el primer metro después de haber estado aguardando durante dos horas en un café, reventado y pelado hasta los huesos, a veces uno se dice que eso no puede durar toda la vida.

La madre levantó la mano para detenerle.

—No quiero hacerme la ilusión de que cambiarás algún día. Lo he esperado demasiado. No vayas a meterme otra vez ese gusano, esa esperanza, en el corazón. No me digas nada. No te pido sino que te dejes ver. Y cuando os pregunto por vuestra vida, quiero que me habléis de vuestra vida y no de otra, ¡qué diantre...!

—Yo hago pantallas —dijo Marcelle—. Luego, por la noche, tenemos un enchufillo en Montmartre.

—No lo comprenderías —dijo Jacques.

—Perdone usted... —Marcelle se ruborizó.

—Tomo el avión, me pateo veinte mil francos, ¿y ahora no iba a comprender? ¿Qué te figuras?

—Por la noche, Marcelle y yo trabajamos en una «boîte» muy mona. Nos dan la cena, los cigarrillos y tres consumiciones.

—¿Con carne?

—Con carne.

—Es lo principal. ¿Y a mediodía?

—Nos lo saltamos —dijo Marcelle.

—Depende de los días.

—Por eso estáis los dos pálidos como nabos.

—El trabajo de noche, por fuerza... Volvemos de madrugada para dormir y cuando despertamos ya es de noche. Para ver el sol tendríamos que dejar de dormir, hacerlo adrede.

—Tampoco usted, joven, si lo he comprendido bien, ha recibido instrucción, ¿verdad?

Librodot

—Sé leer, eso es todo. Pero por este lado no me quejo de nada; no estaba dotada para tenerla. Compadezco a quienes hubieran tenido que enseñarme, ¡ah! ¡ah!...

—No puede usted saberlo si no lo ha probado.

—No —dijo Jacques—: ella, no hay nada a hacer, es un caso de campeonato. Yo a su lado soy una lumbrera.

—No eras tan tonto, no, lo que pasa es que la inteligencia no te interesaba. A pesar de todo, me gustáis mucho los dos. Ya le habrá dicho Jacques que tiene hermanos y hermanas que han estudiado, ¿no?

—Yo misma les telefoneé —dijo Marcelle—, para decirles que usted llegaba.

La madre levantó los ojos del trapo.

—No tenía idea de que supieran que estoy aquí. Luego, ¿van a venir?

—Les dije que mañana, no antes.

—Ya no les conozco... Ahora ya no me necesitan para nada. Otros que yo, o ellos mismos, se cuidan de mantenerles. Cuando los hijos pueden prescindir tan completamente de su madre, la madre les conoce menos. Claro está, no vayáis a figuraros que les deseo una existencia... disoluta, nada de eso, pero, ¿cómo os lo explicaré?, me aburren. En fin, he aquí que vuelvo a ponerme a hablar y vosotros todavía no me habéis dicho nada, o casi.

—No son malos —dijo Jacques.

—Seguramente que no —dijo la madre—, seguramente que no; ya no lo sé... pero en fin, siguieron sus estudios, se situaron, se casaron, como quien traga confituras. Caracteres fáciles que nunca, nunca, tuvieron que luchar contra la violencia de inclinaciones contradictorias... Es curioso... pero, ¿qué queréis que os diga? A mí eso no me interesa.

—Dan demasiados consejos —dijo Jacques—. Este es el principal defecto de esa clase de gente. Con gusto iría a verles de vez en cuando, pero los consejos, no; no puedo con ellos.

—Y ¿cómo dicen que me encuentran, ahora?

—Ya no lo sé.

—Comprendo que no quieras remover esas cosas... Bueno, decidme, ¿qué es lo que hacéis en esa «boîte» tan mona?

—Recibir a la gente, invitarles a que pasen, a que pidan las consumiciones más caras... A eso se llama crear el ambiente.

—Ya entiendo. Así, por la noche, ¿me quedaría aquí sola aguardándoos?

—A menos que lo dejáramos —dijo Marcelle—, no veo otra solución.

—Ya pensamos en ello —dijo Jacques—, te podrías venir con nosotros.

—Con la pinta que tengo... con perdón de usted, joven, asustaría a la gente... Fijaos que, hasta cierto punto, no me desagradaría. Es una cosa que me falta; con la vida que he llevado, nunca tuve tiempo para entrar en un establecimiento de ésos. Vaya, ahora vuelvo a tener frío.

—Te preparo una botella de agua caliente, lo quieras o no —dijo Jacques.

—Y ¿qué se necesita para encontrar trabajo de esa clase? —preguntó la madre.

—Tener buen tipo —dijo Marcelle— y hablar bien; nada más.

—Hubiera podido hacer tantas cosas... —dijo soñadoramente la madre—. Los trenes le gustaban con locura... Se pasó la niñez dibujando por

todas partes trenes, «tenders», locomotoras... ¿Te acuerdas?

—Sí —dijo Jacques, que volvía de la cocina—, sí, era una enfermedad.

—Entonces, naturalmente, pensé en enviarle a la Escuela Politécnica.

—Comprendo —dijo Marcelle.

—Y de pronto, zas, a los quince años, nada; ya no quiso volver a oír hablar de nada, ni de trenes, ni de ninguna otra cosa. ¿Y si tomáramos un bocado? Basta ya de trapos por hoy, joven.

Ya está, pensó el hijo. Se va a morir de un atracón.

—No —dijo con calma—, no.

—Sólo un bocado. Pero si no os apetece, no quisiera... ¡ Ah!, esos hombres... La fábrica cierra dentro de una hora y media. Mandé poner una pequeña sirena... tuu... Cuando pienso en ello...

—No podrás aguantar un mes. El agua hierve. Voy por la botella. No pienses ya en esos hombres.

—A mí —dijo Marcelle— me encontraron encima de un banco, en la Place de la República. Tenía seis meses, era en invierno, y estaba medio helada. Me llevaron a la «Assistance Publique», como ya le dijo Jacques. Estuve hasta los trece años. Entonces me pusieron en un taller, a aprender de encajera. Estuve un año: era en casa de los dueños, y al cabo del año, como no aprendía nada...

—¿Quién te pregunta? —dijo Jacques que volvía con la botella.

—Nadie —dijo la madre—. Pero ahora que ya empezó, tiene que terminar.

—Era un zoquete para los encajes, esa es la verdad, y me enviaron a Auvernia a casa de unos labradores. Allí guardaba vacas; tampoco aprendía nada pero no estaba mal; se comía bien; crecí al aire libre, claro; además, la mujer era buena persona. Pero un día, no sé qué me pasó, le robé cinco francos; era Nochebuena y yo quería comprarme no recuerdo qué. Se dio cuenta y lloró un poco porque, a pesar de todo, después de dos años, había acabado por tomarme algún cariño; luego le dijo a su marido lo que yo había hecho. Entonces él fue y escribió a la «Assistance Publique» una carta muy larga; me la leyó, diciendo que quien roba un huevo roba un sueldo, y qué sé yo qué más, y que mis malos instintos volvían a aparecer, etc., y que le parecía deber advertírselo. Pero yo, volver al hospicio, ni por pienso, antes la muerte —aunque la verdad es que no se estaba peor allí que en otra parte, lo que ocurría es que una estaba encerrada, no puede usted hacerse una idea—; en fin, por la noche tomé mis cuatro cosas y salí pitando hasta una especie de cueva que hay en la carretera de Clermont. Y ya está.

—Ponte la botella junto a los pies.

—¿Y luego, hijita?

—Luego, no tiene interés —dijo Jacques—. ¿Quieres una rebanada de pan con mantequilla?

—Sí, la quiero, pero también quiero saber qué más pasó.

—Cuéntaselo —dijo Jacques—, pero deprisa.

—Me quedé tres días y tres noches en aquella especie de cueva, con un miedo tremendo a la poli: me decía que debían de estarme buscando por toda la región... Tres días sin comer. Beber, sí podía; por suerte había una fuentecilla en el fondo de la gruta: menos mal. Pero así y todo, al cabo de tres días tenía tanta hambre que salí y me senté a la entrada de la cueva. Y ya está.

—Bueno, ¿vamos a comprar la cama? —preguntó Jacques.

—Y cuando estuvo a la entrada de la cueva, ¿qué?

—Pasó alguien. Empecé a vivir.

—¿Pidió limosna?

—Más o menos... —dijo Marcelle después de un instante de vacilación.

—¿Y esa cama?

—Sí, iremos por ella; es una idea —dijo la madre—. En fin, hiciera usted lo que hiciera, yo hubiera hecho lo mismo. Comprendo perfectamente lo que le hace hacer a uno la miseria o el hambre; todo, verdaderamente; esta es mi inteligencia. Véngase con nosotros a elegir esa cama; nunca está una de sobra para un consejo.

Marcelle fue a peinarse. La madre se repantigó en su sillón, riendo.

—La verdad es que para lo que la necesito, esa cama... ¡Ah! ¡Ah!... Figúrate tú que con tantos millones como tengo, el somier se me revienta debajo del trasero todas las noches... ¡Ah! ¡Ah!

Marcelle, que les estaba oyendo, encontró que sus risas se parecían.

—En las familias, la risa siempre hace el mismo ruido.

—¿De modo que se te revienta bajo el trasero?

—Cada noche salta un muelle. ¡Bum!... ¡Ah! ¡Ah!... Yo me decía: esa cama para morir en ella, te la comprarás cuando vayas a ver a tu chico a París... Eso pensaba, ya veis... Una idea como otra cualquiera...

—Tú, si vas a vivir más de cien años... ¡Ah! ¡Ah!...

La madre se puso otra vez seria y se inclinó.

—Ahora ya lo sabes... Oro, oro a carretadas, puedes ganar —dijo en voz baja.

Para mi madre, he muerto ya, pensó el hijo.

—Yo no podría pasar sin París.

—¿París? Cuando ves que el dinero va entrando, va entrando... va llenando los armarios, y que los beneficios aumentan cada día, cada día, ¿comprendes? como agua que va al molino... No echas de menos nada.

— ¡Cómo has cambiado!

—Ya era así, pero nadie lo sabía, ni yo ni los demás, porque era pobre. Todos somos iguales, a todos nos gusta el dinero; basta con que empecemos a ganarlo.

Jacques vaciló y para no mentir, por una vez, lo dijo.

—No me gusta el dinero.

La madre se encogió de hombros ante esta niñada y prosiguió.

—Sin iniciativas; la cosa marcha sola. Tú, a vigilar. Parece que no sea nada, vigilar, y al cabo de dos meses, no sabes pasar sin ello. Vigilas, vigilas constantemente, lo vigilas todo.

—No quisiera disgustarte, pero creo que el dinero no me gusta.

El rostro de la madre se ensombreció ante la ofensa.

—Creí que sí.

—También yo, pero no —se inclinó hacia ella—; óyeme, las mejores noches que paso, es cuando vuelvo a casa o después de haberlo perdido todo, sin un céntimo, pelado como la palma de la mano.

La madre no quería escucharle aún.

—Vigilas. Miras. Ves que nada puede hacerse sin ti. Ochenta hombres en la mano. Te los regalo.

—Me daría vergüenza, a mí, que en mi vida he dado golpe.

—Pero a mí no me da vergüenza... —intentó sonreír—; en realidad... eso es lo que vine a decirte también, que ya no me da vergüenza...

Levantó las manos al cielo en un gesto exasperado.

—Y el trabajo... el trabajo, la gente que trabaja... me da asco...

Jacques abandonó la partida.

—¡Lo que has pasado en la vida!, cuando lo pienso.

—No más que otra, después de todo —dijo la madre, con otra voz.

—Todas esas empresas...

—Nada. Estaba loca. ¿Y esa cama?

—Ya estoy lista —gritó Marcelle.

Llegó Marcelle y el hijo se levantó. Pero la madre se quedó sentada, mirando a lo lejos.

—¿Tomo tu abrigo?

—Como quieras.

—¿Has cambiado de idea?

—No sé.

Se levantó, a pesar de todo, se puso el abrigo que su hijo le tendía, se miró al espejo, les vio detrás de ella y se volvió riendo tristemente.

—¿Qué parecemos los tres?

Marcelle y el hijo se miraron a su vez al espejo.

—Es verdad, que hacemos una facha rara —dijo Marcelle.

La madre volvió a sentarse y habló como una niña.

—No, ya no tengo ganas de comprarme esa cama. No, decididamente prefiero dormir.

El hijo volvió a sentarse y Marcelle también.

—En las Galerías Barbès saldan, precisamente.

Los tres estaban de acuerdo respecto a los saldos, como respecto a la comida, pero, una vez más, por razones distintas: Marcelle y Jacques porque, aparte los gastos para diversiones, ninguno les parecía jamás completamente justificado; la madre, en virtud de un hábito tenacísimo e inveterado de ahorro. Aun así, aquel día resistió a la atracción de los saldos.

—Ni de saldo —dijo—; se me pasaron las ganas de cama, ¿habrá mala pata?

—¿Por qué lo dices?

—Porque no acabo nunca y porque ahora me hace falta una cama... y dime qué cara tengo para necesitar todavía una cama... ¿No es desgracia?

—Si vuelves a cambiar de idea, se hace tarde —dijo Jacques— y habrá que marcharse. En Magenta no hay olía cosa que camas de saldo.

—No, decididamente, no; que espere, la cama.

El hijo se levantó, se quitó la chaqueta y la dejó en una silla.

—Pero no os ocupéis de mí, me voy a dormir —gimió la madre—. Esta vez, me dormiré.

Se dejó llevar a su habitación. Jacques la acostó como una hora antes, y ella le dejó hacer, sin pedir nada más, y se durmió. Jacques volvió al comedor y estuvo un rato esperando, al lado de Marcelle, que la madre volvería a salir, presa de nuevas inquietudes. Pero no volvió. Y también ellos se durmieron de tanto aguardar. Sin embargo, hacía un hermoso día de primavera, pero los tres lo pasaron durmiendo. Porque también coincidían en no consagrar al sueño el tiempo ordinario y habitual, y en dormir a cualquier hora y con cualquier luz. Marcelle y el hijo para engañar sus abrumadores ocios, y la madre, para engañar un poco su hambre demasiado ardiente.

Durmieron hasta después de anochecido. Se tomaron tiempo para

comer e intentar, sin lograrlo aún, terminar los dos quilos de «chucrut» que la madre comprara por la mañana. Comieron alegremente, bebiendo «beaujolais» y llegaron a Montmartre hacia las diez. El establecimiento era bastante elegante; una botella de champaña costaba dos mil quinientos francos; eso le daba categoría, pues, para aquel año, era un buen precio. Jacques se dirigió inmediatamente al dueño, un hombre tuerto que también debía haberlas pasado de todos los colores pero a quien la pasión del comercio le había puesto una boca amarga como un vómito. De smoking ya, estaba agitando unas cocteleras.

—¿Cómo tan temprano, Jacquot? ¿Qué te pasa?

—Ha venido mi madre —la presentó— y si no tienes inconveniente nos aguardará en la sala mientras trabajamos.

—En un rincón escondido —dijo la madre; se azaró y añadió puerilmente—: con una buena botella de champaña.

El dueño reflexionó un momento pero eso del champaña no le pareció mal. La madre lo comprendió y se irguió, con la prestancia imperial de la fortuna. El dueño consintió.

—Encantado —dijo—; he oído hablar muchas veces de la madre de Jacques.

—Que esté bien helado, el Moët. Digo, para empezar.

—De acuerdo, señora. Jacques habla a menudo de usted.

—Soy su orgullo, ya está explicado. He ganado mucho dinero a la edad en que la gente se muere, en general.

—Esta noche no comemos —dijo Jacques—; nos hemos dado un banquete antes de salir; ¡vaya atracón!

Su insistencia no le pasó por alto al dueño. Acompañó a la madre hasta una mesa, en un rincón, efectivamente.

—De ese modo, señora, verá usted el espectáculo sin que nadie la moleste.

—Un postrecito, ¿no?, con el champaña —pidió la madre.

—Si quieres —dijo Jacques con un orgullo serio, que pretendía ser natural y para el que la existencia que llevaba sólo raras veces le daba ocasión—. Melocotones a la Melba, créeme, verás tú qué tal.

El dueño sonreía. Jacques y Marcelle anunciaron que tenían que vestirse. La madre se extrañó, pero no dijo palabra.

—Tienen que vestirse de noche —explicó el dueño.

—Ya sé.

Pero no sabía nada. Sus ojos lo decían a las claras. Cierto embarazo pasó por los ojos del dueño, que prefirió volver a la barra, a picar hielo en un cubo para poner el champaña. Lo encargó en voz muy alta, juntamente con los Melbas, por una puerta que había detrás de la barra. Sentados en taburetes, dos clientes jugaban a los dados bebiendo Martinis. El dueño les atendió asimismo. La madre se quedó sola, escrutó la sala, boquiabierta de asombro y asustada ante tantos desconocidos. El dueño pensó: ¡Dios mío, qué vieja es, la madre de Jacquot! Él también había tenido madre, una española, hacía ya mucho tiempo. Se acordó de ella por un segundo a través de la precipitación de su vida y encontró que aquella otra se le parecía. Fue hacia ella con el Moët.

—Me estaré muy quieta —dijo la madre—; no pase usted cuidado.

Le temblaba la voz. ¡Dios mío, qué vieja es, la madre de Jacquot!, volvió a pensar el dueño. La madre se quitó su chaquetita negra y,

volviéndose, la dejó en el respaldo de su sillón con un gesto cuidadoso y ahorrativo. El oro de sus brazos brilló con todos sus fuegos, lo mismo que los diamantes de sus dedos, en el ademán que hizo. El dueño se olvidó de su propia madre.

—No había visto a mi hijo desde hacía cinco años. Tenía que volverle a ver. Si se extrañan de que yo esté aquí, puede usted decir eso, y que por una vez...

—Pero, señora, su presencia aquí más bien me honra... Diré la verdad: que es usted la madre de nuestro camarada Jacques.

—Eso es —vaciló—, eso es... A mi edad, ¿sabe usted?, ya no se comprende más que la mitad de las cosas; incluso diría que ya no se ven más que a medias... Podría usted decir, por ejemplo, que no sabe quién soy, que entré, sin más... Que no es usted responsable de sus clientes... Pero en fin, diga usted la verdad si cree que es mejor. Siéntese un momento aquí a mi lado, por favor.

Se sentó, a la vez intimidado y contrariado, con los ojos fijos en las pulseras y las sortijas, y algo intrigado, también.

—No le entretendré, señor. Sólo un minuto. Quisiera preguntarle algo sin importancia... Hace mucho tiempo que no he visto a mi hijo y no sé a punto fijo lo que... lo que puede hacer ahí en casa de usted. Desde hace algunos años me preocupa mucho saber si tengo derecho a mezclarme en los asuntos de mis hijos. Sí, ¡hay tantos que, a su edad, están ya libres de toda vigilancia! De modo que, si no quiere, puede usted no contestarme.

El dueño sirvió dos copas de champaña; bebió y la madre también; luego encendió un cigarrillo.

—Sólo hace quince días que trabaja aquí —dijo.

Tenía ojos de culpable. La madre no se dio cuenta.

—Entre una madre y su hijo nunca se dicen muchas cosas; perdóneme usted. Se trata de pura curiosidad mía; nada más.

Había hablado muy bajo y ya no sonreía. Sus ojos estaban medio muertos ya. La compasión atravesó el corazón agriado del dueño.

—Puedo oír cualquier cosa sobre mi hijo, ¿sabe usted?

El dueño se olvidó de las pulseras.

—Comprendo —dijo—. Jacques es muy simpático, pero... es poco serio.

La madre levantó los brazos en un gesto de defensa.

—No es lo que yo le pregunto —se lamentó.

El dueño adelantó la mano y la puso sobre el oro de la suya.

—Lo que hace Jacquot no tiene nombre preciso.

La madre apartó la mano, bebió un sorbo de champaña, bajó los ojos.

—Muchas gracias de haberme hablado, caballero.

—Todo y nada a la vez...

La madre escuchaba con atención falsamente cansada, pero sin consentir en mirarle.

—Recibe a los clientes, baila; en suma, cosas que no cansan.

Como le faltaban ideas, se excusó de no poder decir más.

—Claro, claro —dijo la madre—, ya sé lo que quería saber.

Sonrió, altiva, y volvió a preguntar:

—Y gente así, como mi hijo, ¿la hay en todos los sitios parecidos?

—Sí.

—Es un oficio como otro cualquiera, claro está, pero que no tiene

nombre: es curioso.

—No quiere decir nada, el nombre.

—Sencillamente, sería más práctico; sólo lo decía en este sentido, únicamente en este sentido.

El dueño, como si la consolara, cambió de conversación.

—Bonitas joyas.

La madre levantó los brazos, se acordó de ellas, las miró.

—Pobre de mí, ¡cuánto pesan! —gimió—. Soy muy rica, sí, llevo todas mis joyas encima. Tengo una fábrica. Ochenta obreros. Me pregunto qué pueden hacer sin mí. Quisiera no pensar más en ellos. Un poco de champaña, por favor.

—¡Ah! El ojo del amo… es mi principio, también; nada vale tanto como el ojo del amo. —Sirvió el champaña, bastante asombrado.

La madre bebió el champaña, dejó el vaso y dijo en tono fatigado:

—Así dicen, pero todo consiste en creerlo.

Los dos pensaron en lo mismo. El dueño, turbado, se calló y volvió a caer en la precipitación de su vida. Como por otra parte, iban entrando clientes, él se excusó y se volvió al bar. La madre se quedó sola hasta el momento en que el hijo y Marcelle aparecieron, él de smoking y ella en traje de noche. La primera mirada del hijo fue para su madre. Ésta se puso las gafas y le miró a su vez. El dueño, a pesar de todo, se dedicó a observarles por un segundo y luego les olvidó y se puso a agitar una coctelera. El hijo y Marcelle se sentaron en silencio a la mesa de la madre. Ésta juzgó que Jacques estaba todavía bastante guapo, pero en cuanto les tuvo allí, sentados junto a ella, se quitó las gafas y volvió a guardárselas en el bolso. Como vio que a su hijo le daba vergüenza, dejó de mirarle. Y sólo sufrió de eso, de que le diera vergüenza. Sufrió y se maravilló a la vez de que, en su vergüenza ante su madre, Jacques fuera tan deliciosamente joven, y de volverle a encontrar por fin completamente, en aquel traje de noche, tan transparente como en otro tiempo. Se preguntó desde muy lejos, en el horizonte brumoso de su razón desfalleciente, qué era lo que se lo había guardado de aquel modo, a él, entre todas aquellas personas, y le pareció que podía darse por muy satisfecha.

—Te va bien el smoking —dijo.

—¡Y tanto! —dijo Jacques.

—¿Un poco de champaña, hijo mío?

—Sí. No me quejo, fíjate, todo es culpa mía.

—¿Todo qué? —preguntó la madre. Su mirada era clara. Jacques se tranquilizó, y una vez más se sintió aligerado de la deuda enorme de su filiación. Pero volvía a tener ganas de llorar, como por la mañana.

—No quisiera estorbaros —dijo la madre—, si tenéis que empezar vuestro trabajo enseguida. Pero me gustaría beber una copa de champaña con vosotros dos, hijos míos.

—No se trata de hacer otra cosa —dijo Jacques.

—¡Oh!, sí, champaña con usted… —dijo Marcelle—, si usted supiera…

—¿Qué, joven?

—El gusto que da, no más el saber que está ahí, en la sala.

La madre volvió a ponerse las gafas y miró a Marcelle, cosa que hasta entonces no había hecho. Iba escotada y tan maquillada que apenas se la reconocía. Bonita y joven, joven aún. La madre se quitó las gafas, comprendió lo que había dejado de comprender hasta entonces y se ruborizó

de pronto al descubrirlo: lo que había sido Marcelle en la vida desde que había salido de aquella cueva, acosada por el hambre, a los dieciséis años. El recuerdo de una gran lástima le oprimió el corazón.

—Y esos Melbas —dijo—, ¡cuánto tardan!

Marcelle se levantó, se acercó a la barra, habló con el dueño, que le dijo que los Melbas estaban al llegar, y aguardó.

—Es simpática —dijo la madre.

—No tiene importancia—; el hijo barrió el aire de un manotazo.

—No había comprendido.

—No significa nada —dijo Jacques con los ojos bajos—, no es de eso de lo que hablo, sino de ella y de mí. ¡Bueno estoy yo para hablar de lo otro!

—Hijo mío, con el champaña, ¿ves tú?, me vuelve el cansancio.

—Todo ese viaje para verme.

La madre, sin duda, no le oyó. Tres músicos negros, también de smoking, subieron a un tablado y ensayaron sus instrumentos, un saxofón, una batería, una trompeta. La madre volvió a ponerse las gafas y les examinó, no sin curiosidad. Llegaron dos parejas. La orquesta tocó un tango. Marcelle volvió con los Melbas e inmediatamente empezaron a comerlos, a saborearlos en un silencio al que ya se habían acostumbrado. La madre no se había quitado las gafas y sonreía de gusto, ora mirando la copa, ora a los músicos negros. Una pareja se levantó y bailó. Uno de los clientes de la barra vino luego a invitar a Marcelle. Ésta, en cuanto apareció, le siguió dócilmente sin esperar haber terminado su copa de melocotón a la Melba.

—Ni siquiera se había terminado el Melba —se quejó la madre.

—Déjala hacer. Ha comido ya bastante por hoy.

—¡Qué raro! —la madre miró a su hijo—. Parece que te duela que coma.

—Siempre he sido así. Cuando la gente come, me duele, me duele lo que comen. No sé por qué será.

—Quizá, después de todo, no eres bueno.

—No lo soy. No lo soy porque si alguna vez se me ocurre quererlo ser, lo lamento inmediatamente. Alguna vez le llevo un bistec, de buena fe, y luego cuando lo come, cuando la veo que lo come, me duele... Me duele, ¿cómo decirlo?, amargamente.

—Sí, es verdaderamente raro que seas así... —la madre escrutaba a aquel hijo, intentaba ver claro en su sangre—. Yo, cuando las personas comen, no puedo decirte, sean las que fueran, estoy contenta.

—Cuando come aquel bistec, es como si se lo quitara al mundo. No sé por qué.

—Quizá no signifique nada en absoluto que a uno le guste ver comer a la gente, ni que sea bueno ni que no, nada. Quizá es que una ha tenido hijos, no más que eso.

Procuraba tranquilizarle pero él, el hijo, siempre había sido partidario de las generalizaciones rápidas, como si le faltara tiempo.

—Nunca quiero a nadie, nunca. Soy malo.

La mirada de la madre se entristeció y apareció en ella una ternura desesperada.

—Es verdad que no quieres a nadie..., ya me acuerdo... A veces, me pregunto de dónde te habré sacado...

—De vez en cuando me ocurre; no hay modo de evitarlo, fíjate, pero luego uno lo siente.

Librodot

—Sin embargo, en general, tu padre y yo... no digo ahora... más bien teníamos buenos sentimientos, me parece —buscaba la madre entre sus recuerdos.

—No te esfuerces en comprender —el hijo sonrió porque empezaba a preocuparle el giro que tomaba su conversación.

—Pero los hijos, vienen de tan lejos —se lamentó la madre—, de tan lejos. Con toda esa parentela que uno tiene detrás... ¡ay, pobres de nosotros!, ¿no es una pena? Quisiera que me dieras un poco de champaña. Y hete aquí que vuelvo a pensar en esos hombres de mi fábrica. Me repite como un mareo.

Jacques, prudentemente, le llenó sólo el fondo de la copa.

—Como un mareo. Y cuando pienso en ellos soy mala. Tampoco yo sé por qué.

Bebió. Jacques se calló y examinó la sala para ver si había alguien de quien hubiera debido ocuparse.

—Pero tú no eres tan malo, no —siguió diciendo la madre—, lo que ocurre sobre todo es que quisieras serlo, completamente, como tú lo quieres todo, ser completamente malo, eso es...

—Quizá —rió—, vamos a dejarlo.

—Pero en el fondo de ti no hay nada malo, nada; lo sé. En mí es distinto. A mí ¿comprendes? lo que me ocurre es que ya no quiero saber nada. No comprender nada de nada —hizo un gesto de gran liquidación—. Ni que me vengan con cuentos. Cuando sus mujeres vienen a buscarles, por ejemplo, con hermosas joyas, joyas de oro, oro como este mío que he necesitado sesenta años para ganármelo, la verdad te digo, me dan ganas de matarlas... Y no me lo disimulo, lo confieso...

—Sinvergüenzas.

La madre se calló en seco, deslumbrada una vez más por aquel hijo.

—¿Por qué lo dices?

Jacques se sobresaltó ligeramente, como si despertara.

—No sé. Porque soy malo.

La madre dudaba aún.

—Después de todo, no es culpa suya.

—Es verdad, no es culpa suya. Ya ves tú cómo soy —añadió bromeando.

—Es para hacerme contenta, ya lo sé.

Jacques no contestó.

—No, no... —gimió—, no lo comprendes. No es culpa suya; soy yo... lo que a mí me pasa... es que trabajan... —hundió la cabeza entre las manos para ocultar su desgracia—, trabajan como bestias...

Se le quebró la voz en un sollozo.

—Y que tú, hijo mío, no haces nada...

Jacques le tomó la mano y amablemente la sermoneó.

—Es una tontería. ¿A qué pensar en mí? La gente como yo, no cuenta apenas... Es decir, sí, cuenta, claro está... pero no en la sociedad.

La madre le miró, incrédula. Jacques sonreía.

—No puedo evitarlo —gimió—. Estoy llena de mala intención. Sin duda es porque me he hecho tan vieja, tan vieja... ¿Quién sabe de dónde me viene? Ya no puedo luchar contra esos sentimientos... no me queda nada —abría las manos y se las tendió—, ni corazón, ni moral... ni nada. Anda, dame un poco más de champaña.

—No debes beber demasiado, mamá.

—Pero si me da fuerzas, hijo.

—Es verdad —Jacques bajó los ojos.

Algunos clientes se habían marchado ya. Dos parejas bailaban, hombre y mujer enlazados, en el deseo, olvidando el mundo. El dueño estaba otra vez sacudiendo una coctelera. Una observación preocupaba al hijo; vaciló, pero acabó diciéndolo.

—Tú, en todo caso, tienes demasiadas pulseras —dijo sonriendo.

La madre sonrió también y consideró sus brazos, enternecida.

—¿Tú crees?

—Una verdadera vitrina. Francamente.

—¿Qué hacer con ellas, entonces?

—Guardarlas bien guardadas en el armario, echar la llave y no acordarte más.

—Ya no viviré —suspiró la madre—. Son cosas que le vienen a una con el dinero.

—Hay que probarlo, mamá.

Tanta insistencia, sin embargo, la extrañó.

—¿Lo crees verdaderamente?

—Verdaderamente. Diecisiete piezas en dos brazos, es algo jamás visto.

—¡Ah! ¡Ah! —rió la madre—. ¡Qué pena!

—Quisiera preguntarte otra cosa, a condición de que me la puedas decir. Quisiera preguntarte por qué le tienes tanto apego a esa fábrica.

La madre se replegó sobre sí misma, cerrando los ojos.

—No me queda nada más —dijo.

Se tocó los brazos, se los palpó como si fueran una vil mercancía.

—Nada más —prosiguió—. Ni hijos. Ni cabellos. Fíjate un momento en qué brazos tengo... Nada más que esa fábrica.

—¡ Vaya timo, la vida, después de todo! —pero el hijo ya no escuchaba.

—Cuando pienso, todavía os veo, cuando pienso que estabais todos durmiendo como angelitos por todos los rincones de casa... a la sombra de las persianas verdes, ¿te acuerdas?... y yo lloraba porque tenía deudas. Vosotros estabais allí y yo lloraba.

—Ya me acuerdo. Por la noche me levantaba a hacer pipí y te encontraba sentada en la oscuridad, llorando. Una vez, yo tenía ocho años, me preguntaste cómo salir de apuros.

—¡Pobre de mí! Llena de leche, fuerte como un buey, y lloraba... Ahora ya no lloro. También quería decirte que me juré no volver a llorar por nada, por nada en el mundo, ¿comprendes bien?, por nada. Será mi castigo por haber sido tan tonta en mi vida.

—Tienes razón, pero ¿ves tú?, tengo que sacar a bailar a aquella mujer, allí, a la derecha de la orquesta.

—Te he aburrido —gimió la madre.

—No, no, mamá, pero mi trabajo es bailar.

La madre miró a la mujer. Era hermosa y no le quitaba la vista de encima a su hijo. Bailaron. El dueño, viendo a la madre sola, se acercó a su mesa y le preguntó qué tal estaban los Melbas.

—Bien —dijo la madre. Acababa de descubrir que Marcelle seguía bailando, con el mismo cliente cada vez.

—Baila bien, esa muchacha —dijo.

—¡Ay! —dijo el dueño.

Marcelle sonreía a la madre, mientras bailaba, indiferente a su pareja. El dueño le sonrió a su vez, pero de un modo muy profesional. Jacques, por su parte, no bailaba ya como antes, con los ojos bajos y la boca hinchada de tristeza y de asco. La cliente le gustaba y él sólo se esforzaba en no dejarlo ver. La madre lo comprendió y se interesó por Marcelle.

—Tiene una hermosa sonrisa, sin embargo —dijo.

—¡Ay! —repitió el dueño, buscando en vano una complicidad.

La madre hacía a Marcelle algunas señas para darle ánimos y meneaba amablemente la cabeza, sonriendo. ¡Qué vieja es la madre de Jacquot!, pensó el dueño. Ya no se daba cuenta de nada. Sin duda había olvidado quién era Marcelle y creía que sólo bailaba por gusto. Por lo demás, hubiera podido creerse así. Marcelle sonreía, muy atenta a la madre y al gusto que le daba verla bailar. En los brazos de su pareja, tenía finalmente la libertad de gozar de una madre para ella sola. El dueño, algo despechado, se volvió al bar. Llegaban otros clientes. La gente entraba y veía enseguida a aquella mujer cubierta de oro, tan llamativa a pesar del sitio que le había asignado el dueño. Preguntaban, con una sonrisa, cómo y por qué se encontraba en semejante lugar. Se les daban explicaciones. Pero la madre no veía su sorpresa, totalmente atenta a cómo bailaba Marcelle. Parecía muy pálida a la luz velada de la sala. Sus brazos flacos destacaban violentamente sobre su traje negro, pesados, encadenados de oro.

Marcelle desapareció por la puerta del bar. La música no se interrumpía jamás y las parejas tampoco dejaban nunca de bailar, hombre y mujer muy agarrados. Como Marcelle no volvía, la madre la echó un poco de menos y se preguntó qué podía estar haciendo; se lo preguntó de mala fe, imaginándolo, porque estaba ya un poco bebida y era vieja e inmoral, ahora. La cliente que iba sola se marchó y el hijo vino a ver a su madre.

—Si quieres —dijo ésta— podríamos tomar otra botella de Moët.

El hijo, muy atento, la pidió desde la mesa, haciendo una seña de inteligencia al dueño. El dueño acudió, descorchó la nueva botella y sirvió a la madre. En cuanto hubo bebido, declaró:

—Tengo apetito.

—No —dijo Jacques—. Después de todo lo que has comido hoy, es imposible. Es una impresión tuya.

—Es que soy tan vieja; no lo comprendes —gimió la madre en voz baja.

Sonrió como excusándose, desde las profundidades del tiempo, empequeñecida ya como un recuerdo. Jacques se inclinó hacia ella y le tomó la mano.

—No he elegido ser así —murmuró la madre—, es como si aún tuviera veinte años. Todavía no sé qué me ha ocurrido.

—Ya lo sé. Pero no hay que ponerse triste por ello.

Se inclinó un poco hacia ella.

—No puedo trabajar.

Ante tales confesiones, la maternidad la turbaba tan intensamente como en los primeros tiempos de su vida. No contestó.

—No podré trabajar nunca.

—Sin embargo, hijo mío —pero ya lo decía sin convicción—, sin embargo, es oro, oro por ganar.

—Al cabo de dos días me iría. Como si estuviera al margen, de una raza que no fuera de veras. No lo lograré jamás. Me falta algo.

—Déjalo ya, hijito, no te pongas triste.

—No sé muy bien qué, pero me falta algo; es seguro.

—No te faltaba nada. Sencillamente...

—¿Qué?

—Dormías, dormías. No querías ir a la escuela. Dormías.

—No, eso no lo explica todo; no, seguramente me vino de alguna otra cosa.

—De mí. De nada más que de mí, de mí, que te dejaba dormir. No querías ir a la escuela, y yo te dejaba hacer, te dejaba dormir.

—¡Ah! Ya me acuerdo. Ya lo creo si me acuerdo...

Sonreía aún, a su edad, pensando en aquellas ganas de dormir.

—Y todos los críos del mundo dormirían igual en lugar de ir a la escuela si no les despertaran. Y yo, yo no te despertaba.

—Sí, me despertabas, sí. Incluso recuerdo cómo me despertabas: me decías...

—No. No es verdad. A los otros cinco, sí; pero a ti, no. A ti, todos los días, no podía.

Bajó los párpados, solemne, y dijo como quien profiere una sentencia dolorosa:

—Tenía por tu sueño una verdadera preferencia. Se quitó las gafas y se dejó invadir por un cansancio tan visible como la muerte.

—Me siento un poco cansada de pronto; es ese avión...

—Pero si te digo que me acuerdo, me acuerdo de cómo me despertabas. Me decías...

—No. Ocurre, entre cinco hermanos: hay uno, de pronto, ¿por qué?, uno a quien no se le despierta. Es una gran desgracia.

Jacques quiso contestar, pero ella no quería escuchar nada. Aun así, lo intentó.

—Y cuando me habías despertado, en lugar de ir a la escuela, ahí tienes la prueba, me iba a robar nidos.

—No y no. Lo comprendía todo de ti y... sólo de ti. No te despertaba.

—Bebe un poco de champaña.

—Entonces te figuraste que la vida era lo mismo.

—Bebe.

Se lo sirvió y le tendió la copa. La madre bebió. Jacques cobró nuevamente esperanzas.

—¿Ves tú?, cuando miro a los otros —dijo en el tono habitual de su charla con ella—, a mis hermanos, por ejemplo, bueno, no lo comprendo, me parece que están perdiendo el tiempo.

La madre se inclinó hacia su hijo, devorada de amor, con los ojos en llamas.

—Pero es lo mismo, hijito, es exactamente lo mismo. ¿Qué vas a imaginarte? Yo, por ejemplo, si trabajo es porque me gusta. Es lo mismo a fin de cuentas... trabajar... no trabajar... basta con empezar, es cuestión de acostumbrarse. Empezarías... en una semana estaría hecho... Es cuestión de...

—Déjalo ya, mamá.

—Sí. Quería decir cuestión de no reflexionar demasiado, esto es todo.

Se dejó caer hacia atrás y volvió de golpe a su fatiga.

—Pero entonces no debe dolerte —dijo.

Jacques la abrazó por los hombros y rió.

—Mírame. ¿Tengo aspecto de desgraciado?

—Lo demás... no tiene importancia.

—No quisiera darte demasiado disgusto.

La madre no contestó y reflexionó.

—Habrá que venderla lo mejor posible. Os la repartiréis. No se hablará más de ella.

—Si la tuviera me la jugaría en una noche. Es mejor venderla.

—Sí, tienes razón.

Le llamaban. Vaciló, pero su madre le alentó a que se marchara. En cuanto la vio sola, Marcelle se liberó de su pareja y se acercó.

—Estuve tomando el aire —dijo—, ya vuelvo, sólo he bailado una vez.

La madre miraba bailar a su hijo. Marcelle se sentó.

—Parece que está usted muy cansada, de pronto —dijo.

La madre siguió sin contestar. Marcelle, a su vez, miró a Jacques.

—No sé por qué le tengo tanto apego —dijo en voz baja.

La madre seguía con el espectáculo de su hijo y Marcelle pensó que estaba a punto de dormirse. Se aprovechó de ello para desahogar su corazón, en voz baja.

—Incluso creo que le quiero —dijo.

La madre, ante estas palabras, se estremeció.

—¡Ay! —murmuró.

—Él no, él no me querrá nunca.

Pero la madre había vuelto a ausentarse hacia el espectáculo de su hijo que bailaba.

—Ya me lo ha dicho, además. Nunca me querrá, nunca, nunca.

La madre volvió a ella y la examinó con los ojos vacíos.

—No quería ir a la escuela —dijo—, nunca.

—Sin embargo... ¿nunca, nunca?

La madre meneó la cabeza.

—Nunca. De ahí viene todo. Así empezó.

—Y ¿por qué?

La madre abrió las manos y las extendió en su impotencia.

—Todavía no lo sé y no lo sabré jamás.

Se callaron un momento y luego Marcelle volvió a sus propias preocupaciones.

—Si por lo menos me dejara quedarme en su casa... no pido nada más: que me deje quedar allí.

—Hay hijos, los otros, por ejemplo, que se abren camino solos, y no hay necesidad de ocuparse de ellos. Otros, no hay nada que hacer. Se crían igual, son de una misma sangre y luego son tan distintos.

Marcelle se calló. La madre se acordó de ella.

—¿Y no quiere que se quede usted en su casa?

—No quiere. Cada dos días me pone en la puerta.

—Quizá, después de todo, es su oficio, quizá es que piensa en él, que un hombre no puede olvidarlo; no sé, yo..., yo he sido la mujer de un solo hombre toda mi vida; por eso...

—No hace ningún esfuerzo por olvidarlo; quizás más bien lo contrario.

—No tuve tiempo —añadió la madre, abrumada por la vejez.

—No es tanto por mi oficio, es sobre todo que en cuanto tiene a una mujer se encapricha por otra. No acaba nunca.

—Es la vida.

—Es verdad —dijo Marcelle tras una vacilación.

—¿Y cuándo la echa?

—No tengo domicilio.

Marcelle se echó a llorar con breves sollozos secos. La madre se volvió hacia ella y la examinó de pies a cabeza, con los ojos empañados por el cansancio y el champaña.

—Joven, de buena gana le diría a usted que viniera a mi casa, pero…

Marcelle se sobresaltó, avanzando las manos. La madre ya no la miraba; golpeó la mesa, con los ojos bajos.

—Pero estoy demasiado cansada —declaró.

Las lágrimas de Marcelle redoblaron.

—Pero, señora…

—Hace solamente, digamos, cinco años, o tres, le hubiera dicho: venga usted a mi casa, ya que está sin domicilio. Ahora no y no, no se lo diré.

Examinó a Marcelle una vez más, una vez más de pies a cabeza, con los ojos de la tentación.

—No y no —gritó.

El dueño, detrás de la barra, pensó: ¡Anda! es decidida, la madre de Jacques. Tomó de nuevo una coctelera y miró hacia ella, un poco inquieto. Marcelle no se atrevía a decir palabra. Por sus mejillas maquilladas corrían las lágrimas.

—Es así —prosiguió la madre golpeando una vez más la mesa—, podría usted cortarme en pedazos… no y no, se acabó ya.

Impulsivamente, Marcelle se acercó a ella.

—Señora…

La madre la rechazó con un gesto, se encolerizó de tener que hacerlo una vez más.

—Es posible —dijo—. Pero se acabó.

Tomó la botella de champaña con mano temblorosa y se sirvió, derramando parte por encima del mantel. Marcelle no se fijó en ello.

—Cuando vuelvo a pensar en esa porquería de fábrica, sola, con aquellos ochenta hombres dentro, libres, libres…

—Cada dos días. Y yo vuelvo cada vez como un perro—volvió a empezar Marcelle.

—Y aquella casa, también sola, cerrada con llave, que ya no sirve para nada… sola…

Marcelle se consoló un poco de su propia suerte.

—También usted está sola en la vida de un modo bien raro —dijo.

Pero la madre continuaba absorta en sus pensamientos. Marcelle, sin dejar de llorar, tomó el vaso de Jacques y se sirvió champaña a su vez. La madre tendió su vaso maquinalmente y Marcelle la sirvió también.

—Tan sola como yo, en el fondo. No es una razón la de que yo hago lo que hago; tan sola como yo.

—Días enteros subido a los árboles como si en el mundo no hubiera otra cosa, sólo pájaros…

Le examinó mientras bailaba de nuevo y vio que estaba preocupado por ella. Eso la desesperó aún más.

—Y encima, ni siquiera bueno, como podría ser cualquier hombre, cualquiera… incluso el más perezoso… Cada dos días pone a esa pobre muchacha en la calle, así, sin razón, sencillamente porque no es bueno.

Marcelle hizo un ademán de negación y la contradijo prudentemente.

—No creo que sea por eso, porque no sea bueno; más bien sería porque no es del todo igual que los demás, quizá...

La madre agitó las manos: sabía muy bien de qué iba.

—Quizá no era un niño como los demás, pero ahora mírele usted.

Se lo enseñó. Marcelle rió bruscamente, con una risa sana y tranquilizadora. La madre rió también y continuó, sin dejar de señalar a Jacques:

—Nadie es único en su género, nadie, es algo que no existe... pero fíjese usted en él, fíjese...

Esto se acaba, pensó el hijo una vez más.

—Es verdad —dijo Marcelle, convencida, exactamente como si ello fuera un consuelo suficiente.

Bebieron un poco más de champaña. Luego, a la madre volvió a ocurrírsele algo respecto a la suerte de Marcelle.

—¿Ve usted? —dijo—. Podría estar diez veces más sola en aquella casa, o mejor en aquella fábrica, y no le diría que viniera.

Marcelle previno el peligro.

—No hay que pensar más en ello —aconsejó con mucha dulzura.

Pero la madre no podía evitarlo.

—Es así. Nunca. Ya ve usted cómo me he vuelto.

—Se lo suplico. No piense más en ello.

La madre volvió a encolerizarse.

—Ni cuando vaya a morirme, sola como un perro, ya no se lo diré a nadie.

Marcelle volvió a echarse a llorar.

—Pero, ¿por qué, por qué estar constantemente repitiéndome eso?

La madre volvió a golpear la mesa.

—¿De modo que no voy a tener derecho a repetirme estas cosas?

Terminó el baile. El hijo no se entretuvo en acompañar a la cliente con la que bailaba y fue hacia su madre. La agarró por los hombros.

—Basta ya de beber, mamá.

Sacudió a Marcelle por el brazo.

—¿Estarás loca para dejarla beber así?

La madre se entristeció y tomó por testigo a su hijo.

—No quiero saber nada más, nada. Me encuentro a gusto en esa fábrica, ¿quién tiene reparos que ponerme?

—¿Quién? —el hijo se irritaba un poco.

—Marcelle —dijo la madre señalándola con el dedo.

—Estaba seguro. Vete enseguida.

—Enseguida —lloriqueó Marcelle.

Se fue. La madre no se dio cuenta. Jacques se sentó frente a ella.

—¡Soy una mujer feliz! —dijo a gritos la madre. Algunos clientes se volvieron—. Estoy a gusto en esa fábrica. Si estoy aquí es para que no digan, porque pensé que mi deber era venir a ver a mi hijo, probar otra vez lo imposible... nada más, el deber; pero mi corazón está allá abajo.

Probó a servirse champaña, pero el hijo le quitó la botella de las manos.

—Basta ya de beber, mamá.

La madre se indignó, apeló al testimonio de la sala entera, pero los potentes metales del jazz cubrieron su voz.

—Novecientos kilómetros para venir... trabajado para tres

generaciones..., ¿no tengo derecho a beber?

—Mamá.

Intentó tomarla de la mano, pero la madre se la negó.

—¡No y no! —gritó—, basta ya.

Jacques le sirvió un fondo de copa de champaña. La madre lo bebió y derramó algunas gotas sobre su corpiño.

¡Oh, no! pensó él, trastornado. La secó deprisa con el pañuelo. Ante este gesto, la ira de la madre amainó de golpe.

—Te encontraban en los árboles —gimió—, buscando nidos...

—Mamá.

Quiero que se vaya de una vez, pensó, pero ya no es posible, ya no es posible, ya no es posible.

—Días enteros, hasta la noche...

Tomó la botella de champaña y le sirvió una copa llena, pero esta vez no la quiso.

—Nos marchamos. Dentro de diez minutos nos marchamos. No pienses más en ello.

—Días enteros, en lo alto de las ramas; te llamaban y tú no contestabas. Días enteros...

—Sí, en los árboles, yo también me acuerdo. Pero no hay que pensar más en ello.

Desde el momento que él se acordaba, la madre se acordó de otra cosa y dejó de entristecerse tanto.

—Fíjate que en cierto sentido no me desagradaba... Los otros trabajaban tanto... Que tú estuvieras en los árboles, no me desagradaba, cambiaba las cosas, vaya...

—Y luego —añadió amablemente el hijo—, los demás han salido adelante muy bien; sólo yo, después de todo, uno entre seis...

La madre tomó una expresión de asco insuperable.

—No me hables de ellos, ¡ah!, sobre todo no me los mientes...

—A pesar de todo...

—No puedes comprender.

Marcelle, adosada a la puerta del bar, acechaba la ocasión de volver hacia ellos, hacia la madre, sin dejar de secarse los ojos. Fueron a sacarla a bailar. Siguió dócilmente. La madre se dio cuenta de ella y le sonrió.

—Entonces me dije: «A éste, le haré comerciante». Me gustaba, el comercio. Y a ti, ¿te gusta el comercio?

—Te diré, creo que sí.

Estaba dispuesto a toda clase de concesiones.

—¿Ves tú?, ya lo sabía. Pero fracasó. Nunca pude comprarlo... Un restaurante, sí, a la pata la llana... ¿Entiendes lo que quiero decir? Al cubierto, tres platos, no más, una minuta; sin carta. Los lunes, un solo plato. Un buen «chucrut». Con muchas cosas. Muy caliente. ¿Entiendes?

El hijo se inclinó y la besó, sonriendo.

—Entiendo. Vamos a marcharnos y a comernos el nuestro, nuestro «chucrut». No te preocupes.

Habían llegado dos americanas. Jacques empezaba a timarse con ellas. No iban acompañadas. La madre no se percató de nada y prosiguió:

—La carta es un error. ¿A qué tantas y tantas cosas? ¿Tan distintos son los gustos de la gente? No, no. Es un error antiguo, un prejuicio. Todo el mundo está de acuerdo en lo esencial, basta que...

Su hijo le hizo seña de que tenía que bailar.

—Una vez aún, la última; luego nos marchamos —y se fue.

—Basta hacer bien las cosas, honradamente, todo el mundo está de acuerdo.

Después de estas palabras, de golpe, se hundió en el sueño. La cabeza se le cayó hacia delante y se le quedó inmóvil encima del pecho. Todos la miraban sonriendo, enternecidos o divertidos. El dueño aguardó a que terminara el baile y llamó al hijo.

—No tiene que dormir así. ¿Qué parece, mi casa?

El hijo palideció y apretó los puños.

—Son las dos botellas de Moët que se te ha bebido, como si nada.

—Compréndeme —el dueño intentó sonreír—, compréndeme, Jacques…

—No quiero, figúrate tú.

Se acercó a su madre y la llamó en voz baja. Ella se sobresaltó y miró a su alrededor, asombrada.

—Vamos a marcharnos; ven, mamá.

—Perdónenme —murmuró quejumbrosamente—, vengo de tan lejos.

Jacques la ayudó a ponerse la chaqueta. El sueño le había dado frío.

—Tengo frío y hambre, continuamente.

—Al llegar comeremos el resto del «chucrut», todo lo que queda. Yo también tengo apetito.

—Sí.

Marcelle había dejado a su pareja. La cólera de Jacques la intimidaba. Estaba de pie delante de ellos, esperando.

—Ven también tú —dijo Jacques.

Fueron a mudarse de ropa. Durante su breve ausencia, la madre estuvo luchando contra el sueño, con todas las fuerzas que le quedaban. Logró dominarle y se portó decentemente. Cuando volvieron acudió el dueño con la nota en la mano. La madre la acogió amablemente.

—Perdone que me haya dormido, pero hice seis horas de viaje para ver a mi hijo.

—¡Ay! —dijo el dueño una vez más.

Le dio la nota. La madre se puso las gafas y la miró. Estupefacta, levantó la cabeza hacia el dueño. Luego volvió a mirar la nota. No sabiendo manifiestamente qué pensar, se la tendió a su hijo para que la leyera.

—Cinco mil francos —dijo éste, de muy mal talante.

La madre volvió a tomar la nota y la dejó encima de la mesa con ademán seguro y decidido, como si no quisiera volver a oír hablar más de ella. El dueño sonreía, sin comprender más que a medias. La madre se puso las gafas.

—Nunca. No pago.

El dueño dejó de sonreír en seco. El hijo le hizo una seña de inteligencia; todo se arreglaría. Se inclinó hacia su madre.

—Mamá —dijo en voz baja—, te explicaré…

Ella le cortó la palabra.

—Nada. No pago.

Se hallaba solicitada por igual y a un mismo tiempo por la cólera y por el sueño. Pero se encastilló en la cólera.

—Antes morir.

—Cinco minutos —dijo Jacques al dueño.

Librodot

Le hizo discretamente seña de que volviera al bar. El patrón fue para allá, digno y un poco nervioso. Si no fuera tan vieja, pensó, llamaría a la poli y los aflojaría enseguida. Se había olvidado de su propia madre tan completamente como si hubiera sido huérfano. En la sala, ahora, todo el mundo comprendía lo que estaba ocurriendo. El hijo hubiera querido morirse. Pero esta clase de contrariedades dejaban indiferente a Marcelle.

—Es el precio —proseguía el hijo en voz baja—, puedes informarte; yo estoy acostumbrado. Marcelle puede también decírtelo... Díselo, Marcelle.

—Es el precio en todas partes —dijo Marcelle, aprovechando ansiosamente la ocasión para recobrar el favor de Jacques.

—Es posible, pero a mí me importa un bledo.

El hijo se desesperó. Quisiera poderme matar por una cosa así, ahora, en este mismo instante, pensó.

—Cuando quieras —dijo a la madre.

Volvió a sentarse e hizo seña a Marcelle para que hiciera lo mismo.

—Nunca —dijo la madre, empezando a ceder.

—Como quieras, como tú quieras, ni más ni menos.

El patrón les miraba, con una sonrisa maligna en el rostro, mientras volvía a sus ocupaciones en el bar.

El hijo tenía ahora la secreta esperanza de acabar allí, en aquel escándalo suspendido. Todo me da ganas de matarme, pensaba. Y este descubrimiento le dio una fuerza desconocida. Pero he aquí que las lágrimas asomaron a los ojos de la madre.

—Cinco mil francos, cinco mil francos —gimió.

Ahora va a pagar, pensó el hijo. Esta nueva esperanza le dio asco.

—Se dan —dijo en tono cansino— y no se piensa más en ellos. Se abre la cartera, se toma el billete, se deja ahí encima, y a la mierda. Así se hace.

—¡Ay!

Con los ojos llenos de lágrimas, la madre volvió a ponerse las gafas. Me figuraba que ya no lloraba por nada, pensó el hijo con amargura. La madre sacó del bolso una gran cartera, tomó un billete de cinco mil francos y lo examinó.

—Si quieres, puedes no pagar.

Miró a su hijo, sorprendida, y dijo puerilmente.

—¿Y qué? ¿Qué pasaría, entonces?

—Nada.

Jacques no dejaba la sala de ojo, manteniéndola a raya. La vergüenza se había borrado totalmente de su corazón. Ya no sentía más que cólera, no deseaba sino que estallase el orden del mundo. El dueño, desde el bar, seguía el curso de la operación. Es una vieja bruja, nada más, pensó.

—Nunca se acaba —dijo la madre—, nunca.

Dejó el billete encima de la mesa. El hijo se levantó como disparado; Marcelle, más lentamente. La madre se entretuvo guardando la cartera en el bolso, con todo el cuidado de que todavía era capaz. El dueño volvió hacia ellos, tomó el billete de cinco mil francos y saludó a la madre con ofendida dignidad. La madre le tendió la mano, sin acordarse ya de lo que acababa de suceder. Cuando hubieron salido, pensó en ello.

—Es casi tan caro como un colchón, es curioso.

—Ladrones —dijo Jacques.

Volvieron en taxi. La madre entonces se despertó un poco de aquel cansancio tan grande. El aire fresco de la noche le sentó bien. Por fin miró

París, se extrañó de que estuviera tan desierto, pero no dijo nada. No dijo nada hasta que llegaron. El hijo, allí, en el taxi, lo pensó de una vez totalmente. Todavía me quedaba ese testigo de mi vida tan cobarde, pensó, tiene que morir, es necesario. Sabía muy bien lo que se encerraba en el silencio de su madre y de qué sería fecundo su lento despertar. Por lo mismo no lo rompió y se mantuvo callado a su vez hasta que hubieron llegado a su casa. La madre no se dio cuenta de que habían llegado.

—Ya estamos en casa.

Pagó dócilmente el taxi, entregada ahora ya a todas las necesidades de aquel viaje.

Marcelle puso inmediatamente a calentar el resto del «chucrut». La madre se sentó en un sillón sin quitarse siquiera la chaqueta. Sus ojos, que hubieran podido creerse cerrados, decían claramente la voluntad inmóvil, irrisoria, que a veces emerge por sí sola del desmoronamiento del espíritu. En el fondo, todavía está viva, pensó el hijo. El silencio de los tres era tan perfecto como el de un velorio. El hijo ayudó a Marcelle a poner la mesa, sus tres platos encima de la mesa. Cuando hubo terminado, como la madre seguía sin moverse de su silla, clavada por una última esperanza, Jacques se acercó a ella. No puedo hacer ya otra cosa por mi madre, pensó, sino invitarla a que coma antes de morir.

—Ven a comer.

La madre le miró con ojos llenos de espanto.

—Quisiera decirte algo.

—No vale la pena; ven.

La hizo levantarse y volverse a sentar. Las ganas de llorar y el alivio se disputaron una vez más su humor.

La madre no le dejaba de ojo, dudosa.

—No puedo hacer de otro modo.

—Ya sé, y te comprendo.

Marcelle, al verles tan unidos, se echó a llorar y, súbitamente, se fue a la cocina.

—¿Qué le pasa, que está siempre llorando?

—Nada. No ha conocido a su madre. Nada más.

La madre se impacientó un poco.

—Pero exagera, después de todo.

El hijo sonrió tristemente.

—Incurable, no lo puedes imaginar.

La madre sonrió también. Su decisión estaba tomada y su buen humor y su apetito volvieron de pronto.

—Marcelle —la llamó—, por favor, véngase a comer un poco de «chucrut» con nosotros.

Marcelle volvió sonriente y sonándose.

—No hay que llorar —dijo la madre—. Los tres estamos aquí, vivos, comiendo un buen «chucrut»; esto es lo principal.

—Es verdad —dijo Marcelle.

—Lo demás cuenta menos de lo que podría creerse —dijo Jacques.

Comieron el «chucrut» en silencio. Estaba aún mejor que por la mañana, y después de aquella noche en vela todavía lo apreciaron más.

—No hay nada como el «chucrut» —dijo la madre—; un buen vasito de vino blanco, y cuanto más se cuece, mejor está…

—Me acordaré toda la vida —dijo impulsivamente Marcelle.

La madre le hincó el diente a una salchicha de Francfort con mucha mostaza. El hijo la miraba comer y casi se olvidaba de hacerlo a su vez. Eso se acabó, volvió a pensar. Creyó comprender que el amor que la madre había sentido por sus hijos iba quizá a retirarse finalmente de su vida. Pero el apetito, los hombres lo conservaban hasta el fin.

—Y luego, no hay que llorar de ese modo —dijo la madre.

—Incurable —dijo el hijo amablemente—. A veces, pasa un perro, y ya suelta el llanto.

—Una no puede cambiar su modo de ser —dijo Marcelle algo confusa.

Comió también, y sus lágrimas, como consecuencia, se secaron. Su apetito era tal que Jacques se dio cuenta.

—¡Lo que has comido en el día de hoy, después de todo! —le dijo.

—Por una vez —se ruborizó Marcelle.

—Déjala que coma, también tú —dijo la madre—. Coma usted, joven. Tanto como pueda. Yo, en su lugar, lo haría adrede.

Se echaron a reír los tres, incluso el hijo, casi de buena gana.

—¡Ah! Las alegrías del «chucrut» —exclamó la madre—, la gente habla tan tranquilamente de ellas sin conocerlas. Un buen «chucrut»... a setenta y cinco años cumplidos... dos guerras... cuando lo pienso... Además de todo lo otro... seis hijos... Todavía no me explico cómo he podido..., cómo no les maté a todos... ¡Ah! ¡Qué vida! ¡Qué pena!... Una gota de «beaujolais», por favor.

Mascaba alegremente la salchicha, mientras hablaba. El hijo volvió a interesarse por ella más que por Marcelle.

—Mamá —dijo, previendo un peligro.

—Eso no, nada de sentimientos.

La madre barrió el aire de un manotazo. Sus pulseras entrechocaron.

—No es eso, mamá...

—¿Qué? ¿No se bebe?

Marcelle fue a la cocina por la botella de «beaujolais» que había quedado al mediodía.

—¿No hay «chucrut» donde tú estás?

No lo había. El hijo se tranquilizó un poco. Marcelle volvió y sirvió el «beaujolais» repartiéndolo bastante equitativamente entre los tres vasos. La acuciaba una pregunta. Se contuvo mientras la madre terminaba su salchicha, pero luego la hizo, como cumpliendo una formalidad.

—¿Y los demás?

La madre volvió a ponerse pensativa.

Buscaron juntos el modo de salir del paso.

—Les explicarás que ahora soy así, que me he vuelto como... como me da la gana —dijo finalmente la madre.

—Es difícil explicar eso precisamente —dijo Jacques—. Les diré que ha llegado un telegrama llamándote.

—Esa gente que se ha situado... —dijo la madre cansadamente—, una no tiene nada que ver con ellos. Además, no importa, así aprenderán a juzgarme.

—Una madre es una madre —dijo Marcelle.

—Ideas que se forman, figuraos, ideas sobre su madre...

—Yo sé muy bien que yo —dijo Marcelle—, si la tuviera...

Como amenazaba con volver a echarse a llorar, Jacques le cortó la palabra.

—Como quieras —dijo a la madre—, ya me arreglaré.

La madre dijo que tenía frío y, gimiendo como si se tratara de un gran trabajo, dijo:

—Habrá que pensar en telefonear por el billete del avión ese.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Bueno. Bajo enseguida —dijo Jacques tras un momento de vacilación.

Marcelle rompió a llorar.

—¡Ah! No lo había comprendido.

Jacques se encogió de hombros, se levantó de la mesa y bajó a telefonear.

—No lo había comprendido —volvió a empezar Marcelle—, esperaba que se quedaría usted tres días al menos…

—Imposible.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mañana? Decía usted un mes…

—Todo. No puedo hacerlo de otro modo. Si me quedo… me voy a morir.

—¿Morir?

—Sí.

Su tono no admitía apelación. Marcelle lo comprendió, no insistió y empezó a quitar la mesa sin dejar de llorar. La madre la examinaba igual que un momento antes, en aquella «boîte» tan mona.

—No hay que estar llorando así continuamente —le dijo—, tiene usted que contenerse un poco. Yo he llorado mucho en la vida… es decir, al menos tanto como todo el mundo…, no sirve para nada. Ni siquiera alivia tanto como dicen.

—Sí, señora —sollozó Marcelle.

—Y hay que olvidar eso de que hubiera usted podido tener madre; en fin, quiero decir que hay que intentar olvidarlo. No se puede vivir así, ¿qué sentido tendría?, lamentando no haber tenido madre. No es normal.

—Es el haberla visto a usted, señora —volvió a sollozar Marcelle.

La madre la examinó una vez más, mientras lloraba, tan alta y fuerte, mientras lloraba de nuevo, con los ojos de la tentación.

—Y luego, ahora ya está usted demasiado crecida para tener esas penas —dijo como si hablara a una criatura.

—Ya lo sé —dijo Marcelle— pero no lo puedo evitar.

La voz de la madre se hizo distante.

—No le diré a usted que no sea triste, verdaderamente, no haber tenido madre, pero en fin… hay tantas cosas más tristes, tantas, si usted supiera. Algún día lo sabrá.

—Sí, señora.

—Quiero decir que sabrá lo que es la felicidad… sí, y… la desesperación de saberlo.

—Sí, señora.

—Y que así lo espero por usted, hijita.

Y en el tono indiferente de una conversación ordinaria, la madre añadió:

—Si me marcho, ¿ve usted?, es porque no tiene sentido que yo esté aquí… no tiene ningún sentido.

—No diga usted eso —suplicó Marcelle.

—Así es. No tiene sentido. Haber tenido hijos, no tiene sentido, no

significa nada. Nada. No puede usted figurarse hasta qué punto, da vértigo pensarlo. No digo tenerlos... sino haberlos tenido...

Marcelle huyó a la cocina bajo el peso de estas palabras.

—Nada —prosiguió la madre, sola—. Si me quedara, sólo podría matarme, pobre hijo mío. Y yo, sólo podría comprenderle.

Lo olvidó, tuvo sed y volvió a llamar a Marcelle.

—Ahora vuelvo a tener sed —gimió—, quisiera agua.

Marcelle le llevó un vaso de agua y la madre lo apuró de un trago. Luego se quedó aguardando, atontada, el regreso de su hijo. Marcelle se fue a llorar lejos de ella, a la cocina, una vez más. Al quedar sola, la madre la olvidó por completo, examinó despacio la habitación en que se hallaba, aquella en que vivía su hijo. De día la había visto mal. La consideró por todas partes con un profundo asombro. Era un espectáculo del cual sabía que no se olvidaría jamás. La maternidad la asombraba todavía, seguiría asombrándola siempre. Pero incluso a ese mismo asombro, tan vano, se había acostumbrado ya. Se apoderó de ella el aburrimiento, y luego el sueño. Se levantó, pasó por delante de la cocina donde Marcelle estaba sentada, sola, bajo la lámpara, llorando. Se detuvo un segundo. Ambas se examinaron.

—Quizá podría usted cambiar de oficio —dijo la madre.

—Es demasiado tarde ya, señora —Marcelle cesó de llorar.

La madre reflexionó, con los ojos bajos.

—¿Está usted segura?

—No hay ejemplo.

—No puedo nada por usted. Ni por usted ni por nadie. Lo siento mucho. Estoy demasiado cansada.

Se fue a su habitación.

Cuando volvió el hijo, Marcelle estaba todavía en la cocina. Tenía los ojos enrojecidos pero ya no lloraba. Jacques se fue al comedor, lejos de ella y se echó en el diván. Su madre debía de estar durmiendo. No eran más de las cuatro y la noche es larga para quienes no tienen costumbre de consagrarle su sueño. A causa de la madre habían dejado la «boîte» mucho más temprano que de costumbre.

El hijo no tenía nada que hacer aquella noche, por lo tanto. Marcelle se acercó.

—Vete —le dijo—, vete.

—Pero si ya no lloro —dijo Marcelle—. Tengo sueño.

—Mañana te marcharás. Esta vez es seguro.

Marcelle se desnudó, deshizo el diván. El hijo se levantó sin protestar.

—Después de cierta hora —dijo— el sueño se me pasa tan completamente como si ya no tuviera que volver a dormir nunca más.

—Quizá es de tanto que te gusta la vida —dijo Marcelle amablemente.

No se dijeron nada más. El hijo iba dando vueltas a la habitación. Del cuarto de la madre no llegaba el menor ruido.

—Duerme —dijo Jacques en voz baja—. Seguro que duerme.

Marcelle se durmió a su vez. Y a falta de otro espectáculo, de otra cosa, a aquellas horas de la noche, él la miró zozobrar y hundirse en el olvido. Muy pronto su respiración se elevó, impúdica, y su sueño, vulgar y cotidiano, vino a turbar la salvaje soledad de la vigilia de Jacques. Este fue a la ventana, la abrió y respiró el negro frescor de la calle. Sólo eran las cuatro. Disponía de unas tres horas de libertad antes su madre no despertase.

Librodot

Volvió a cerrar la ventana, se sentó de nuevo, sacó la cartera, la abrió, contó, volvió a cerrarla. No tenía bastante dinero. Intentó olvidar, fumar, sólo encontró gusto en dos bocanadas de su cigarrillo, lo apagó, y, de pronto, se echó a llorar. Con todas sus fuerzas intentó parar el golpe pero no pudo. Las lágrimas brotaron de él, irreprimibles, sacudiéndole por entero. Marcelle ni se movió. En el cuarto de la madre, asimismo, la alarma de su desdicha no llegó a turbar el silencio. Lloró, con las manos en la boca para no ser oído. Y no le oyeron. Su pena tenía la juventud de las de los deseos contrariados de la infancia y por ello mismo era extremada y sumergía su razón. Sin dejar de llorar fue a la cocina, se encerró y se lavó largo rato la cara con el agua fría de la fregadera. Esto le calmó. De la infancia, había conservado también la humildad, de la que nada hasta entonces le había hecho levantarse: se podía ser desgraciado a partir de nada, pensó, de nada en absoluto. El cuarto de su madre seguía tranquilo y sin luz. Muerta o dormida estaría también su madre, la de los largos acechos a los pájaros en los árboles, durante días enteros. Volvió al comedor. Los pájaros le llevaban a uno lejos, hasta las noches desérticas de la vida que él había escogido. Ya no lloraba, pero donde debía estar su corazón latía una piedra dura y negra. El sueño de Marcelle seguía exhalándose, carnal, en su desdicha de piedra. Mañana a la puerta, a la puerta, pensó Jacques, y ahora me quedaré solo. Se acercó a la chimenea y se miró al espejo. No sabía qué hacer con su cuerpo. Su impaciencia había amainado, pero estaba tan desesperado que sólo sabía soportarse en pie. Ni siquiera tenía el recurso de un enemigo: su madre dormía, inocente al fin, en el sueño del vino. No sabía pues qué hacer de sí mismo aquella noche cuando se dio cuenta, encima de la chimenea, de las diecisiete pulseras de oro que su madre había olvidado después de la cena, que había olvidado de tanto haber bebido, y de ser demasiado vieja y de haberle querido demasiado. Volvió a sentarse. Se levantó otra vez, las miró de nuevo, inútiles. Luego volvió a sentarse. Luego miró al reloj. Luego se decidió. Tomó dos de las diecisiete pulseras, se las guardó en el bolsillo y aguardó un momento, el tiempo necesario para saber qué acababa de hacer o por lo menos darle nombre. No lo logró. Quizá era lo peor que había hecho desde que naciera. Pero ni siquiera estaba seguro de ello. Tanto menos cuanto que una justificación de lejanos contornos empezaba a apuntar en su alma. Es mi madre, pensó, es mi madre, y yo soy muy desdichado, y es mi madre que está hecha para comprender mi desdicha, y tiene razón, y todos nos parecemos, incluso los mejores que yo. Salió poco a poco del piso, con el oro en el bolsillo, y tomó el camino de Montparnasse.

—Robadas, sí, pero a mi madre; setenta y ocho años, sí, no te preocupes —dijo al mozo de la sala de juego que cuidaba de esa clase de tráfico.

—No te preguntaba nada. ¿Por qué tienes que decírmelo?

—Soy así. Todo, menos mentiroso.

El mozo le dio lo que él pedía por las dos pulseras. Jacques entró en la verde pradera de los tapetes verdes, risueño, sin acordarse de su delito, con los dioses a su lado.

La madre despertó poco después de haberse él marchado y, una vez más, irrumpió en el comedor, despertando a Marcelle.

—¡Pobre de mí! —gimió—, ya estoy otra vez despierta y sin saber dónde me encuentro.

Marcelle dio la luz. La madre vio la ausencia de su hijo y miró a la

cama, extrañada.

—¿No se acuerda usted? —dijo Marcelle—, bajó a telefonear para el avión.

—Y todavía no está de vuelta —se quejó la madre—. Vaya, joven, ahora vuelvo a tener sed.

Marcelle se levantó enseguida y fue por agua. La madre bebió, se levantó penosamente del sillón en que estaba sentada y se dirigió hacia la chimenea.

—Pero ¿qué hora será? —se inquietó—. Las noches son tan largas, tan largas para mí…

Tomó las pulseras una a una y las contó. Marcelle la seguía con la mirada y contaba con ella. Dejó escapar un grito sofocado, quebrado, y luego se sentó de nuevo en un sillón, con las joyas amontonadas en su camisón.

—¡Ay de mí! —murmuró.

Marcelle esperó un poco, inmóvil y silenciosa. Luego, sin moverse del diván, le dijo: —A pesar de todo, debería usted probar a dormirse otra vez.

La madre contempló las joyas en la falda de su camisón y se estremeció.

—Sí, en el fondo —dijo—, tendría que probarlo. Pero, ¿ve usted?, pasada cierta hora de la noche, es curioso, el sueño se me acaba por completo…

—Como a su hijo —Marcelle sonrió.

La madre cerró los ojos.

—Mi hijo —murmuró—, mi hijo.

—Sí.

Se levantó, volvió a dejar las alhajas encima de la chimenea, pero ya sin la menor precaución, como lo habría hecho con cosas sin valor. Luego, por última vez, examinó aquella habitación con la cama deshecha, aquel triste escenario en que se desarrollaba la existencia de su hijo. Y, sin duda, una vez más el asombro pudo más que su dolor.

—Va a volver —dijo Marcelle—, no pase usted cuidado. Es así, parece que no volverá, pero vuelve.

—Ya lo sé —dijo la madre, serena—, ya lo sé. A los dieciocho años, ya era igual; ya sé que vuelve. Tranquilícese usted, joven, lo sé. Nada en él puede asombrarme por completo… En suma, ¿ve usted?, también es esto, volver a ver a un hijo…

Volvió a su habitación, se acostó y apagó la luz. Marcelle, por su parte, hizo lo mismo. Se quedaron las dos despiertas a la espera de su regreso.

Jacques volvió al amanecer, ligero y libre, desnudo como un gusano, adulto, devuelto finalmente —aquella noche— a la fatiga de los hombres.

—Ha venido —le dijo Marcelle—, y ha contado sus pulseras.

Él no contestó, no tuvo nada que responder, y se sentó a su lado en el diván.

—Has perdido —dijo ella en voz baja.

Él hizo seña de que sí, todo. Marcelle le miró largo rato y ante sus cabellos grises en las sienes, su forma de hombre hecho y fuerte, sus manos criminales, estaba hecha de tal modo que su corazón se hinchó de bondad desolada.

—Volvió a acostarse —dijo—, ven a dormir.

Jacques levantó los ojos hacia ella, se quedó sorprendido ante tanta

dulzura, sólo el tiempo de darse cuenta.

—Es mi madre —dijo al fin.

Se levantó. Después de aquellas noches, después de cada una de ellas creía finalmente haber alcanzado el cansancio mortal reservado a los héroes de su especie. También ahora lo creyó. Pero tenía que ir a ver a su madre. Por última vez pensó. Ella seguía aguardándole, seguía aguardándole como toda su vida. Su camisón demasiado ancho, de algodón, estaba hecho como en otro tiempo, en la época de la miseria, y su trencita blanca reposaba medio deshecha encima de la almohada. La aurora había estallado sobre la ciudad. La madre sonreía a su luz.

—Ya está —se sentó en la cama—, puedes dormir tranquila.

—Gracias, hijo mío. ¿A qué hora?

—A las doce y diez.

Tomó un cigarrillo y fumó. No se atrevía a volver a mirar hacia la cama. Sin embargo, una gran calma reinaba en la habitación.

—¿Por qué mañana? —preguntó Jacques por fin.

—¿Por qué no?

Jacques apretó los puños, arrojó la ceniza del cigarrillo lejos, frente a él.

—Es verdad.

—Quisiera que me comprendieras. Sí, hijo mío, compréndeme.

—Comprendo, mamá.

Tiró el cigarrillo, se desplomó en la cama a los pies de su madre, con la cabeza hundida entre los brazos.

—No quiero trabajar. No... no quiero trabajar, no quiero trabajar.

La madre seguía sonriendo.

—Hijito mío.

No lloraba ya, no, pero a través de su sonrisa corrían unas lágrimas.

—Lo comprendo —dijo—. También quería decirte otra cosa... que en cierto sentido, ¿ves tú?, prefiero que no vengas... que estoy orgullosa de ti... Sí, esto es, que también yo estoy orgullosa de ti... de que no vengas.

—Cállate, mamá.

La madre juntó sus manitas. Que se muera, que se muera de una vez, pensó el hijo.

—Si supieras —dijo ella—, las demás... están orgullosas de los suyos y cuando vienen a verles, ¿qué ven? Unos burgueses, unos terneros, demasiado bien alimentados, y estúpidos, y que no saben nada... No, hijo mío, estoy orgullosa de que seas como eres, aún, a tu edad...: flaco como un gato... hijo mío...

Un sollozo la sacudió. El hijo se irguió. Ella seguía sonriendo.

—Cállate —gritó Jacques.

La tomó de la mano. El sollozo se extinguió y la voz volvió a ser la de un dulce lamento infantil.

—Es otro orgullo que yo sola comprendo. Y sólo sufro de esto, hijo mío, esto es todo: de ser la única que lo comprende y de pensar que voy a morir y que nadie después de mí, lo sentirá.

El hijo había vuelto a acostarse en la cama. Tengo miedo, tengo miedo de mí, pensaba.

—Duerme, mamá, te lo ruego.

—Sí, hijo mío, voy a dormir.

Marcelle, en la cocina, les escuchaba. No se atrevía a ir. Encontraba

que aquellas personas eran desdichadas. Por fin, se echó a llorar de nuevo, pensando en la suerte de la madre.

Librodot

Madame Dodin

Todas las mañanas, Mme. Dodin, nuestra portera, saca el cubo de la basura. Lo arrastra desde el patinillo interior del inmueble hasta la calle —con todas sus fuerzas, sin la menor precaución, al contrario—, con la esperanza de hacer que nos sobresaltemos en la cama y de que nuestro sueño se interrumpa como se interrumpe el suyo, todas las mañanas. Por culpa del cubo. En el momento en que hace saltar al recipiente los dos peldaños que separan la portería de la acera, se produce una especie de reventón que, se figura ella, nos despertará. Pero ya estamos acostumbrados.

Entre todas las obligaciones que le impone su cargo de portera, ésta es, en efecto, la que Mme. Dodin detesta más. Sin duda siempre ocurre igual. Pero no creo que haya en París otra portera a quien eso cause un horror tan constante —tan desmesurado, podría decirse en rigor—. Nada ha podido jamás atenuarlo, ni el hábito (hace seis años que es portera), ni la experiencia de la vida, ni su edad, ni siquiera el poderoso consuelo que encuentra en la amistad que le une con Gastón el barrendero. Todos los días vuelve a pensar en ello y su aborrecimiento sigue siendo igual. Jamás la ha rozado la sombra de una resignación. Entre ella y el cubo hay una cuestión de vida o muerte. Vive de eso, del cubo. Pero también de él podría morir. No sólo de rabia, con motivo de él, sino también en aras de su supresión universal. Si otros tienen ocasiones de heroísmo más espectaculares, Mme. Dodin no tiene más que ésta. Éste es el principal combate a que la vida la arroja.

No pasa día sin que dé a algún inquilino cualquiera una nueva prueba de semejante horror. Siempre descubre nuevas razones para sentirlo. Éstas son distintas y todas, sin excepción, proceden, naturalmente, de una manifiesta mala fe. Y como todos los días se siente obligada a alimentarla, esa mala fe, su presa es cada día un inquilino diferente. Lo mismo da uno que otro. No importa que sea la gloria más acatada del barrio, ni el más viejo, ni el más consagrado. Generalmente, el último que vacía su cubo en el de ella es quien arrastra las iras de Mme. Dodin. Hasta el último se contiene, pero al llegar a éste, no falla: su ira explota. Ésta es una de las servidumbres a que está particularmente sometido nuestro inmueble del número 5 de la Rue Sainte-Eulalie. El mero hecho de tener que vaciar un cubo de basura le cuesta a uno una escandalera. Dicho de otro modo, el mero hecho de comer, y, por lo mismo, de seguir viviendo, esto es, de no haber muerto todavía. Lo mismo daría echarle a uno una escandalera porque no se abstiene de comer y de vivir, pues mientras todavía no esté muerto, no hay modo de salir de ello: tendrá cubos y, a menos que se deje sumergir por ellos hasta asfixiarse, no tendrá más remedio que vaciarlos. Por lo demás, esto es lo que, en general, si uno se atreve, suele contestar a Mme. Dodin. Pero es inútil. Ella no comparte semejante punto de vista. Dice que nuestras razones no son tales razones y no quiere escucharlas.

—Todos los inquilinos valen lo mismo en eso de sus cubos —dice— y todos son unos cochinos para con su portera.

Si Mme. Dodin compartiera una sola vez nuestro punto de vista, ello representaría a sus ojos, lo mismo que a los de su más seguro cómplice, Gastón el barrendero, una avenencia irrevocable con su enemigo, el inquilino.

Librodot

Así, nosotros, los del inmueble número 5 de la Rue Sainte-Eulalie, nos vemos regularmente contradichos en nuestro tácito pero, según creemos, seguro derecho a tener un cubo de la basura, o sea a vivir. Algunos de nosotros, los más ingenuos, se indignan todavía, además, al verse tratados sin mayores consideraciones que sus vecinos del sexto, por ejemplo, de quienes les hubiera parecido normal distinguirse de algún modo. Pero precisamente éstos, les que se indignan, son los preferidos por Mme. Dodin, es decir, aquellos contra quienes se ensaña con mayor resultado y —seguramente— más a gusto.

Es un trabajo penoso, dice, demasiado duro para su edad, y que le resulta tanto más cuanto que no vaciamos nuestros cubos todos los días. Si los vaciáramos como es nuestro deber, explica, o sea todos los días, la cuba pesaría menos y a ella no le costaría tanto arrastrarla hasta la calle. Pero, le contestamos invariablemente, en resumidas cuentas, ¿acaso no resulta igual, desde el momento que no los vaciamos todos el mismo día de la semana? ¿O igual que si la mitad de nosotros los vaciara cada dos días? ¿O que si un tercio lo hiciera cada tres?

—No —dice Mme. Dodin—, por el olor, no sería lo mismo. Además, no hay razón ninguna; si yo lo vacío todos los días, no tienen ustedes más que hacer lo mismo.

Volvemos al mismo razonamiento. Y ella:

—Pero ¿cómo pueden ustedes saberlo? Yo estoy tan segura como de que respiro.

Algunos de nosotros hemos abandonado la partida. No contestamos. Yo no vacío el cubo todos los días. Pero ya le expliqué por qué y le dije lo difícil que era. Cuando no hay más que tres hojas de puerros en el fondo del cubo, cuesta mucho no aguardar al día siguiente para bajarlo. Además también sucede que uno no se acuerda, o que tiene miedo y prefiere dejar pasar un día más antes de arrostrar sus iras. Mme. Dodin sabe por lo tanto que los hay que sinceramente desearían bajar todos los días su cubo pero no tienen la constancia necesaria para ello. Que les da cierta vergüenza, cuando no remordimiento, pero que la naturaleza humana está hecha así... A esos inquilinos, Mme. Dodin tendería a dejarles un poco al margen de la comunidad de los inquilinos, o por lo menos de aquellos que se ensañan en hacer valer su derecho a vivir, a comer, a respirar, y, por lo tanto, a tener un cubo para la basura, etc. Como si se tratara de eso.

Sus razones, no las va ensartando como letanías, antes al contrario, las emplea con extraordinaria habilidad. Sabe muy bien lo necesario que es cambiarlas para mantener ante nosotros, los inquilinos, su prestigio de mártir del cubo de la basura. Sabe el poder de su genio bárbaro, que desarma a los más audaces y desanima a los más empedernidos razonadores.

Sin embargo, recurre menos a menudo al argumento del hedor del cubo que a los demás, sin duda porque es el que expresa mejor todo cuanto el cubo significa para ella. Indudablemente le es insoportable tener en el patinillo, junto a su quiosco, una cuba llena de basura vieja de varios días y tener que soportar su hedor y el pensamiento de que está allí. Pero no lo dice. Dice:

—Cuando los beatones comen pescado los viernes, las cabezas se encuentran el domingo. No hay razón para ello. Por lo tanto, beatones o no, los vecinos son todos unos cochinos para con su portera.

Librodot

Sí, a sangre fría, se reconoce el derecho a encontrar que el cubo pesa, de un modo absoluto, no está tan segura de tener derecho a encontrar que huele mal, y por lo mismo sólo lo mienta cuando está irritada, dejando a un lado todo pudor. En efecto, si el peso es un hecho difícilmente discutible y que en rigor podría medirse y probarse, el olor es algo completamente relativo, que depende de su sensibilidad, de su olfato. Notoriamente, es algo inherente a todo cubo de basura. Todos los cubos de basura huelen mal, podría objetársele; no tiene usted más que confesar que no sirve para ese oficio. Ahora bien, ella quisiera convencernos precisamente de lo contrario: de que la cuba del 5 de la Rue Sainte-Eulalie es particular, que huele peor que las otras y que ninguna portera podría soportar su hedor. Por lo mismo no recurre a este argumento más que en forma indirecta, pérfida, a fin de no revelarnos, en su principio mismo, el horror que siente y que de todos modos sentiría por su trabajo, incluso con vecinos de la mayor puntualidad. No quiere que se le cercene el poder que tiene sobre nosotros, no quiere quedar separada de sus enemigos. ¿Qué desahogo le quedaría entonces para sus apocalípticas iras, que a veces duran hasta cuatro días y que, si al principio sólo van contra un solo vecino, no tardan en extenderse a todos los demás, a todo el mundo de los inquilinos en general y al poco tiempo a la humanidad entera, exceptuando a Gastón? He aquí por qué no comete la imprudencia de decirnos que el cubo huele mal. Dice que, viendo a aquellos vecinos, tan bien trajeados y, a juzgar por los alquileres que pagan, tan ricos, nadie podría jamás imaginar que fueran tan «hipócritas» como para soportar que en sus casas hubiera un cubo de basura podrida y maloliente vieja de varios días. Dice que ni siquiera ella lo soportaría. Ella, en cuya vida los cubos de la basura desempeñan un papel determinante, ella, que no es más que el último mono, no lo soportaría.

Quizás sería necesario que uno de nosotros escribiera a los demás una carta en favor de Mme. Dodin. Algunas veces he pensado que este inquilino podría ser yo. Pero siempre ocurre lo mismo con esta clase de cartas. No se escriben tanto para enviarlas a los vecinos —los vecinos se hacen de hierro cuando se les habla en favor de la portera— como, ¿para qué?, para enseñarlas a Mme. Dodin y al barrendero. Sólo ellos, se dice uno, serían capaces de comprenderme y se conmoverían ante mis esfuerzos. Pero luego, ¡a qué puntualidad no me vería yo obligada por lo que respecta a mi cubo personal!, ¡a qué conducta tan rigurosa! Sin contar que a la menor falta para con ella, Mme. Dodin denunciaría la carta como una hipocresía suplementaria. Y sin contar, además, que no soporta que se la aprecie demasiado, porque ésa es la mejor confirmación de que nada podrá atenuar la verdadera negación que, como portera, sufre por parte del inquilino, negación que se concreta a sus ojos en la diaria esclavitud del cubo.

Entonces, ya que no tengo destinatario, he aquí las dos clases de cartas que me hubiera gustado escribir en su favor. Ésta es la primera:

«Mme. Dodin, nuestra portera, nos asegura que, de resultas de que cada uno de nosotros no vacía su cubo de basura todos los días, la cuba pesa mucho más de lo que sería si lo vaciáramos diariamente, como por otra parte estamos obligados a hacerlo por consideración a ella. Eso sólo tendría fundamento si, por una extraña coincidencia, llegáramos todos a vaciar el cubo el *mismo* día. Como si, para decirlo de otro modo, hubiera ciertos días de la semana en que nos sintiéramos con deseo de hacerlo, cada uno por nuestro lado y a un mismo tiempo: días propicios para cubo. Esta situación,

Librodot

según pretende Mme. Dodin, hace años que dura. Y ninguno de nosotros ha intentado jamás comprobar sus afirmaciones. Y en el fondo, no sería imposible que tuviera razón. Todos sabemos que hay por el mundo coincidencias bastante más extrañas que ésta y que no nos ofrecen duda porque se nos presentan en forma atractiva, como informaciones gratuitas, y no nos conciernen en nada ni nos comprometen a nada. Por lo tanto, aceptemos las afirmaciones de Mme. Dodin. ¿Por qué no? Y probemos a hacer ese mínimo esfuerzo de vaciar el cubo de la basura todos los días. De ese modo daríamos a Mme. Dodin la mayor alegría de todo el tiempo que le queda por vivir entre nosotros. La obligación del cubo le sería ligera. Más aún: pasaría a ser a sus ojos, a la vez que el signo de la consideración en que la tenemos, el de su victoria sobre nosotros.»

Esta carta, si la menciono aquí, no extraña a nadie. Pero si la hubiera enviado en un sobre, escrita a máquina, a nombre de cada uno, hubiera molestado a todos los vecinos sin excepción. Los inquilinos son así: sólo se les puede hablar de su portera en letra de molde, en un libro, de lo contrario, se muestran inflexibles.

He aquí ahora la segunda carta que hubiera querido escribir. Ésta, nunca me cegué hasta el punto de pensar seriamente en enviarla a los vecinos. Pero sin duda la carta que me hubiera gustado dar a leer a Mme. Dodin y a Gastón sería una carta de este género:

«¿Ha pensado usted —habría escrito—, hemos pensado todos nosotros en lo que es el cubo ese de que se queja Mme. Dodin? Aquello que no queremos, aquello que tiramos con asco, pasa a ser la pertenencia de Mme. Dodin, su razón de ser, aquello por que se la paga, su pan de todos los días. ¿No es normal que, después de haber estado haciendo ese oficio durante seis años, ahora quiera enseñarnos de qué se trata? ¿Qué se propone? Se propone, compréndalo usted, hacérnoslo entender. Y para ello incluso nos obligaría, si pudiera, a reabsorber nuestros propios cubos de basura, a comer nuestras sobras, a mascar nuestras peladuras, a roer nuestros huesos y nuestras latas de conservas, a tragarnos nuestras colillas, etc. Para enseñarnos a vivir, como ella dice, o mejor, a saber qué significa, a fin de cuentas, eso de vivir. Pero ¿bastaría esa solución? Seguramente no. Porque después de todo sólo se trataría de nuestros huesos personales, de las colillas de nuestros amigos, y no de los huesos y de las colillas anónimas de todos los vecinos reunidos. No llegaría todavía a ser esa cosa nueva y distinta de sus partes, esa entidad que se llama cubo de la basura, que constituye la base de una obligación especial que compete precisamente a Mme. Dodin, nuestra portera. En realidad, no hay diferencia entre nuestros cubos de basura y nuestras ideas, por ejemplo, o incluso nuestras filosofías y nuestras opiniones. Nuestro cubo no es el Cubo. Y nuestra opinión sobre Mme. Dodin, por ejemplo, no explica a Mme. Dodin. En cambio, el cubo de Mme. Dodin es el Cubo, y la opinión que Mme. Dodin tiene de nosotros explica perfectamente nuestra situación con respecto a ella. Hay que reconocerlo de una vez y hacerse cargo de ello: Mme. Dodin posee, gracias al cubo, una facultad de abstracción, un conocimiento, que nosotros, por nuestra parte, no tendremos jamás. Son los huesos de nuestras chuletas los que la han permitido hallar esta regla fundamental: «Los inquilinos son siempre unos cochinos para con su portera. Hagan lo que hagan. Incluso los mejores». Una cabeza de pescado podrida en uno de nuestros cubos hace apestar toda su noche y nos compromete a todos ante sus ojos. Y por

Librodot

desgracia, con nuestros cubos sucede, repito, lo mismo que con nuestras ideas. ¿Cómo conocer su verdadero destino luego que las hemos soltado por el mundo? Mme. Dodin es la realidad del mundo. Nuestro cubo halla su realidad cuando llega a manos de Mme. Dodin. La realidad del mundo es una realidad dura, pero que nosotros aceptamos. Aceptemos pues a Mme. Dodin. Tributémosle, si no respeto, por lo menos una justa consideración.»

¡Ah! Si hubiera pedido a los vecinos que tuvieran una justa consideración por la portera, se habrían considerado insultados. Y habrían visto en esta carta una injuria mucho más grave que la peor de las injurias que contra ellos profiere esa Mme. Dodin a quien yo hubiera intentado defender. Yo me habría pasado al enemigo, habría traicionado el frente de los inquilinos de hierro.

Pero eso no es todo. He aquí lo que ocurre.

Una carta, cualquier carta, escrita en favor de Mme. Dodin, en el supuesto extraordinario de que lograra que los inquilinos se mostraran más justos para con ella, le resultaría, me temo, más perjudicial que beneficiosa. Si sus inquilinos se convirtieran en irreprochables, ¿no sentiría una dolorosa nostalgia de sus enemigos? ¿Qué recurso le quedaría? Mme. Dodin tiene sobre la Providencia unas cuantas ideas muy claras, a su modo:

—Dios, no es gran cosa, se lo digo yo. Y el Hijo es ni más ni menos como el Padre.

Y sobre el socialismo, sus ideas no son menos claras:

—Los comunistas, son ni más ni menos como los curas, con la diferencia de que dicen que están a favor de los obreros. Andan repitiendo lo mismo, que hay que tener paciencia; de modo que no hay manera de hablar con ellos.

Sin embargo, Mme. Dodin pone en duda una de las instituciones más comúnmente admitidas de la sociedad burguesa, o sea la institución del cubo de la basura común en los inmuebles de las grandes ciudades.

—¿Por qué no podría vaciarlo cada uno, su cubo? ¿Por qué tiene que haber una sola persona que vacía la basura de cincuenta?

Si llegáramos a dar a Mme. Dodin tales satisfacciones que se convirtiera en una portera feliz, dejaría de soplar en el 5 de la Rue Sainte-Eulalie ese viento de furor igualitario que regularmente nos arrastra a todos por igual. Y ¿acaso no hay que preservar esas ocasiones, tan raras, en el fondo, en la vida corriente? Después de todo, ¿acaso no es de desear que algunos de nosotros se vean contradichos por Mme. Dodin hasta en el derecho que creen tener, lo más inocentemente del mundo, no ya sólo a comer de vigilia los viernes, por ejemplo, sino sobre todo a ejercer ese derecho en forma tan declarada que se le considere como una necesidad universal?

Preferí, pues, no enviar carta alguna en favor de Mme. Dodin y dejarla que siguiera asumiendo en todo su asco la obligación de vaciar los cubos. Que siguiera sujeta a ella so pena de perder su puesto de portera. Y que nosotros continuáramos soportando sus iras y aguantando sus maldiciones. El juego vale la pena.

Además, tampoco se trata únicamente de eso.

Con ocasión de sus quejas, en efecto, Mme. Dodin descubrió a Gastón, el barrendero, su único e incomparable amigo. Desde el principio, Gastón la alentó a encontrar que aquel trabajo era asqueroso y superior a sus fuerzas y, a partir de entonces, no perdona medio para mantener la ojeriza que nos

Librodot

tiene. Y así Mme. Dodin conoce con Gastón el barrendero una intimidad particularísima de la que ninguno de nosotros puede hacerse la menor idea. Y uno se pregunta si no la perjudicaría más arrebatándole las compensaciones que le procura Gastón, que no la favorecería esforzándose en ser más justo para con ella.

Seis años lleva arrastrando esa cuba todas las mañanas. Lo mismo en invierno que en verano, el domingo, el 14 de julio, el día de Pascua o el aniversario de la Liberación. Seis años lleva quejándose de los vecinos e intentando convencerles de su dolorosa indignación ante la idea de que la menosprecian hasta el punto de no hacer el esfuerzo, después de todo insignificante, de vaciar sus cubos de basura todos los días. Seis años lleva comiendo el pan del cubo con esa misma cara crispada por el odio y el asco, de una inexpugnable dignidad.

Aun así, hay diferencias, según las estaciones. En verano, por ejemplo, a las seis es de día y, mientras aguarda a Gastón, Mme. Dodin habla con Mlle. Mimi, la dueña de la pensión de familia «El pájaro azul». En efecto, en verano, a las seis, Mlle. Mimi ya está levantada. Permanece en el umbral de su puerta, en bata, y durante un cuarto de hora, a veces más, lánguidamente, devotamente, va bostezando. Y entre bostezo y bostezo, habla con Mme. Dodin o, más exactamente, le contesta. Cada uno de los inquilinos, desde su cama, puede oír distintamente sus palabras. Siempre es Mme. Dodin la que empieza y siempre a propósito de los cubos de la basura. Mme. Dodin no da nunca los buenos días a Mlle. Mimi. Comienza quejándose inmediatamente, ya sea de lo que pesa la cuba, ya de su contenido particular de aquel día, ya de su olor.

—Esto es un abuso. Incluso para un hombre pesa una enormidad. Hoy apesta de un modo que hasta atrae a las ratas.

O bien:

—Los del cuarto, hace por lo menos cinco días que no lo han vaciado. Y luego comulgan todos los domingos como si nada.

O Mlle. Mimi contesta que, verdaderamente, es un abuso, o no contesta nada. Cuando Mme. Dodin hace comentarios respecto a las opiniones religiosas o políticas de sus inquilinos, Mlle. Mimi no contesta.

Pero aun así, en verano, basta la presencia de Mlle. Mimi para que la prueba de Mme. Dodin sea más soportable. En su momento más crítico encuentra un eco de ella, tímido, sin duda, pero sincero, en Mlle. Mimi.

Después de quejarse del cubo, la voz de Mme. Dodin se ablanda. Con Mlle. Mimi no insiste sobre el particular, pues está convencida de que la otra no acabaría de comprenderla. «No hay modo de que le entre nada en la cabeza —dice—, ni en ninguna otra parte; yo ya sé lo que me digo.» Entonces se pone a hablar del tiempo que va a hacer.

—El cielo —dice— está pesado; vamos a tener tormenta.

O bien:

—El cielo está claro: la gente honrada va a tener buen tiempo.

Mlle. Mimi aprueba casi siempre e incluso, a menudo, añade algún detalle suplementario a la opinión de Mme. Dodin sobre el tiempo que va a hacer.

—Hacia mediodía se levantará.

O bien:

—Se va a estropear hacia la tarde. El cielo está pesado.

—No es el cielo solo —dice Mme. Dodin, en una última alusión a su

Librodot

cuba— y el cielo, por lo menos, pesa igual para todo el mundo.

Con aire siniestro, debe designar con el dedo el lado en cuestión: una nube gris oscura, con moribunda lentitud, se prepara a asaltar el cielo matinal.

Luego, a las seis diez, fatalmente, comparece Gastón el barrendero.

Nunca está allí en el preciso momento en que Mme. Dodin saca su cuba. Empieza a barrer el extremo de la calle diez minutos antes de que ella salga y Mme. Dodin, mientras habla con Mlle. Mimi, le aguarda. Cuando llega a la altura del número 7, es decir, en cuanto puede oírla, no menos fatalmente, Mme. Dodin declara:

—A ése, por lo menos, lo mismo le da.

Entonces, bajo su conminación, Gastón deja de barrer y se mezcla en la conversación. A partir de aquel momento, ésta toma un cariz más general. Casi todas las mañanas se habla de sus respectivos oficios y de sus ventajas y desventajas.

—Eso, al menos, es un oficio, eso de hacer de barrendero —empieza Mme. Dodin.

—Nunca —dice Gastón— hay que hablar de lo que no se sabe; de lo contrario uno se expone a meter la pata.

Gastón, por su parte, está también asqueado de su oficio. Pero él ya no se indigna y además se ha hecho, mejor que ella, su amarga filosofía. No para hasta haber convencido a Mme. Dodin de la perfecta igualdad de sus condiciones. Tampoco resulta nada divertido, le dice, estar barriendo y barriendo siempre las mismas calles, y volver a empezar todas las mañanas lo que uno hizo el día antes. También dice que no conoce ningún otro oficio, ni uno solo, que dé tan pocas satisfacciones como el suyo.

—Y vamos a ver —contesta Mme. Dodin— ¿no vuelve uno a empezar todos los días? Aparte de que uno reviente, allá se van todos los días, ¿sí o no?

—Claro que sí —dice Gastón—. Pero cuando acabo una calle y me doy la vuelta y veo un perrito muy mono con su mamaíta que se ensucia tan ricamente en la acera y no tengo siquiera derecho a chillarles, ¿qué?

—Hay que envenenarles —declara Mme. Dodin—. Aquí, ni uno se atrevería a acercarse, ya lo saben. El primero que entre lo enveneno. Bastante harta estoy ya de ellos para que me vengan con sus perros.

—Todo el mundo no es igual que usted —se atreve a decir tímidamente Mlle. Mimi.

—Así y todo —prosigue Mme. Dodin—, barrendero, es un buen oficio. Y por eso de los chuchos, lo mejor es no volverse.

—¿Y la nieve? —dice Gastón—, ¿ya piensa usted en la nieve? Cuando nieva todas las noches, dos semanas de carrera, ¿qué?

—Eso no es lo que da más asco —dice Mme. Dodin—, y además es bueno para los pulmones.

—Además —añade —no nieva más allá de unos quince días al año. Y en verano, o en primavera, que no le diga que no es un bonito oficio, el de barrendero. Ella no conoce otro mejor. Lo que le parece mejor en ese oficio, es que puede hacerse sin hacerse de veras, que se puede barrer sin barrer de verdad, pensando en otra cosa. Si uno no piensa en lo que hace, el oficio de barrendero es único en el mundo, dice: uno está en la calle como en su casa.

—No tiene usted más que pensar en sus amores —dice—; nada se lo impide.

Librodot

—Pienso en usted —dice Gastón—; no tengo otros amores que usted, yo.

Mientras uno barre, dice Mme. Dodin, mira. Y charla. Mientras uno barre, dice, aprende cosas. A veces la irrita la notable placidez de Gastón y, cuando se le acaban los argumentos, termina siempre con la conclusión de que el oficio de barrendero es un oficio, diga él lo que quiera, mientras que el suyo no lo es. No da mayores explicaciones y, para convencerle, recurre a una doble afirmación: «Cuando uno ha terminado de barrer, ha terminado de barrer». O bien: «Cuando la calle está barrida, está barrida». Ella, en cambio, no acaba nunca de ser portera, ni siquiera por la noche, pues el «cordón» (*) apenas la deja soñar que ya no lo es.

—De acuerdo —dice Gastón—. Y usted, por lo menos, ya es vieja. Pero para los recién casados ¡vaya joroba!

—No diga usted eso delante de ella —dice Mme. Dodin desternillándose de risa y señalando a Mlle. Mimi.

—Perdón —dice Gastón—. Pero no quita que sea verdad.

—Es que no es un oficio —insiste Mme. Dodin—, pero además es terrible, y sobre todo terrible por mor de los cubos de la basura. —Pero no se extiende demasiado sobre este tema. Es inútil. Gastón la comprende.

—Por lo de los cubos —dice—, de acuerdo. ¿Ve usted, Mme. Dodin?, nuestros oficios son, como dicen tan bien esa gente, ignorados.

—Ésa es la pura verdad —dice Mme. Dodin.

—Por ejemplo —dice Gastón— esa «boîte» que llaman Sainte-Eulalie, siempre llego cuando cierra. Se acabó la música y, como chicas guapas, nanay. Todo lo que sé, es que por la noche los clientes mean de lo lindo. La prueba, las paredes de la casa, que están negras. Hasta vale la pena verlo por curiosidad.

—Y ¿cómo no van a hacerlo —dice Mme. Dodin—, si están bebiendo toda la noche?

—Pues eso es todo lo que ve Gastón el barrendero. Gastón se encarga de barrer las aguas de esos señorones.

Ya está. Gastón se anima. Mme. Dodin, entonces, le contempla con orgullo y aun con amor. Gastón tiene el mismo don del lenguaje que Mme. Dodin. Mlle. Mimi baja los ojos. Todo cuanto dice Gastón le parece aludir a proyectos más o menos confesables y proceder de una mentalidad peligrosa. Mlle. Mimi tiene miedo a Gastón el barrendero. Por lo demás, viéndola llevar su pensión, sola y con tal pasión y tales escrúpulos, en perfecto contento y con la más justificada satisfacción, ¿quién, al asistir sin haber sido invitado por Mlle. Mimi (pues no cabe imaginar que jamás haya invitado a nadie a hacerlo), a contemplar aquella felicidad edificada por entero sobre la suficiencia humilde, la economía y la tranquilidad de conciencia, quién puede evitar, decimos, que le pase por las mientes la tentación de ver cómo todo ello se derrumba? Y sin duda ésta es la tentación cotidiana de Gastón el barrendero, el género de tentaciones a que le inducen su naturaleza y el ejercicio prolongado de un oficio. Pues aunque Gastón charle todos los días con Mlle. Mimi, no ha visto nunca su pensión, como tampoco ha visto jamás, dejando a un lado el quiosco de Mme. Dodin, ninguno de los interiores por delante de los cuales pasa todas las mañanas cuando barre. Y la única

(*) Alusión a un sistema hoy ya en desuso, según el cual la puerta de la calle, en los inmuebles parisinos, se abría por la noche por medio de un cordón del que tiraba el portero o la portera desde su cama, cuando así se lo pedían los vecinos o sus visitantes. (N. del T.)

Librodot

ocasión que jamás pueda presentársele de penetrar por ejemplo en casa de Mlle. Mimi, de violar de una vez aquel santuario de la satisfacción, es que un día, por ejemplo, estalle un drama en la pensión de Mlle. Mimi. Y aun, no un drama cualquiera, sino un drama grande, capaz de atraer a toda la jauría de los mirones del juzgado, de la «poli», de los inspectores, de los informadores y a la vez, gracias al desorden y a la falta de vigilancia de los primeros momentos, a los curiosos, a los vecinos e incluso, ¿por qué no?, a los barrenderos. Mlle. Mimi ha visto muy claros, sin duda, a través de sus palabras, los deseos que alimenta Gastón, y por lo mismo está naturalmente destinada, desde el principio, a ser el juguete favorito de Mme. Dodin y de Gastón el barrendero. Ellos, en cambio, en la vida de ella, son las únicas ocasiones que tiene de participar en el espectáculo de la libertad, la audacia y la aventura. Mlle. Mimi se da cuenta de que la exponen a riesgos, a los riesgos del arte: son para ella el cine, la lectura, el teatro, todas esas cosas de que Mme. Dodin se ha abstenido siempre. Y sin duda por lo mismo, Mlle. Mimi no ha podido jamás evitar escuchar las conversaciones de Mme. Dodin y de Gastón el barrendero, a pesar de que su insatisfacción sin límites y la expresión que dan de ella la hagan temblar cada vez.

—Y a juzgar por lo que orinan —continúa Gastón—, deben de beber lo suyo.

—Si orinan, es porque beben —dice Mme. Dodin.

—O dicho de otro modo —prosigue Gastón—, orinan, luego beben. Eso me hace pensar en lo que dijo un filósofo: «Pienso, luego existo».

—Más le hubiera valido callarse —dice madame Dodin— si no inventó nada mejor.

—El que inventó eso fue Descartes (*) —dice el barrendero.

Mme. Dodin no puede tenerse de risa.

—Pues para mí ya está descartado.

—La verdad es que de poco nos vale, todo eso —reconoce Gastón.

—Como valer —dice Mme. Dodin—, no sé yo que nada valga para nada. En el tercero hay un tío que escribe libros y, ¿yo qué saco? Es el más sucio de todos.

—No hay que generalizar —se arriesga a decir Mlle. Mimi.

—Cosas del barrio. Quien más, quien menos, todos somos filósofos por aquí —dice Gastón.

—Así parece —dice Mme. Dodin—, pero ¿qué tiene que ver? ¿Acaso cuando uno es *fisólofo* no se lava el trasero?

—Algo hay de eso —dice Gastón— pero es dificilillo de explicar.

—Exagera usted —se atreve aún a decir Mlle. Mimi.

—Entonces, si no me lo lavo, ¿yo también soy *fisólofa?*

—Todos lo somos un poco —dice Gastón—, ahí está el quid.

—Vaya, pues ya soy *fisólofa* —dice Mme. Dodin reventando de risa.

—¡Ah! ¿De modo que no se lo lava usted? —pregunta Gastón.

—*Fisólofa* o no, de nada me vale —recomienza Mme. Dodin.

—Esa es la pura verdad —prosigue a su vez Gastón.

* La localización precisa de este diálogo en una calle del distrito VI de París nos ha parecido no autorizar su transcripción en el habla popular de ninguna ciudad concreta de España ni de Hispanoamérica, aunque consideramos que debe leerse poniendo en ella el acento propio de los tipos castizos del lugar que habite cada lector. Sin embargo, la necesidad de mantener, siquiera parcialmente, el juego de palabras del texto original con el nombre de Descartes, nos obliga a recurrir al artificio de suponer que Gastón pronuncia este nombre a la española, tal como lo habíamos oído docenas de veces, no hace muchos años de ello, de labios de algunos de nuestros profesores universitarios. (N. del T.)

Librodot

—Con tanta inteligencia —vuelve a empezar Mme. Dodin—, más valiera que encontraran un truco para suprimir los cubos de basura. Digan ustedes lo que quieran, esas cosas no deberían existir.

—En América —dice Gastón—, todas las casas tienen cubos individuales. Y aparte de las latas grandes, puede echarse todo. En Francia también; las casas nuevas todas tienen cubos individuales, incluso las casas baratas.

—Yo soy demasiado vieja —dice Mme. Dodin—. En las casas nuevas les hacen falta porteras jóvenes. Son jóvenes y no tienen nada que hacer; en cambio yo, que soy vieja... Pero en fin, sin ir a América, también podrían inventar algo.

Entonces explica su idea. Ella quisiera que en todas las calles hubiera unos imbornales especiales donde cada uno, todas las noches, tuviera la obligación de vaciar su basura. «Así aprenderían», añade. No dice qué es lo que aprenderían, pero no es necesario, Gastón la comprende. Lo que ella quisiera, es suprimir el intermediario entre el cubo de la basura y la cloaca, es el anónimo de los cubos, que sólo son insoportables cuando se hacen comunes, y se mezclan, y pierden su individualidad. El barrendero la comprende porque su oficio, como el de ella, sólo existe en función de la basura que los hombres dejan a su paso, por doquiera que vayan, sin que parezcan darse cuenta, igual que los perros.

—Pide usted lo imposible —dice Gastón—. Además, significaría dejar en la calle a un montón de empleados del Ayuntamiento. Todos los del Servicio de Recogida de Basuras. Sin contar con que todo el tinglado ese de los traperos no se dejaría hacer tan fácilmente.

—Existen cubas —se atreve una vez más mademoiselle Mimi—, mucho más perfeccionadas que la suya. Cubas grandes, con tapadera.

—Es material alemán —dice Gastón—: cierran herméticamente.

—Algo es algo —dice Mme. Dodin—, por lo menos no apestarían. Cuando una arrastra éstas, pierde el sentido.

—También existen las del ejército americano —dice Gastón—; son de duraluminio y tienen tapadera como las alemanas pero son mucho más ligeras. Creo que son las mejores.

—¿Ustedes se figuran —dice Mme. Dodin— que esos cochinos de mis inquilinos me firmarían una instancia al propietario pidiendo una cuba de ésas de tapadera? ¡Buenos están ellos! ¡Demasiado egoístas! Sin embargo, cada uno debería apechugar con su mierda, cada uno con su basura; así tendría que ser.

El gran acontecimiento en la vida de Mme. Dodin, el que la alivia más y mejor es una huelga de los Servicios de la Recogida de Basuras. Generalmente es Gastón el primero en anunciárselas, cuando llega por la mañana.

—Dentro de dos o tres días —dice—, huelga.

Mlle. Mimi baja la cabeza. No le gustan las huelgas. Las huelgas la asustan como la asusta el vigor varonil de Gastón el barrendero.

—Ya es hora —dice Mme. Dodin—. Por fin llegó el momento.

Y canta:

Ya llegó el momento, por fin ya llegó...

A cada uno de los inquilinos, Mme. Dodin le anuncia triunfalmente la

Librodot

noticia:

—Ya llegó. A partir de esta noche, huelga.

—¿Huelga de qué? —preguntan inocentemente los vecinos que todavía no están enterados.

—Pues ¿de qué quiere usted que sea para que yo la anuncie así?

La tarde de la huelga, los inquilinos o las criadas de los inquilinos van bajando unos tras otros y pasando por delante del quiosco de la portera para ir a vaciar sus cubos al imbornal de la Rue Sainte-Eulalie. Mme. Dodin les mira, plantada en el umbral. Por un momento, sabe lo que es la felicidad. La palabra no es excesiva.

—Ahí va la procesión. La procesión de Corpus. Otros tienen otras, otras procesiones; la mía es ésta.

Y cuando llega Gastón, ya le está aguardando, en el colmo de la beatitud a la vista de las aceras vacías.

—¿Qué? ¿De fiesta, hoy? —saluda Gastón.

—Exactamente —dice Mme. Dodin.

—Hay que aprovecharla —dice Gastón—; eso es como la juventud; no dura.

Sus voces llegan hasta nosotros, cargadas de una sonoridad distinta según el lugar que ocupan en la calle. Mme. Dodin y Mlle. Mimi están cada una en su respectiva acera. El barrendero, en medio de la calle. Los primeros transeúntes no les estorban; sus voces quedan puntuadas por el martilleo de los pasos de éstos. La Rue Sainte-Eulalie, en aquel momento del día, les pertenece. Mme. Dodin se queja del cubo, nos maldice, y luego, de mala gana, acaba por hablar del tiempo que va a hacer. El barrendero, por su parte, bromea sobre la desdichada condición de ambos. Mañanas del mundo. Mañanas del lenguaje. ¡Habría que poder contar esas cosas tan bien para que una se atreviera a dárselas a leer sin ruborizarse a la propia Mme. Dodin y a Gastón el barrendero! (*)

Cuando el parloteo de Mme. Dodin y de Gastón cesa, hacia las seis y media, le releva el zumbido del camión de la basura que se entra por la Rue Sainte-Eulalie. Todas las mañanas viene a esa misma hora, todas las mañanas, todos los días del año. La mayoría de las veces estamos durmiendo y no le oímos, pero cuando se le oye uno sabe que pasa diariamente. Porque se oye como un ruido necesario de todos los días, como algo orgánico de todas las vidas, pero que, a causa del hundimiento de todas las cosas en los arenales de la costumbre, generalmente le pasa a uno por alto. Es lo mismo que a veces ocurre con el corazón. Y también, a veces, con el tren, con ocasión de un viaje o de una jira campestre. Pasa una locomotora, y henos de pronto trasladados al universo de las locomotoras que pasan. Y uno se acuerda de que existen millares de otras locomotoras por el mundo, que pasan por alguna parte, de esa misma manera, para otras personas distintas de uno. Y uno se encuentra en el mundo de las locomotoras de toda la tierra, en ese mundo tan lleno de locomotoras que, en millares de direcciones, corren arrastrando vagones llenos de contemporáneos que van

(*) El año pasado, en el fondo de su jardincillo, Mlle. Mimi criaba un gallo. Un gallo al que todas las mañanas oíamos cantar, ¡oh cuan nostálgicamente!, sin duda para intentar sumergirse de nuevo en una identidad que había acabado por hacerse dudosa. En efecto, era el único gallo del distrito VI, el único para treinta mil habitantes. Mme. Dodin decía de él: «Ese, está tan taponado como su dueña, y yo ya me entiendo». A ese pobre desdichado, todos le hemos oído cantar al nacer el día. Y aunque por su realidad y su aparente monotonía, el mensaje de Mme. Dodin pueda hacer pensar con bastante razón a algunos en el canto de un gallo, sería indigno ver en él el mismo pintoresquismo cósmico. Equivocarse en ello sería incluso una notable demostración de tontería poética.

Librodot

de un lugar para otro, viajando. Lo mismo sucede con el camión de la basura. El camión me transporta al mundo de los cubos de basura de mi mundo; de esos cubos llenos de peladuras y de residuos de mis contemporáneos que viven y comen, comen, para conservarse y durar, durar lo más que puedan, y digieren y asimilan, según un metabolismo que nos es común, con una perseverancia tan grande, tan grande, verdaderamente, cuando se piensa en ella, que resulta tan demostrativa, más demostrativa, por sí sola, de nuestra común esperanza que las más famosas de nuestras catedrales. Y ese enorme canto del rumiar humano cotidianamente empezado, cotidianamente reanudado al amanecer por el camión de la recogida de basuras de la calle, es, quiérase o no, el canto de la irreductible comunidad orgánica de los hombres de mi tiempo. ¡Ah! ¡No hay extranjero ni enemigo que valga, ante el camión de la basura! Todos son parecidos ante las fauces enormes y magníficas del camión de la basura, todos son estómagos a los ojos del Eterno. Porque para esas excelentes e inmensas tragaderas, no hay diferencias. Y a fin de cuentas, ¡oh vecino del cuarto, que tanta ojeriza me tienes!, del mismo modo que el polvo de nuestros cuerpos se mezclará un día, también el hueso de mi chuleta se mezcla sin reparos al de la tuya en el vientre original, en el vientre último de ese excelente camión de la basura.

A veces, también puede suceder que el barrendero eche su cuarto a espadas en eso del tiempo que va a hacer. Su tono es desengañado y carece de la gravedad sentenciosa de Mme. Dodin. Aunque sea joven, el barrendero muestra, respecto al tiempo que va a hacer, cierta fatalista incertidumbre.

—Créanme ustedes, nunca se puede saber, uno no puede jamás estar seguro del tiempo. A lo mejor cambia de pronto.

Gastón se ha convertido en un barrendero desengañado.

Hace cuatro años, era muy distinto. Andaba pisando firme, muy tieso, con la chaqueta ceñida, abotonada de arriba abajo. Tenía un aire noble y altivo. Plantado en medio de la calle, iba barriendo a grandes gestos regulares, con su gran escoba de brezo. La gorra un poco caída sobre la oreja, con el diario siempre visiblemente rebasándole el borde del bolsillo (siempre al corriente, y muy orgulloso de ello, de la actualidad en todos sus aspectos), barría con una desenvoltura y una eficacia soberanas. Cuando había terminado las aceras, no abandonaba el centro de la calle, y hasta los grandes camiones se veían obligados a torcer su rumbo para no alcanzarle. Incluso su técnica al barrer era distinta: de un solo golpe, de un solo escobazo, amplio, unas veces desde media acera y otras desde el centro de la calzada, echaba las barreduras al arroyo. Por entonces parecía tan feliz con su condición que pregunté a Mme. Dodin si su oficio no era para él una actividad secundaria, si, para estar tan seguro de sí mismo, no era, aparte de aquella y como sucede algunas veces, alguien importante y aun poderoso. Pero Mme. Dodin me dijo que no, que no era en la vida otra cosa que el barrendero de Sainte-Eulalie.

Ahora ha dejado de ser el mismo hombre. Mme. Dodin, como yo y como todos cuantos le conocen, sabemos que ha dejado de tener afición a su oficio. Ahora se parece a todos los barrenderos, excepto cuando ha bebido sus tres o cuatro copas de «blanco», con la única diferencia de que está más triste. Está engordando. Cada dos o tres meses, Mme. Dodin tiene que correrle un poco los botones del uniforme de los Servicios Municipales. Ese su único amigo la preocupa.

Librodot

—Me figuraba que era la lectura —dice—. Pero hay algo más. No es tan sencillo.

Sea como fuere, Gastón ahora barre cada vez más poco a poco y cada vez con mayor descuido. Hacia mediodía, Mme. Dodin le ve venir del bulevar y menea la cabeza en señal de reprobación. La calle, luego que él la ha barrido, queda aún más sucia que antes. Y él, cada día tiene peor facha. En lugar de llevar la escoba, cuando ha terminado de barrer, la arrastra detrás de sí. Mme. Dodin debe de saber qué ocurre, cuál es ese huevo que Gastón está empollando desde pronto hará dos años. De otro modo su inquietud sería inexplicable. Pero no la comunica más que de mala gana; prefiere no hablar de ese asunto.

Gastón, actualmente, tiene el aspecto de un juerguista retirado. Está desengañado, como si hubiera vivido en exceso. Y yo creo que ahí está su mal. En efecto, nada se hace, nada ocurre sin que él sea testigo, espectador anónimo, como si él solo fuera el verdadero público de todo. Ha asistido a todos los acontecimientos, públicos o privados, de todas las calles que barre. Es demasiado para un solo hombre. Por lo mismo ahora, los habitantes del barrio pueden morir o hacer la primera comunión sin que a él le importe ya lo más mínimo. Ha dejado de interesarse por los acontecimientos humanos. Le aburren. Lo mismo de las agonías que de las bodas o de los nacimientos, tiene una óptica y una filosofía propias, que quizá constituyen las del auténtico barrendero. Las primeras comuniones, las bodas y los fallecimientos se liquidan, por lo que a él se refiere, invariablemente del mismo modo: con unas flores arrojadas al arroyo y que él tiene que guiar hasta su último destino, el imbornal de la alcantarilla. Anuncia a Mme. Dodin: «En el tercero del 7 se casa el hijo.» Pero jamás ha penetrado en ninguno de esos pisos, en ninguna de las viviendas de esas personas para quienes todas las mañanas limpia la calle para que no vuelvan a encontrar los restos que dejaron detrás de sí. De ellos sólo sabe los nombres, los hechos y los gestos públicos. Y de todos los festejos y de todos los duelos humanos sólo percibe el desgaste, y no interviene más que para llevar a cabo el acto último, la eliminación de los vestigios.

Hubo un tiempo en que sin duda creía que las cosas podrían ser de otro modo. En que se figuraba que las personas que le habrían visto todos los días cumplir con su misma inocente tarea intentarían conocerle mejor. Quizá esperaba entonces que su oficio le permitiría satisfacer su curiosidad, su inmenso afán de conocer hombres, y que podría llegar a ser el barrendero de las almas y de las conciencias de la Rue Sainte-Eulalie. Incluso, sin duda, se hacía la ilusión de recibir confidencias que sólo se le harían a él, al inocente, anónimo e impersonalísimo barrendero. Pero ¡ay! la gente no tiene tiempo que perder. Y las ocasiones de charlar con los barrenderos tampoco se presentan con tanta frecuencia.

Después de haber esperado mucho, Gastón desespera. Ahora, cuando pregunta por su ojo a Mlle. Mimi (Mlle. Mimi, desde hace cosa de un año, tiene un ojo muy delicado):

—Y ese ojo ¿qué tal va?

Ella le contesta que va lo mejor posible.

—Gracias, me parece que, desde la semana pasada, lo tengo mucho mejor…

Él aguanta la mentira. La aguanta a pesar de que sabe de muy buena tinta, por Mme. Dodin, que el ojo de Mlle. Mimi está cada día peor y que ella

Librodot

se lo oculta porque tiene miedo, un miedo turbio y sin duda consecutivo a esa vida que lleva, de que cualquier noche, un día que Gastón haya bebido más que de costumbre, aprovechándose precisamente de que el ojo en cuestión está lo bastante enfermo para no reconocerle, el barrendero se atreva a atropellar su pensión, su soledad y su felicidad, en una palabra. Lo cual sería completamente contrario, a la vez que al honor de su gerencia, a su honor personal. Así lo teme, y cree hallar confirmación a sus temores en la mitad de las palabras de Gastón, sobre todo cuando éste le pregunta por su ojo.

Así ¿quién lo hubiera creído? ni siquiera las noticias que se dan a Gastón acerca del ojo de Mlle. Mimi son sinceras. ¿Cómo, en tales condiciones, no tendería a acercarse cada día más a Mme. Dodin? ¿Cómo, naturalmente, no se buscaría otros placeres que los que había esperado y que se le niegan? Por ejemplo, el de aterrorizar a Mlle. Mimi, confirmando sus temores y perturbando su sueño. Y al ver tanta honradez tan avara de sí misma y tan poco dispuesta a entregarse, ¿cómo no concebiría la secreta esperanza de que con la falta de honradez no sucede lo mismo?

Gastón se acerca a Mlle. Mimi y, a guisa de saludo, le declara:

—Pierrot ha muerto (se trata de Pierrot el Loco); vamos a pasarlo peor aún.

O bien:

—Un buen crimen, con una investigación muy difícil y muy larga, es lo mejor que puede suceder para un barrendero. No hay crimen en el que, por poca suerte que uno tenga, no se sospeche que el barrendero ha podido ser testigo y no se le llame a declarar. Y para un barrendero, ésta es la única distracción verdadera y la única probabilidad de que se le tome un poco en serio. Nunca tendré tanta suerte en ese maldito barrio donde apenas hay crímenes. Pero si la tuviera y si de mí dependiese el descubrimiento del criminal, procuraría que la investigación fuera lo más larga posible.

Y tras estas palabras se aleja, bajo las miradas medrosas de Mlle. Mimi y las de admiración de Mme. Dodin.

—Hace algún tiempo —dice Mlle. Mimi—, no sé si usted lo habrá observado, Gastón cambia, y debo decir que no precisamente en bien.

A pesar de todo, Mme. Dodin desprecia a Mlle. Mimi lo suficiente para no comunicarle lo que piensa de los cambios de Gastón.

—Un hombre así —dice—, no todo el mundo es capaz de comprenderlo. Al principio, me decía que la cosa venía de Lucien, el del camión de la basura, que le prestaba demasiados libros. Pero ahora creo que hay algo más. Debe de suceder alguna otra cosa.

No son los acontecimientos humanos los que siguen suscitando la atención y la curiosidad de Gastón. Son los acontecimientos materiales. Particularmente la restauración de los inmuebles. Aparte de Mme. Dodin, que le apasiona, los individuos ya no le interesan. Ver unos obreros montados en pasarelas o sentados sobre tablones, o sosteniéndose gracias a unas cuerdas, a quince metros de altura sobre el nivel de la calle, pasándose de mano en mano unos maderos, o rascando, enyesando o encementando sillares, sin dejar de hablar, he aquí algo que le inspira la nostalgia de un mundo viril. Apoyado a su escoba, a ese su instrumento de trabajo realmente demasiado femenino, Gastón les mira. A veces les dirige la palabra y les hace preguntas sobre los progresos de su trabajo o sus dificultades. La última restauración del barrio, la de las escuelas públicas, ha durado lo

Librodot

bastante —dos meses de verano— para afectarle particularmente y de una manera sin duda definitiva. Cada día barría más lentamente, y la falta de vigor de su escobazo era un grave síntoma de su desaliento. Pues al mismo tiempo que le apasiona, el espectáculo de la restauración de un inmueble le abate. Le hace considerar todavía más irrisorio su oficio. Entonces se contenta con limpiar las aceras y los badenes mirando al cielo, sin barrer el centro de la calzada. Y cuando Mme. Dodin, desde su umbral, le interpela:

—¡Cuidado que tiene usted pachorra para trabajar así! —él no se toma ni siquiera la molestia de contestarle y se limita a sonreír.

Precisamente con ocasión de las obras de la escuela, intenté nuevamente hablar a Mme. Dodin del estado de Gastón. Un hombre como él, le dije, inteligente y en la flor de la vida, ¿no sería mejor que mudara de oficio? Evidentemente, estábamos de acuerdo en ello, la profesión de barrendero era una hermosa y excelente profesión. Pero cuando uno no encontraba la menor satisfacción en ejercerla, cuando se habían agotado todos sus encantos, ese oficio tan solitario debía seguramente de ser más penoso que otro cualquiera. Y ¿acaso no era un hecho que Gastón había dejado de ser el espectador satisfecho de las cosas de la calle para convertirse en el más triste de los barrenderos? Mme. Dodin me contestó en un tono bastante frío que efectivamente era muy sensible que Gastón se hubiera vuelto tan ensimismado, tan preocupado y aun tan triste, pero que ello no era una razón suficiente para aconsejarle que se buscara otro oficio. Sin duda Mme. Dodin debió de preguntarse quién me llamaba a mí a dar consejos. Y aun es posible que, oscuramente, prefiera a Gastón tal cual está hoy, más parecido a ella, insatisfecho. En mi opinión, le dije, Gastón tenía aún más razones que ella para quejarse. Ni siquiera disponía de las escapatorias de que ella. Sobre todo en verano. En verano, en efecto, Mme. Dodin se instala ante su puerta, en un taburete, e interminablemente escurre los «pullovers» viejos que le dan. He aquí para ella una perfecta falsa ocupación. Cabe preguntar si existe alguna más envidiable. Escurrir un «pullover» se hace sin mirar. La lana se escurre sola con regularidad; no hay más que tirar ligeramente del hilo, y mientras tanto, instalada en esta impresión de eficacia automática, una puede darse el gusto de hartarse con toda tranquilidad del apasionante espectáculo de la calle. Y entonces, si alguien le pregunta a Mme. Dodin qué es lo que está haciendo, puede contestar:

—Pues ya lo ve usted: soy portera.

Cuando hace más calor, suele vérsela así, escurriendo pacíficamente un «pullover» o cualquier otra prenda análoga, de punto.

—Ya lo ve usted —dice—, estoy guardando la casa.

Le repugnaría instalarse a la puerta con aire de no hacer nada. Y por ello hace, sin hacerlo, ese trabajo que se hace solo. Así se lo recordé discretamente y le dije también que Gastón, por su parte, no tiene esa coartada. Cuando está en la calle, dije, es para barrerla. E incluso si se permitía grandes paradas ante los inmuebles en curso de restauración, debía remorderle la conciencia (sin contar con que, cuando lo de la restauración de las escuelas, que están precisamente frente a nuestra casa, Mme. Dodin estaba continuamente vigilándole y metiéndose con él). Pero Mme. Dodin permaneció sorda a todos mis argumentos, impertérrita. Si ella no cambia de oficio, Gastón no tiene por qué hacerlo. Mme. Dodin le quiere barrendero, aunque sea un triste y mal barrendero, y no otra cosa.

Librodot

—Ya veo adonde quiere usted ir —me dijo—, pero yo opino que no es la política lo que le conviene, sino el deporte.

—No se trata de eso —contesté, desanimada—; pero ¿por qué el deporte?

—Porque ha engordado. Eso de estar gordo es lo que le entristece tanto.

Yo dije que no, que era el estar triste que le hacía engordar, etc. Pero no me quiso escuchar una palabra. No insistí más. Mme. Dodin es de mala fe. Está segura de que sólo ella tiene derecho a conocer a Gastón.

Desde hace algún tiempo, Gastón empeora. Es decir, bebe algo más. Es decir, cuando ha bebido, repite esta frase, aparentemente inocente:

—Lo que me haría falta son veinte mil francos. Para irme al Sur, tomar el sol y ¿quién sabe?, quizás mudar de oficio…

Sólo cuando ha bebido habla así. Y parecería que éste es el gran huevo que lleva casi dos años empollando, este deseo de marcharse a una ciudad del Sur, a derretir al sol la grasa de su tristeza y quizás a mudar de oficio.

Todo cuanto sé de esta ciudad es que sería pequeña, junto al mar, en la región mediterránea. Y también que no tendría árboles.

—En otoño —dice Gastón—, ¡vaya gusto! Ya es hermosa la naturaleza, pero a condición de no ser su barrendero. Todas las hojas de todos los árboles del bulevar, todas, sin excepción, me tocan a mí, a Gastón el barrendero. Entonces, desde la primavera, forzosamente, uno empieza a pensar en ellas.

Esa ciudad, la imagino ardiente. En sus calles flotarían olores a cebolla, a estiércol de caballo, a pescado. El mar estaría en el extremo de las calles. Una ciudad sucia: las ciudades sucias son menos humillantes para los barrenderos, más acogedoras para los barrenderos. Esas ciudades, al menos, uno las ve vivir, las oye respirar a través de los pasillos de sus habitaciones de obreros. En esas ciudades laboriosas, no hay jardines públicos. Sólo, en las plazas, fuentes de las que mana un hilillo de agua. No hay árboles porque las calles son demasiado mal trazadas y demasiado estrechas. No hay más que un barrendero para toda la ciudad: el ayuntamiento es pobre. Por lo demás, un barrendero es aún demasiado. A las cuatro de la tarde, la brisa de mar empieza a soplar y cubre toda la ciudad de una nube de fino polvo salado. Y entonces el barrendero deja de barrer. Se rinde ante la evidencia. Se da cuenta, deliciosamente, de lo inútil de su función. Se siente libre. Guarda la escoba y se marcha por la ciudad. Todo el mundo le conoce y le estrecha la mano. El polvo es tanto que desanimaría a cualquier barrendero. Los bojes del jardín del párroco, únicas plantas de la ciudad, quedan cubiertos de polvo y los niños pequeños tienen los pies empolvados. Esas ciudades con que sueña Gastón no están hechas para gustar. Por sus alrededores merodean feriantes, cines ambulantes, un circo, a veces. En un extremo, una única fábrica da trabajo a casi todos los hombres de la ciudad: mil obreros. A la caída de la tarde, en las tascas, se habla de salarios, del trabajo, de huelgas. El barrendero es admitido a las discusiones. Los turistas atraviesan esas ciudades sin apenas darse cuenta. Y no obstante, producen algo más de lo que producen; se cargan de porvenir más que las otras ciudades. Desde las seis de la mañana las surcan tranvías atestados que van hacia la fábrica. Luego, durante las horas de trabajo, hay una gran calma. Criaturas medio desnudas rodean los puestos de frutas. Grandes persianas de color permanecen bajadas en las terrazas de cafés

Librodot

vacíos. Un viajero de comercio hace a voz en grito, en la plaza, la propaganda de su mercancía, y las mujeres, avisadas y ahorradoras, le miran con desconfianza.

De pronto, de un pasadizo sale una muchacha. Es morena. Sonríe. Y el barrendero que está en la calle tostada por el sol, en medio del polvo de incendio de la ciudad, ve salir de la sombra a la muchacha y le sonríe a su vez.

Pero de esas ciudades, del sueño de Gastón, Mme. Dodin no piensa ni oír hablar.

Sin embargo, sabe que Gastón piensa cada día más en ellas. Desde hace algún tiempo, en efecto, bebe un poco más. No es un borracho, ni mucho menos. Sencillamente, una vez por semana, o a veces dos, se bebe hasta tres copas de «blanco» antes de ir al trabajo. A Mme. Dodin no le gusta eso.

Cuando Gastón ha bebido sus tres copas, ella lo sabe.

Lo sabe incluso en cuanto le ve entrar por la Rue Sainte-Eulalie. Por poco que haya bebido, Mme. Dodin se da cuenta infaliblemente. Porque, por poco que haya bebido, Gastón silba en cuanto divisa a Mme. Dodin. Silba precisamente una cancioncilla que se llama *El vinillo blanco.* O a veces canta la misa. Como es expósito y fue educado por curas, se sabe la misa al dedillo y la canta a grito pelado, en latín. En cierto modo, avisa a Mme. Dodin. Jamás ha bebido tanto que se le olvide hacerlo. E incluso es probable que beba *también* para darse el gusto de avisarla y estar lo suficientemente excitado para provocar la repetición de una escena a la que han acabado por acostumbrarse.

Ella, Mme. Dodin, le mira, desde el umbral, meneando la cabeza. Tiene el cabello gris y es corpulenta, sólida, ceñida por el corsé, firme y ágil. Y sus piernas son todavía, como dice Gastón, «para acostarse con ellas». Lleva una blusa, y un jersey de color vinoso que todos los años, desde hace seis, se la ve escurrir y volver a hacer cada verano. De sus dientes sólo le queda uno, el «diente testigo», como dice Gastón. Pero sus ojos, sus ojillos azules, son todavía claros y brillan con malicia feroz.

—Y no es poco, lo que ha bebido —dice.

Y, contra su costumbre, después de haber arrastrado la cuba, deja de aguardarle y no prosigue su conversación con Mlle. Mimi. Mlle. Mimi, por otra parte, no tiene a sus ojos el menor interés si no es el de servirles a las dos de cabeza de turco, a pesar de que, se me olvidó decirlo, lleva seis años manteniendo a Mme. Dodin. ¿Por qué admirable maquinación Mme. Dodin ha llegado a obtener de Mlle. Mimi que la mantenga así gratis? ¿Será porque, una vez al año, Mlle. Mimi va a ver a su hermana a Amiens y la encarga a ella que le recoja el correo? Lo ignoro, como lo ignoramos todos, y dudo que jamás haya nadie, entre quienes la conocen, que llegue a saberlo y a penetrar el secreto del poder que ejerce sobre Mlle. Mimi. No por ello es menos cierto que Mme. Dodin tiene ahora un derecho indiscutible sobre todos los platos, los más deliciosos y los más raros, que Mlle. Mimi, virgen y vieja, suele prepararse a escondidas de su clientela. A las doce y a las siete de la tarde, la criada de Mlle. Mimi atraviesa la calle y, cuidadosamente envuelta en una servilleta, lleva a Mme. Dodin la parte que le toca del almuerzo o de la cena de Mlle. Mimi. Y al día siguiente:

—No estaba mal, su cordero asado, pero un poco crudo —dice Mme. Dodin.

Librodot

—¡Ah! —se preocupa Mlle. Mimi—, ¿de veras?

—Cuando yo se lo digo. Me parece que no suelo hablar porque sí.

Así es y no de otro modo, como diría Mme. Dodin. Desde hace seis años, Mme. Dodin se hace mantener. Pero no por ello se amansa su rebelión ante el egoísmo humano, ya que, dejando quizás a un lado la abolición de los cubos de basura, nada hará menguar jamás la insatisfacción de Mme. Dodin. De una vez para siempre, en un fulgurante relampaguear de su conciencia, se hizo cargo de la amplitud de la injusticia universal. Desde entonces, ninguno de los casos particulares de felicidad o de bondad que conoce es capaz de hacer vacilar ni de atacar su escepticismo. Mme. Dodin es perfectamente impermeable a la caridad.

—La caridad de esa gente, me la paso por cierta parte —declara.

Cuando las monjas de la parroquia de Sainte-Eulalie le llevan por Navidad el ritual «asado de los ancianos», ella lo toma, naturalmente, y les declara riéndose por lo bajo:

—No se vayan ustedes a creer que por eso iré a misa, ¿eh?

Y a mediodía, cuando comparece Gastón, al informarle de lo acontecido, concluye:

—¿En qué me entrometo? Vamos a ver, si todas ellas tuvieran críos, esas tías, seguro que no se meterían en lo que no les importa.

Así, aparte de su más seguro amigo, de su único cómplice, Mme. Dodin se niega a toda avenencia con la humanidad, ni siquiera a través de las bondades de Mlle. Mimi. Mlle. Mimi, haga lo que hiciere, no es ni será jamás otra cosa que un medroso testigo de la complicidad existente entre Mme. Dodin y Gastón.

En verano, cuando aparece Gastón, a cincuenta metros de casa, silbando o cantando la misa, no hay en el mundo nada capaz de retener a Mme. Dodin junto a Mlle Mimi. Tiene algo mejor que hacer que seguir hablando con ella. Y, dejándola con la palabra en la boca, se mete en su quiosco. Una vez allí, descuelga la mayor de su serie de cacerolas, se va al patio, la llena de agua, vuelve y la deja encima de la mesa. Luego se pone ya sea a mondar verduras, ya a hacer calceta, ya a barrer la garita. Sus intenciones no asoman por ninguna parte. Únicamente, quizás, pone en su trabajo una celeridad apenas algo mayor que la acostumbrada, una especie de falsa atención.

Gastón, que sabe de qué va, a medida que se acerca al 5 de la Rue Sainte-Eulalie, silba o canta, según los días, riéndose por lo bajo cada vez más. Y gracias a sus tres copas, para que el gusto dure más, empieza a barrer con toda lentitud, todavía más lentamente que de costumbre. La gente que pasa junto a él y que en general no le presta mayor atención que a la acera misma, se detiene a mirarle. Barre como se debe de barrer en sueños, bailando y cantando. Agarrado a su escoba, da la impresión de que si la soltara se iría a la deriva. Él, que generalmente tiene la cara tan mohína, aquellos días parece disfrutar, barriendo, de un extraño goce. Está radiante. «He aquí un extraño barrendero», pueden decirse los transeúntes. O también: «¿Qué será lo que, en el oficio de barrendero, puede causar semejante regocijo?» Porque es evidente que Gastón no está borracho. El barrendero observa que le miran, que la gente incluso se detiene para seguirle con los ojos. Entonces deja de barrer a su vez y declara con impertinencia:

—¿Qué? ¿No han visto ustedes nunca hacer esto? Pues soy yo,

Librodot

Gastón, que tengo a mi cargo la mierda de sus chuchos. Pero vaya, no por ello estoy más orgulloso.

La gente, según su temperamento, puede reír o preocuparse. «He aquí, se dicen, un barrendero como no suele haberlos y que seguramente tiene instrucción». O bien: «Un barrendero que canta en latín no puede ser sino un elemento peligroso». O también: «Esta gente, estos ateos, estos forajidos, son los que un día se convertirán en eso tan tremendo que va a ser el populacho en armas».

Así Gastón, en tales días, no es nada tranquilizador. Hace reflexionar a muchas de las personas que le encuentran. Les obliga a detenerse, pensativos, quizá por primera vez en su vida, ante un barrendero de la ciudad de París. Es decir, les hace descubrir que un día, quizás un sencillo barrendero podrá tener para ellos un interés próximo; que, después de todo, tiene algo que ver con ellos, como ellos, a su vez, tienen que ver con él. Cuando Gastón les ha apostrofado, en el acto, las personas que se habían detenido a mirarle se marchan. Y Gastón vuelve invariablemente ya sea a silbar *El vinillo blanco,* ya a cantar la misa en latín. Mlle. Mimi, aunque piadosa, se queda ante su puerta, con los nervios en tensión por el miedo y la impaciencia. Lucien, el camarero del restaurante «La Petite Sainte-Eulalie», que también llega muy temprano a causa de las verduras que hay que mondar, sale precipitadamente en cuanto oye cantar a Gastón. La portera de la escuela del barrio, lo mismo. Todos salen. Pero Mme. Dodin entra. Todos ríen. Pero Mme. Dodin no. Cuando Gastón llega a la altura del 7, Mme. Dodin deja la tarea que estaba haciendo y abre la ventana con mucho cuidado. Precaución inútil, pues todos los espectadores presentes, y Gastón el primero, saben perfectamente, no sólo que está abriendo la ventana, sino qué va a suceder luego. Gastón, por lo demás, desde lo alto de la Rue Sainte-Eulalie no ha dejado de ojo el portal del inmueble ni los postigos de la habitación de Mme. Dodin.

Una vez abierta la ventana, Mme. Dodin toma la cacerola llena de agua, aparta la mesa y se aposta tras uno de los postigos. Gastón se divierte cada vez más. Algunos transeúntes, al verle tan alegre, y al ver que Mlle. Mimi, Lucien y la portera de la escuela municipal se divierten también de lo lindo, se detienen de nuevo. El barrendero está a punto de llegar al 5. Cada vez barre peor. Mme. Dodin sigue aguardando. Una vez delante del 5, Gastón se acerca a la ventana. Mme. Dodin aguarda aún. Gastón se quita la chaqueta, se baja, la deja en la acera a dos metros de él y se inmoviliza a su vez, con ambas manos clavadas en la escoba.

—¡Va! —dice entonces Gastón el barrendero.

Y Mme. Dodin, sin decir palabra, le arroja en plena cara el contenido de la cacerola.

Gastón se echa a reír entonces, con una risa que se oye de un cabo a otro de la Rue Sainte-Eulalie. Mme. Dodin deja la cacerola vacía encima de la mesa y se decide a salir. Indiferente a cuantos la contemplan, empieza siempre, con igual atención, a examinar a Gastón. Éste, doblado y chorreando, se desternilla de risa. Mme. Dodin le deja reír cuanto quiere. Con los brazos en jarras, le mira como no mira a nadie más, como las madres, y también las enamoradas, miran el objeto de su pasión y de su inquietud. Y luego que Gastón ha recobrado el aliento, le anuncia con toda serenidad:

—Esto le enseñará. La vez que viene, será el barreño de los platos.

Los espectadores se divierten tanto como Gascón, incluso Mlle. Mimi, aunque con recato.

—No me enseñará nada en absoluto —contesta Gastón—. A mí eso me gusta.

—Ya encontraré otra cosa —dice Mme. Dodin—. No pase usted pena, que ya la sabré encontrar.

Aun así, insensiblemente va dejándose ganar por la hilaridad.

—Eso es lo que me gusta —dice Gastón—, es que no se cansa usted nunca de inventar maneras de jorobar a la gente.

Entonces, cuando Gastón ha dicho estas palabras, también ella se ríe. La embelesa oír a Gastón hablar de ella. Ríe con una risa grasa, aterciopelada, que no acaba nunca de salir y que es la más generosa que he oído en la vida.

—Mientras viva, jorobaré a la gente —dice Mme. Dodin—, la verdad es que ésta es mi manera de disfrutar.

Dichas estas palabras, entra y se encierra en su quiosco. En cuanto se queda sola, deja de reír y se pone a reflexionar. Dos años lleva ya el barrendero empollando su huevo. Los dos maridos que tuvo Mme. Dodin se emborrachaban. A los dos les dejó: por lo mismo la bebida le da mucho miedo. Pero el barrendero, Mme. Dodin lo dice y lo sabe, no es borracho. Si bebe, no es únicamente por el placer de beber. Además, no bebe mucho. Pero hace dos años, hay que reconocerlo, no bebía en absoluto. Mme. Dodin adivina que eso que es quizás un vicio en ciernes obedece a causas graves, hace demasiado tiempo que ve a Gastón barrer sin interés, con la chaqueta a medio desabrochar, la gorra demasiado ladeada y una barba a veces de tres días. Y hace demasiado tiempo también que le observa mientras, plantado ante los obreros que trabajan en la restauración de alguna casa, a quince metros del suelo, se abandona por espacio de media hora a una vertiginosa distracción. Y sin duda se pregunta cómo rescatarle, impidiéndole que se hunda cada vez más hasta llegar a la fatal determinación de marcharse. De esa marcha, sólo ella parece estar enterada, pues no la mienta a nadie más. Y aún, sólo se la menciona apenas. Cuando ha bebido sus copas y luego que Mme. Dodin le ha dado su ducha, se limita a decir esta frase, siempre la misma:

—Lo que me haría falta son veinte mil francos para irme a descansar y tomar el sol, mientras encuentro otro trabajo.

—¿Y usted se figura —le contesta Mme. Dodin—, que así parecería más guapo? No sabía que fuera usted capaz de equivocarse de ese modo.

—No opino lo mismo —dice Gastón—. Adelgazaría, al sol, tendría mejor tipo, estaría más elegante, y con todas mis lecturas, como usted dice, quizás podría cambiar de oficio y encontrar un empleo que me conviniera.

—Al precio a que está la vida —dice Mme. Dodin—, poco tiempo tendría para adelgazar al sol.

—¿Y los suyos?

—¿Mis qué?

—Sus veinte mil francos —dice Gastón.

—Hace mucho tiempo que volaron —dice Mme. Dodin.

—¡Vaya mentirosa! —dice Gastón.

—Es para fastidiarle —dice Mme. Dodin—. Los tengo colocados.

Hace un año, Gastón se enteró de que Mme. Dodin tenía ahorrados veinte mil francos. Ella misma se lo dijo, además. Quería invertirlos, y, ¿a

Librodot

quién sino a Gastón podía pedir consejo? Gastón le dijo que era poco para hacer una inversión interesante y que, después de todo, lo mejor sería guardarlos. Nunca se sabe, a lo mejor podía necesitarlos de pronto. Y desde que sabe que Mme. Dodin tiene veinte mil francos ahorrados, Gastón a veces le pregunta por ellos. Por otra parte, también desde entonces empezó a decir que ésa sería precisamente la cantidad qué necesitaría para irse al Sur, cambiar de vida y ser feliz. En suma, el juego continúa. Pero tiende a convertirse en un juego superior, cuyo control ha dejado de estar totalmente en sus manos y cuyo envite no saben a ciencia cierta. Él sabe que ella no le dará sus ahorros, que no los soltará jamás. No sólo porque los quiere para sí, porque son todo cuanto ha ahorrado en seis años (sus antiguos ahorros, se los dejó a sus dos maridos), sino también para impedirle «que se hunda» como ella dice, que huya hacia esa felicidad marina en la que él sueña, hacia la pereza y el sol. Por instinto, Mme. Dodin desconfía de la gente que habla de ser feliz. «¿Acaso soy feliz, yo? Son unos gandules…»

El conocimiento que Gastón tiene de la existencia de los veinte mil francos de Mme. Dodin y el que tiene Mme. Dodin de los proyectos y necesidades de Gastón no alteran en nada su amistad. La forma como termina su conversación sobre el asunto lo demuestra.

—Yo —dice Gastón—, si tuviera usted veinte años menos, sé muy bien lo que hubiera hecho: acostarme con usted.

—No tengo la menor duda —dice Mme. Dodin—, cara dura no le falta.

—Lo malo es que ahora ya es usted demasiado vieja, verdaderamente. Yo que siempre llego demasiado temprano, por una vez he llegado tarde.

Mme. Dodin tiene sesenta años y Gastón treinta. No conozco otro ejemplo de amistad comparable a la suya. Y Gastón tiene razón. Si Mme. Dodin hubiera tenido sólo veinte años menos, hubieran sido amantes, y ¡qué amantes! Ella lo ha pensado y él también. Y no se lo han callado uno a otra. De esa predestinación malograda les ha quedado, a los dos, una exasperada impaciencia del otro que, al no poder desembocar en el amor, se satisfará o mejor se disolverá nadie sabe cómo. Lo probable es que un día u otro encuentre una realización, sea la que fuere. Porque entre ellos no existe una amistad ordinaria, con su ordinario intercambio de buenos sentimientos, sino una verdadera pasión, con todos los caracteres, y aun con todas las apariencias del amor (incluso ha habido por el barrio quien ha pretendido que, a pesar de la edad de Mme. Dodin, el barrendero, en un «momento de olvido» había llegado a acostarse con ella).

La extraordinaria impaciencia con que ella le aguarda detrás de su ventana, con su cacerola en la mano, y la impaciencia no menos extraordinaria con que él espera que le arroje por la cabeza el contenido de aquélla (aquellos días, incluso barre a ritmo más lento para que el placer de la espera dure más) y la intensidad del goce que ambos experimentan, ella arrojándoselo y él recibiéndolo, no pueden engañar a nadie.

Y luego, cuando los dos se divierten juntos ante los vecinos reunidos, siendo así que en el fondo ella sólo le ha remojado para impedirle que se hunda en una cobarde felicidad de la que ella estaría excluida, ese desenlace inesperado en que el drama se invierte transformándose en un tremendo bromazo, ese fracaso, en suma, ¿no es acaso una prueba de que su mutuo conocimiento ha llegado a ser tan perfecto que ya no pueden sorprenderse, sino sólo, como los amantes inveterados, volverse a encontrar cada vez uno a otra?

Librodot

¿Qué sería de ella sin él? Ella sabe que él lo sabe. Y sin embargo acaban riéndose juntos de su felicidad amenazada y de los riesgos a que se exponen. A partir de ahí, cabría imaginar cómo podrían llegar a escenas extremas, al suceso trágico, sin salir por ello de esa complicidad más fuerte que todo. Y quien no conociera a Gastón y le viera reír de aquel modo cuando Mme. Dodin le castiga porque quiere escapar a su desesperación, podría preguntarse si no inventó este deseo de evasión precisamente para que ella le castigue de aquella forma.

Este amor sin salida les ha hecho doblemente inventivos. Parecen jugar a ver quién encuentra «algún nuevo medio de jorobar a la gente». Tienen la imaginación delirante de los prisioneros, pues están prisioneros de su oficio, que detestan, y de una prohibición —medio fatalidad y medio convención— que, a causa de la edad de ella, no les permite ser amantes. Entonces se vengan en el mundo que es su carcelero. Y lo hacen procurándose a sí mismos y sólo para sí un espectáculo interminable por el que cada día se apasionan más. Y si Mme. Dodin está a menudo preocupada por el proyecto de Gastón, ello no atenúa poco ni mucho su ardor en el juego. Muy al contrario. Para ser digna de él y ponerse a la altura de sus proyectos inmorales, como dice Mlle. Mimi, lleva su juego a extremos peligrosos. Ahora, desde hace seis meses, se entrega a algo que, para simplificar, debe francamente llamarse reprobable. Roba. Su éxito y el goce que encuentra en ello demuestran que sin duda tenía más conchas de las que aparentaba. Lo que hay es que no había tenido ocasión de ejercer sus facultades en su existencia pasada. Tenía ya cincuenta y cinco años cuando conoció a Gastón el barrendero, y se ha puesto a robar al final de una existencia vivida en la dignidad y el trabajo, con una afición y una juventud extremadas y tales como sin duda pocas personas son capaces de inventar. Y cada vez que Mme. Dodin ha robado:

—¿Qué? ¿Hoy nos hacemos la niña? —le dice Gastón.

Debería haber, al final de cada vida, una vez rebasadas las prohibiciones que asfixiaron la juventud, algunos años de esa primavera de regalo.

Así, sin dejar de angustiarse por la que ella dice ser la lenta y deplorable degeneración de Gastón, Mme. Dodin rivaliza con él en el arte de degenerar. Y la mayor parte de las veces, gana ella. Ella es quien dice las mayores atrocidades. Ella quien se atreve a lo que no se atreve él: a robar. Y si él es quien ha inventado eso de preguntarle por sus veinte mil francos de ahorros, ella ha inventado enseñarle cómo se roba.

Si esos robos sólo él los sabe, no es porque entre los dos no hagan cuanto puedan para darles la mayor publicidad. Mme. Dodin los lleva a cabo cada vez con menos prudencia. Y los cuenta a Gastón e incluso a Mlle. Mimi (que finge no tomarlos en serio para poder seguir haciéndoselos contar sin comprometerse) cada vez con mayor precisión, en alta voz y en el momento más adecuado, o sea cuando saca el cubo de la basura, por la mañana, en verano, cuando todos los inquilinos, con las ventanas abiertas, pueden oírla.

—Dicen que robo los paquetes de los vecinos —declara—. Y yo digo que, puesto que tengo ese cochino oficio, lo mejor que puedo hacer es robar los paquetes de los vecinos. Si no están contentos, que me denuncien.

Ninguno de nosotros se ha atrevido jamás a hacerlo. Muy al contrario. Cada vez que Mme. Dodin nos roba, nos sorprende ver que mostramos para con ella una cortesía todavía mayor que la de costumbre. Prisioneros de un

Librodot

respetuoso malestar que raya en el terror, somos con ella más comedidos que nunca. A ella entonces no le cuesta nada confundir a aquellos de nosotros que ordinariamente se muestran más tercos en la cuestión del cubo de la basura. Incluso quienes erigen a la honradez en norma primera de la moral, los más rigurosos, cuando Mme. Dodin les roba, se dejan regañar sin la menor protesta. Guardan un humildísimo silencio y capitulan ante la naturalidad con que les riñe y que en tales casos es mayor que nunca. Semejante homenaje, ¿no viene acaso a demostrar hasta qué punto cada uno de nosotros es sensible al arte, incluso en sus formas más notoriamente reprensibles? Por distintos que seamos, coincidimos, en tales casos, en acatar el genio de Mme. Dodin. Y estoy segura de que si a alguno de nosotros se le ocurriera la idea de echarle en cara sus robos, todos los demás sentirían oscuramente que eso sería una vulgaridad.

El año pasado, durante dos meses, Mme. Dodin se estuvo regularmente apropiando los paquetes de manteca que enviaban a uno de los vecinos.

He aquí cómo lo hizo y cómo fue cambiando de procedimiento, de semana en semana, a medida que debían de ir tomando cuerpo las sospechas de la interesada.

Al principio, quitaba a los paquetes todos sus sucesivos envoltorios. Los tales paquetes iban envueltos en tres papeles: uno metalizado verde, otro metalizado blanco y un papel de embalar ordinario, de color pardo oscuro. Mme. Dodin empezó por quitar el papel de embalaje y el papel metalizado blanco. Una vez hecho esto, iba a ofrecer la manteca, no adivinaréis a quién. A la inquilina destinataria del paquete. La inquilina volvía a comprar su manteca. Mme. Dodin tuvo dudas: tal vez la inquilina era idiota y no comprendía que le vendía su propia manteca. La prontitud con que la aceptaba y la pagaba se prestaba a confusión. Entonces Mme. Dodin procedió con mayor audacia. Sólo suprimió uno de los tres papeles, o sea el papel de embalar que llevaba el nombre y señas de la inquilina. Se me olvidaba decir que ésta llevaba varios años haciéndose enviar la manteca del campo y que ese papel, lo mismo que los otros dos, por lo demás, y que la forma de los bloques de manteca, su peso, etc., habían sido siempre los mismos. La inquilina, gracias a los dos papeles metalizados dejados por Mme. Dodin, no podía tener la menor duda sobre el origen de la manteca que ésta le vendía. Sin embargo, la tomó y la pagó con igual prontitud. Un día la encontré y me puso al corriente de sus dificultades:

—Mme. Dodin me está robando la manteca —me dijo. —Todos los paquetes de manteca que me envían. Estoy segura. Y lo peor, es que me lo vuelve a vender a mí y no a otra inquilina.

—¿Qué piensa usted hacer? —pregunté.

—No sé —contestó—, no sé cómo darle a entender que lo sé desde el principio, que me está robando.

Este fue uno de los mayores triunfos de Mme. Dodin. Una vez segura de que a la otra no podía quedarle la menor duda, se cansó de tanta facilidad. Y aunque debió de echar de menos el dinero de la manteca, cesó de quedarse con los paquetes y se los entregó a la inquilina con sus tres envoltorios, con su nombre y señas, sin hacerle pagar un céntimo.

A veces sucede también que a un vecino se le cae algo por la ventana. Las más veces, Mme. Dodin, que está continuamente yendo y viniendo de su quiosco al patio interior de la casa, ve caer el objeto, lo recoge y se lo lleva a

Librodot

su habitación. El inquilino baja a toda velocidad, busca por el patio, no encuentra nada y va al quiosco de Mme. Dodin. Allí llama tímidamente:

—¿Qué ocurre? —pregunta Mme. Dodin, en tono cansado y maligno, el mismo que generalmente guarda para quejarse del cubo de la basura.

—¿Por casualidad ha visto usted, Mme. Dodin —pregunta el inquilino—, un pañal que se me cayó por la ventana? ¿No ha visto usted una cuchara, o una lechuga, o mi pala para el carbón?

Mme. Dodin sale y mira al inquilino socarronamente, en una forma tal que éste, que por otra parte empieza a estar algo acostumbrado, comprende inmediatamente.

—No, no he visto nada —dice Mme. Dodin.

—Es extraño —dice el inquilino, con voz algo menos segura.

—Sí, es extraño. Como extraño, no se puede negar que lo es. Pero las cosas son así.

El inquilino baja la cabeza con aire embarazado.

—Bueno, Mme. Dodin, siento haberla molestado a usted.

—No es nada. Para eso estoy aquí, todo el día sucede lo mismo. ¡Y si no fuera más que de día! A propósito, sus cubos de la basura, ¿no podrían ustedes bajarlos como todo el mundo?

El inquilino se queda francamente avergonzado.

—De acuerdo, desde luego, Mme. Dodin. Ya me acordaré.

Desde el quicio de la puerta, Mme. Dodin le contempla sin dejar de reírse por dentro. A veces el inquilino llega en su atrevimiento hasta insinuar:

—Quisiera saber qué puede hacerse con un pañal si uno no tiene críos...

—También a mí me gustaría saberlo —dice Mme. Dodin—, pero si una probara a comprenderlo todo, no tendría bastante con la vida entera.

—Eso es verdad —opina el inquilino definitivamente vencido.

Después, Mme. Dodin se queda acechando a Gastón, y cuando le ve, le llama.

—Los hay pelmas... Véngase a mi quiosco a que se lo cuente.

Se encierran y al cabo de un rato vuelven a salir muriéndose de risa. Y una vez han llegado al umbral, Mme. Dodin declara, de forma que los vecinos (y especialmente el robado) puedan oírla:

—¿No es desgracia tener tanta instrucción para encontrarse así?

Su amistad con Gastón ha sido también la que le ha separado de sus hijos, o por lo menos alejado de ellos. No tiene ningún deseo de verles: la aburren. Les educó muy bien. Su marido se bebía el jornal, y ella, por los hijos, estuvo trabajando quince años en una fábrica. Por la noche, como la fábrica no bastaba, hacía coladas.

—He hecho tanto por ellos —explica— que ya me tienen asqueada. Lo más que les pido es que no me fastidien.

Su hija trabaja en Correos y habita en un departamento lejano.

—Por ese lado, estoy tranquila —dice Mme. Dodin—, no viene a menudo.

Pero su hijo es hortelano en Chatou. Considera como un deber suyo ir a verla por Año Nuevo, el 14 de julio, por Pascua, etc. Regularmente le pide que vaya a «acabar sus días» a su lado. Ella no quiere ni oírlo mentar.

—Te he visto demasiado —le dice—. Sí, aunque estuviera en tu casa como una reina, me moriría de aburrimiento antes de tiempo. Estoy segura

Librodot

de que es más divertido el asilo.

Y cuando habla con Gastón, se explica más claro:

—No es porque sean malos —dice—, pero no hay más remedio, están aguardando a que la diñe. Además, a ellos menos que nadie, no sé qué decirles.

Quiere olvidar que tendrá que morir. Es un plazo de cuyo cumplimiento no le gusta hablar. Piensa en él sin congoja, pero también sin cinismo: sencillamente con tristeza. Toda su vida ha estado aguardando estos años, para estar libre y sin la carga de sus hijos. Y ahora ya lo logró. Y diga lo que diga contra las trabas que su oficio representa para su libertad, tiene la libertad suficiente para lamentar haber de morir.

Lo que más desea, es morir durmiendo, una noche.

—Con la cuba llena, por la mañana. Lo malo es que no estaré para ver la cara que pondrán ustedes. Por la cuba de la basura se habrán de enterar: «Desde el momento que a las ocho de la mañana está llena y nadie la ha sacado, dirán ustedes, es que la portera la ha diñado.»

Librodot

La obra

La muchacha había entrado en la avenida, dirigiéndose hacia el hombre, y se le había adelantado. Luego, volviendo sobre sus pasos, había pasado nuevamente junto a él, había recorrido la avenida en sentido contrario y había penetrado en el bosque. En ese bosque se perdía la avenida.

Era ya tarde, poco antes de la hora de comer.

El hombre, por su parte, estaba echado en una «chaise longue» en la avenida, a medio camino entre la verja del jardín del hotel y la obra, y había visto cómo la muchacha salía del bosque. Maquinalmente la había seguido con los ojos. Se figuraba que regresaba al hotel, pero luego la había visto detenerse a algunos pasos de la verja que se abría al camino, volver sobre sus pasos y penetrar de nuevo en el bosque de donde saliera.

Pasó un rato, llegó la hora de la comida y se oyó la campana del hotel.

El hombre siguió tendido en su «chaise longue». Se preguntaba qué podría estar haciendo la muchacha, a aquella hora, en el bosque.

Al pasar, y luego al volver, ni siquiera había mirado al hombre. Al principio parecía tener prisa en regresar al hotel. Pero una vez se hubo detenido delante de la verja, al marchar de nuevo hacia el bosque, había parecido igualmente presurosa de volver inmediatamente a él. Lo mismo en un sentido que en otro, había caminado bastante deprisa, como si alguna fuerza desconocida la hubiera encerrado entre el bosque y la verja, y sin mirar nada, sin una mirada al hombre, cuyas piernas, sin embargo, se había visto obligada a rozar, puesto que éste, con su «chaise longue», ocupaba más de media anchura de la avenida.

La hora de la comida había llegado sin que el hombre viera volver a la muchacha.

Durante largo rato le pareció que ésta había dejado la avenida desierta, tan completamente como si el bosque se hubiera tragado incluso su recuerdo.

Y todavía se hizo más tarde. La hora de la comida se alejó.

El hombre seguía aguardando que la muchacha saliera del bosque.

No porque llamara la atención, ni porque se la hubiera llamado anteriormente. Pero la avenida se adentraba por el bosque y conducía a un pueblo distante varios kilómetros del hotel. Y la muchacha sólo podía estar allí, y el hombre se preguntaba qué espectáculo podía retenerla o qué podía tener que hacer en aquel bosque en lugar de regresar al hotel. A medida que iba cayendo la tarde y las sombras avanzaban, el hombre se hacía aquella pregunta con creciente curiosidad y cada vez le costaba más decidirse a volver al hotel.

Por fin, la curiosidad le acució tanto que se levantó y dio algunos pasos en la dirección que tomara la muchacha. No hubiera sido natural que se abstuviera de hacerlo después de haberse preguntado tantas veces qué había ocurrido con ella. Llevaba media hora, por lo menos, sin pensar en otra cosa.

La recordaba bien, no era especialmente hermosa, en absoluto. De no haber sido por aquella extraña conducta, por el hecho de hallarse tan tarde sola en aquel bosque y haber vuelto a él sin razón aparente, sí, de haber vuelto sin razón aparente a un lugar que acababa de dejar, y ello a una hora

Librodot

en que lo normal hubiera sido que estuviera en otra parte, en el hotel, realmente, de no haber sido así, la muchacha nada tenía de particular.

El hombre se adentró por la avenida. Se hallaba muy cerca de la obra cuando la vio salir del bosque. También ella tomó por la avenida, pero pronto se detuvo, a la altura de la obra.

El hombre aguardó. Seguramente ella no le había visto. Cada uno se hallaba en un extremo de la obra. Él se había detenido, se había vuelto hacia ella. Ella se había vuelto de cara a la obra y su traje claro destacaba sobre la masa oscura del bosque. Era casi de noche. El hombre sólo veía de ella el vago perfil de su cuerpo de pie, frente a la obra. Y entonces, aunque no la conociera ni más ni menos que a cualquier otra de las que vivían en el hotel, en cuanto la vio, aparentemente fascinada por aquella obra, sola, y tan tarde, se dio cuenta de que la sorprendía, sin querer, en uno de los instantes más secretos de su vida, y de que tal vez ni siquiera le hubiera bastado conocerla mejor para volver a captar aquel instante. Se hallaban solos, y juntos, él y ella, pero separados uno de otra, ante aquellas obras. Y el hecho de que ella lo ignorase aún, que de ella ignorase tan completamente la presencia de aquel ladrón, de aquel violador, despertó naturalmente en el hombre el deseo de dejarse ver.

Detrás de ellos, por la carretera nacional que les separaba del hotel, y casi continuamente, pasaban los autos, con todos sus faros encendidos. Entre éstos, entre aquel muro luminoso y sonoro y aquel bosque sombrío y silencioso, se había producido su encuentro.

El hombre aguardó todavía antes de dejarse ver. Permanecía inmóvil en el lado más próximo de la obra, mirándola. Y cuando se decidió a echar a andar, lo hizo tan lentamente que ella no se dio cuenta. El ruido de los autos cubría el de sus pasos. No tenía prisa. Ella, por su parte, dejaba pasar el tiempo. Seguía ignorando que ya no estaba sola. Acaso no había oído la campana del hotel. Quizá venía de la aldea que se hallaba al otro lado del bosque. Caminando muy deprisa, hubiera tenido tiempo de ir. Hacía casi tres cuartos de hora que había pasado por segunda vez, camino del bosque. Pero no tenía el aspecto de haber estado andando deprisa. Y ello era tanto menos probable cuanto que la avenida no conducía directamente a la aldea, sino que había que tomar por un sendero que ella no debía de conocer y que no hubiera podido descubrir ni siquiera volver a encontrar, una vez llegada la noche. No, lo que la fascinaba era aquella obra. La estaba contemplando, o por lo menos estaba mirando hacia aquel lado, totalmente absorta. Cuando el hombre llegó junto a ella, vio su rostro petrificado en una inmóvil intensidad, y tuvo la absoluta certidumbre de que lo que ella estaba mirando era la obra. La cosa le extrañó. ¿Acaso no se había dado cuenta de ella hasta aquella tarde? ¿Acaso él había tenido la suerte de hallarse presente en el momento en que la descubría?

La obra se extendía, desierta, con su manera algo especial de estar vacía, pero en fin, entre sus paredes claras no había nada digno de ser observado, o por lo menos, nada que pudiera sorprender. Quizá, después de todo, la muchacha no la había descubierto hasta aquella tarde.

—Perdone usted —dijo el hombre.

Ella se volvió, sobresaltada y le miró. La mirada seguía siendo muy abierta, pero ahora se había posado en el hombre.

—Perdone usted, soy uno de los huéspedes del hotel.

Ella dijo «¡Ah!» y maquinalmente, echándose a reír, se acercó al

hombre.

—Perdone usted, la he asustado —dijo él.

Se había echado a reír, como ella.

—No es nada —dijo la muchacha.

No parecía ni asustada ni confusa de que él se le hubiera dirigido en aquella forma. Más bien parecía encontrarlo natural.

—¿Se había usted ya dado cuenta de estas obras? —preguntó el hombre.

—Es la primera vez —dijo ella—, hasta ahora creí que eran otra cosa. ¡Qué idea tan rara...!

—¿Idea rara?

—Es terrible —dijo ella—, ¡ y tan cerca del hotel!

El hombre vaciló.

—Perdone usted —dijo finalmente—, quisiera saber... yo la vi hace un rato... ¿Por qué se volvió usted atrás después de haber pasado por aquí?

La muchacha miró a otra parte.

—No lo había visto bien... No acabé de comprenderlo. Es una tontería, pero me parece que voy a marcharme del hotel.

El hombre intentó verle la cara, pero no lo logró. La muchacha caminaba con la cabeza vuelta hacia el otro lado, distraídamente. Sin duda no le había mirado.

Él seguía riendo.

—Todo el hotel conoce esas obras —dijo.

Habían llegado a la verja. Entonces pudo verle mejor la cara, a la luz del reverbero que había en el pórtico del hotel.

—No tienen nada de particular —dijo el hombre riendo más fuerte—, de vez en cuando hay que hacerlas.

La muchacha se rió a su vez. Su risa no expresaba ni ironía, ni confusión, ni coquetería, sino sólo cierta incertidumbre, relacionada sin duda —¿pero cómo saberlo?— con lo que acababa de decir.

De esa manera empezaron las cosas, entre ellos dos. Hacía ya tres días, durante los cuales sólo la vio de lejos, a la hora de las comidas.

Durante la primera noche que siguió a su encuentro, el hombre creyó que ella llegaría quizá a dejar el hotel de resultas de haber descubierto aquella obra. Semejante temor era quizá también, en cierto modo, una espera. No le hubiera desagradado verla llevar la originalidad hasta el extremo de marcharse del hotel sin otra razón que la proximidad de aquello.

Esa espera era contradictoria, y si hubiera resultado confirmada el hombre hubiera tenido pocas probabilidades de volver a ver a la muchacha. Pero en aquel momento, estaba todavía imaginando que la idea de su marcha llegaría a parecerle aceptable.

Desde el día que siguió a su encuentro, había empezado a aguardarla en la avenida. Ella no compareció. A mediodía volvió a verla a la mesa como de costumbre y encontró que, por lo menos en apariencia, nada en su rostro ni en sus gestos, ni el menor apresuramiento ni la menor inquietud, indicaba la intención de marcharse. Se dijo que lo que debía de resultarle penoso era únicamente ver la obra, y que después de su encuentro el día anterior probablemente habría decidido no volver hacia aquel lado del valle. Y efectivamente se esforzaba en ello. Pero desde el momento que no había dejado el hotel ni parecía haber decidido abreviar su estancia, sin duda sería porque había logrado superar al menos el pensamiento de que la obra estaba

Librodot

allí cerca.

Ese éxito, esa pequeña victoria sobre su miedo hubiera podido darle a los ojos del hombre cierta apariencia de trivialidad. Pero no fue así. Si quizá le decepcionó un poco el volverla a ver a la mesa al día siguiente al de su encuentro, la decepción no duró. Era poco probable, se dijo, que la muchacha hubiera pensado que en cualquier otra parte, en algún otro sitio tranquilo en que pudiera hallarse, siempre existiría la probabilidad de encontrar algo del mismo género que aquellas obras. Evidentemente, eso debía de saberlo. Debía de haber comprendido de una vez para siempre que aunque aquellas obras, a pesar de lo que él le había dicho, no fueran una cosa realmente corriente, en el mundo existían bastantes otras cosas de igual naturaleza para ahuyentarla de dondequiera que fuera a ocultarse. Y en el fondo, su éxito demostraba que en verdad lo sabía. Que, a pesar de todo, estaba lo bastante acostumbrada a tales cosas como para saber que hubiera sido pueril y vano huir de ellas y dejar, sólo por su causa, el hotel donde ahora se hallaba. Pero, ¿era eso valentía, era una forma de constancia o de lucidez? No, en absoluto. Era la trivialidad de todos.

Dos días después de su encuentro, su deseo de volverla a ver había aumentado. No la vio en la avenida donde la estuvo aguardando como el día antes, sino únicamente en el comedor, a las horas de las comidas. Y entonces, ya, se confesó a sí mismo que aquella pequeña victoria sobre sí misma tenía sus ventajas, ya que sin ella no hubiera tenido ninguna ocasión de volverla a ver. Y reconoció que se alegraba. E incluso llegó a decirse que, por lo demás, si ella no hubiera superado la turbación que en ella provocaba la visión de cosas parecidas a aquella obra, probablemente no hubiera podido vivir hasta su encuentro. No cabía duda de que, a fuerza de huir de todas las cosas de aquel género, no hubiera podido encontrar finalmente otro refugio que la propia muerte.

No, también ella tenía su cordura. Y era preciso reconocer, en definitiva, que la posibilidad que él tenía de volverla a encontrar dependía precisamente de aquella parte de ella que al principio había juzgado un poco lamentable al volverla a ver a la mesa el día siguiente al de su encuentro, es decir, de aquello que le había parecido poder designar como su imperfección.

Y si, a pesar de todo, le quedaba aún algo de aquella primera y ligera decepción, no era sino a trueque de que ésta hubiera cambiado de carácter. El hecho de que ella no hubiera resultado ser exactamente según él la deseara el primer día después de su encuentro, ese ligero defecto, la hacía más singular a sus ojos, más próxima, por lo mismo que indudablemente era más real. Y en el fondo, su existencia resultaba más asombrosa aún. De tal modo que aquel encuentro, insensiblemente, dejaba de ser, para el hombre, un acontecimiento de su espíritu para pasar a ser un acontecimiento de su vida. Había dejado de verla como espectador exigente, de los que no se conforman sino con la perfección, siendo así que semejante perfección sólo puede esperarse del arte.

Su deseo de conocerla crecía de día en día, y aun de mediodía en mediodía.

Ello se debía sencillamente a que había tenido la valentía de aceptar una primera desilusión, como ella había tenido la valentía de aceptar la obra. Pero la complicidad ideal que nacía de aquella pequeña mengua común de valor compensaba ampliamente tal decepción. O mejor aún, eso mismo, esa decepción del primer momento, se convertía en algo alentador. El mero

Librodot

hecho de que hubiera sido posible ya bastaba.

Aun cuando hubiera llegado bastante rápidamente a ver las cosas de ese modo, no por ello dejó de hacer como si todavía esperara poder asistir de nuevo al espectáculo iniciado la otra tarde. Empezó a aguardarla todas las mañanas y todas las tardes, en la avenida, de cara a la obra. La muchacha, empero, no pasaba. Pero él se obstinó, llegando exactamente frente a la obra, como si no hubiera querido perder una sola probabilidad de ver continuar la acción empezada, en el escenario mismo en que empezara. Tres días pasó haciéndolo así y durante aquellos tres días sólo la vio a las horas de las comidas, de lejos. Nunca apareció por la avenida.

Las mesas del comedor estaban dispuestas en seis filas, a cuatro por fila, de un modo regular, en una espaciosa sala prolongada por un mirador de cristales. El tal mirador tenía forma de rotonda y las mesas que había allí, más pequeñas que las del comedor, estaban reservadas a los clientes que estaban solos. Su disposición era en círculos concéntricos, siguiendo la forma de la rotonda. En una de esas mesas se hallaba la muchacha. Y también allí estaba la que ocupaba el hombre; pero, por fortuna, en el lado opuesto y hacia el interior. De tal modo que la muchacha, que se encontraba en plena luz contra la vidriera, tendía naturalmente a mirar hacia afuera, hacia los campos de tenis que se extendían ante el hotel, y todavía podía darse menos cuenta de que la observaban.

A la mesa próxima a la de la muchacha se sentaba una señora sola, con su niño. Era una criatura caprichosa a quien su madre estaba casi a cada momento divirtiendo o regañando, alternativamente, para que comiera. A veces, sin embargo, el niño se olvidaba y se ponía a comer por sí solo. La muchacha observaba entonces la distracción del pequeño con tanta atención que el hombre podía permitirse mirarla sin el menor reparo. Luego, cuando el niño se levantaba y empezaba a jugar por entre las mesas, la muchacha dejaba de prestarle la menor atención.

Aparte de esos momentos, el hombre la miraba de tal modo que hubiera sido difícil que ella se diera cuenta. Además, la colocación de las mesas que ambos ocupaban la situaba dentro de su campo de visión, permitiéndole mirarla sin volver la cabeza. Le bastaba con levantar los ojos para divisarla en el último término, de perfil, entre otros dos huéspedes. Éstos no le estorbaban apenas. Se hallaban de cara a la muchacha, de modo que no podían observar la mirada del hombre, que pasaba por en medio de los dos, y no hacían sino protegerla aún mejor. El hombre se decía que ella se fijaba muy poco en las cosas en que uno suele fijarse, como por ejemplo, en su mirada, pues, por hábil que fuera y por bien protegida que estuviera, otra se hubiera dado cuenta. La muchacha, no. A pesar de todo, el hombre tomaba grandes precauciones para que no se diera todavía cuenta de la vigilancia a que él la sometía.

Esas comidas le brindaron ocasión para hacer respecto a ella muchas observaciones. Para observar, por ejemplo, su modo de comer. Comía con apetito, atenta y regularmente. Que con aquel cuerpo tranquilo, regularmente ávido de alimentos, hubiera rechazado la visión de las obras, era algo que al hombre le complacía. Que aquel temor se hubiera infiltrado precisamente en aquel cuerpo, que aquella salud se hubiera aliado a aquella negativa, era algo que le exaltaba. Cada vez que lo comprobaba de nuevo, a la hora de las comidas, se entregaba por un instante al mismo arrobamiento, a la misma tranquilizadora impresión. Era maravilloso que una sensibilidad

Librodot

tan rara tuviera a su servicio tanta fuerza generosa y natural. Así, su mismo miedo, en lugar de tomar quién sabe qué morboso cariz, venía a ser como el extremo más precioso de aquel impulso de vigor animal, de aquella avidez de la cual la muchacha era también capaz de brindar el espectáculo.

De igual manera que comía, con insistencia, con avidez, a veces miraba también con los ojos del cuerpo cuanto ocurría en torno a ella en el comedor. Sus ojos se posaban, se retiraban, volvían a posarse y escrutaban con una especie de suavidad que hubiera podido hacer creer que padecía una ligera miopía. Pero no se trataba, el hombre estaba convencido de ello, más que de una especie de segunda mirada que seguía a la primera, la cual era, por el contrario, asombrosamente clara. Más bien se habría dicho que la muchacha examinaba regularmente, en cuanto había observado algo, el efecto íntimo que lo que acababa de ver le causaba. Y luego volvía los ojos hacia afuera, hacia los campos de tenis y los dejaba vagar por allí. Cualquiera que fuese la escena, la cosa o el rostro que había mirado, al cabo de un momento lo dejaba para mirar hacia el tenis. Los campos de tenis eran seis, agrupados de tres en tres en un inmenso cuadrilátero cerrado por telas metálicas. En general estaban ocupados toda la mañana y toda la tarde hasta última hora. Sin embargo, a veces, incluso durante el almuerzo había aficionados que seguían entrenándose. El comedor del hotel estaba ligeramente más alto, y desde él se podían oír las frases impersonales y mecánicas de los jugadores anunciando los tantos, atenuadas por la distancia pero aun así muy claras. Uniformemente vestidos con pantalones blancos y camisas de manga corta de igual color, apenas se distinguían unos de otros y, a aquella distancia, sus respectivos méritos se anulaban, confundiéndose en el constante ir y venir de sus pelotas, el espejeo de sus raquetas y sus gesticulaciones aparentemente gratuitas. Siempre había espectadores junto a las vallas de tela metálica, siguiendo detenidamente uno u otro de los partidos que se jugaban. Pero desde el hotel sólo se podía apreciar el conjunto del espectáculo. Los demás días, mientras comía, el hombre miraba de vez en cuando los «courts», como tantos otros clientes del hotel, preferentemente los que estaban solos. Ahora todavía seguía mirándolos. Pero mientras, hasta entonces, sólo había percibido lo absurdo del espectáculo, ahora le gustaba verlo: continuamente allí, a todas las horas del día, en el ejercicio de una especie de lúcida pasión, los jugadores se instalaban naturalmente en la interminable y exaltante duración de su espera.

En el interior, parecía que ella, cuando no miraba al niño, mirara sobre todo a los hombres, especialmente a los que tenían sus mesas en la rotonda. Pero no parecía aún haberse dado cuenta de él. Su mesa se hallaba al otro extremo, un poco retirada hacia la entrada del comedor y, aunque ya fuera de la penumbra interior, ocupaba el lugar más discreto de aquella jaula luminosa. Sin embargo, estaba allí con ella, él a quien ella esperaba y que le estaba destinado. La muchacha sin duda ignoraba todavía que él se hubiera fijado en ella, que existiera un hombre a quien ella convenía. Cuando miraba a los demás, el hombre se alegraba. Sabía que ninguno de ellos podía gustarle por completo. A él, en cambio, le bastaría, para hacérselo comprender, con surgir en la rotonda, mirarla y sonreírle de modo que ella pudiera darse cuenta de que aquella sonrisa era la misma que la del otro día junto a la obra, y que sólo se había interrumpido porque él había querido no dejarlo adivinar, pero que en realidad no había dejado de caminar

Librodot

entre ellos, como un invisible manantial, desde el primer día. Esa ignorancia aparentemente total de lo que había ocurrido entre ellos tres días antes, a propósito de la obra, la aureolaba con una facultad de olvido que a él le hacía el efecto de una ingenuidad adorable y que sólo era sensible para él. Era necesario que ella supiese al menos que sólo podía ser sensible para él.

Tales observaciones le reconfortaban. Además, cada una de las observaciones que pudo hacer acerca de ella durante aquellos días le tranquilizó. También le extrañaron porque todas ellas contribuían a hacerla más parecida a tal y como él había deseado que fuera desde el primer día. Decididamente, lo era. Lo era tanto como era posible serlo, sin haber huido del hotel.

Desde su encuentro, el hombre no había oído más su voz, pero las palabras que pronunciara en la avenida, frente a la obra, y el orden en que las había pronunciado, volvían a menudo a su memoria. No se detenía en buscarles sentido: eso era ya inútil; sino que probaba una y otra vez a volverlas a oír impregnadas de su voz, de su mirada, del andar de su cuerpo a su lado en el momento en que las pronunciaba. Si había tenido la suerte de oírlas fue porque se encontraba allí, junto a la obra. Pues cualquier otro que él la habría hablado la otra tarde; a cualquier otro le hubiera sido imposible obrar de otro modo. Y ella, a su vez, habría contestado a quienquiera que se hubiera encontrado allí, en su lugar, y que aquel día le hubiera dirigido la palabra. Pero cualquier otro hombre quizás no hubiera aguardado como lo había hecho él la primera tarde y sobre todo como lo estaba haciendo después, para volver a hablarle. Por ello creía que ella no había podido tener mejor suerte que la que tuvo con él, para confesarle lo que le había confesado, y que nadie podía mejor que él recoger confesiones semejantes.

Habían transcurrido cinco noches y cinco días desde su encuentro. Cuando ella se iba después del almuerzo, él no la seguía. Sólo la veía a las horas de las comidas. Eran ya nueve las veces que ella se había sentado a su mesa en la rotonda y que él la había observado. Nadie más que él en el hotel parecía haberse fijado todavía en ella.

Cuando él llegaba al comedor, ella ya estaba. Durante cinco días estuvo en todas las comidas y siempre llegó primero. Siempre sola a su mesa. Aparentemente no tenía nada de particular. No era precisamente hermosa. Y su modo de portarse no era el de una mujer que se sabe hermosa o que desea parecerlo. En el hotel había otras muchas mujeres más hermosas y a quienes los hombres se dirigían. Ella las miraba y, como todo el mundo, debía sin duda de encontrarlas hermosas, ignorando que ya era para él mucho más hermosa que las más hermosas de entre las que a ella le parecían tales. ¿Cómo era? Alta. Tenía el cabello negro. Sus ojos eran claros, su modo de andar algo pesado y su cuerpo robusto y aun quizás algo macizo. Llevaba siempre trajes claros, como las demás mujeres que como ella habían ido a pasar las vacaciones al borde de aquel lago.

A decir verdad, jamás la había visto muy bien, o nunca de bastante cerca, con excepción de la primera vez, pero entonces fue en la sombra. Y todo cuanto hubiera podido decir con seguridad es que una vez le había visto los ojos, o por mejor decir la mirada, cuando la apartó de la obra. Y ya no la podía olvidar. Se decía que no recordaba haber visto a nadie, antes de ella,

Librodot

que se sirviera de la mirada con tanta naturalidad. No creía engañarse. «¿Y por qué no? —se decía—. ¿Por qué no había de ser la primera vez?»

Todas las mañanas y todas las tardes, con un libro en la mano, se pasaba varias horas viendo cómo adelantaban las obras. Seguía esperando que ella volviera hacia la avenida, hacia su espanto. Pero la muchacha no volvía aún.

La construcción de las nuevas paredes progresaba, pero todavía se veía muy bien el interior de la obra. Una parte era evidentemente antigua. Se distinguían muy bien, por un lado, el antiguo recinto, y el espacio completamente ocupado que encerrara, y por el otro, el recinto nuevo, con su espacio virgen aún, que nada indicaba que hubiera de emplearse algún día, excepto el hecho de que cada vez estaba delimitado con mayor precisión por las nuevas paredes con que los obreros prolongaban las antiguas y que evidentemente deberían cerrarse alrededor de aquél por medio de otra, cuyo futuro emplazamiento no quedaba todavía marcado con certeza.

Eran unas obras como tantas otras. De curioso destino, eso sí, que demostraba a maravilla el desarrollo de la virtud de la previsión en el hombre, por cuanto la misma resultaba ejercitarse allí con una placidez bastante sorprendente, después de todo. Los obreros que allí trabajaban se comportaban con tanta naturalidad como si hubiesen estado dedicados a otro trabajo cualquiera de cavazón o de albañilería.

Incluso se mostraban más bien alegres y tranquilos. A veces, uno u otro liaba un cigarrillo y se lo fumaba, sentado en una piedra. Tales momentos eran, aparte del almuerzo a mediodía, sus únicos ratos de descanso. Había obreros que acarreaban arena y piedras del torrente seco que bordeaba la avenida, y los había que preparaban la argamasa. Otros tendían cordeles con gran minucia. Sólo éstos parecían animados por una misteriosa voluntad. Sólo ellos sabían hasta dónde debía extenderse la nueva construcción y qué estaba destinada a albergar. Tendían cordeles de un punto a otro del prado, más allá de los límites de la construcción antigua. Luego, otros obreros empezaban a cavar a lo largo de los cordeles tendidos. Una parte del prado se hallaba ya cerrada por el conjunto que formaban los muros, las zanjas y los cordeles. La obra se reducía a la construcción de aquellos muros que pretendían encerrar para siempre una parte del prado. La porción que se había decidido encerrar así era poco más o menos de igual importancia que la que el antiguo recinto había contenido hasta entonces. La pared que había sido derribada permitía ver perfectamente esa parte antigua, totalmente utilizada y adecuada en cada uno de sus metros cuadrados a un mismo destino, que cumplía poco a poco según un ritmo imprevisible pero fatal.

Lo que aquellos obreros estaban haciendo estaba claro desde hacía mucho tiempo para el hombre, el cual no experimentaba la menor congoja viéndoles trabajar. A lo sumo cierta amargura se mezclaba a su tranquilidad cuando se daba cuenta de lo profundamente tranquilo que estaba. Por su edad y por razón de su experiencia, no tenía tendencia a turbarse por tan poca cosa. Pero ahora hubiera sido menos susceptible de ello que nunca, pues desde su encuentro con la muchacha aquel trabajo no era para él lo que en realidad era. No le encontraba significado ninguno independiente de ella. Era, ante todo, la obra que la había turbado a ella. Los agrimensores

Librodot

eran sus cómplices. Los golpes de laya de los obreros cantaban a sus oídos, e incluso el nombre de la muerte que evocaban era para él un canto a la turbación de ella. Dicho de otro modo, el pensamiento de que podía turbarla hasta tal punto la tranquila visión de semejante cosa exaltaba al hombre mucho más de lo que, a partir de aquel momento, pudiera molestarle la vista de aquella obra. Sin duda, las razones de aquella turbación, hubiera podido decirlas, pues las conocía tan bien como se conocía a sí mismo. Hubiera podido decirlas extensamente, pues todas aquellas razones dormitaban en él, como sin duda en cualquier hombre, en el lento balanceo de los días de su vida. Pero, que existiera un ser a quien le resultara imposible soportar la visión de aquella obra, le ponía a cubierto de la tentación que quizás hubiera tenido, de no haberse producido aquella imposibilidad, de experimentar a su vez otra de igual género, y de repetirse en vano sus razones.

El hecho de que ella lo hubiera visto le relevaba de la obligación de verlo a su vez. Era una suerte, se decía, ver así una cosa según la veía otro.

Así, poco a poco, el hombre se iba oscureciendo. Dejando el mundo de las ideas claras y de los significados claros, iba hundiéndose lentamente cada vez más en las selvas rojas de la ilusión.

Liberado de una realidad que, si sólo le hubiera concernido a él, le habría subyugado, el hombre tendía cada vez más a no ver en las cosas más que signos. Todo se convertía en signo de ella o para ella. Signo de indiferencia de ella para con él o para con las cosas. Le parecía que la muchacha filtraba, por así decirlo, sus días y sus noches, que ya sólo llegaban hasta él transformados por la manera como imaginaba que ella los vivía.

Desde hacía dos días, no obstante, cuando el hombre entraba en el comedor y ella estaba ya en su sitio, todavía no servida, la veía volver maquinalmente la cabeza hacia él, aunque sin acabar de fijar en él la mirada. En la indiferencia de aquel mirar incierto, el hombre comprendía que ella no juzgaba conveniente reconocerle. ¿Le reconocía, más o menos? Acaso ni siquiera conservaba el recuerdo de aquel encuentro. Cosa rara, casi se alegró de que no le reconociera. Se dijo que si tenía que reconocerle, quizás era preferible que fuera en otra ocasión. De ese modo, ella le dejaba la iniciativa. Le reconocería cuando él quisiera. Y como estaba seguro de que tarde o temprano había de ser así, se dejaba llevar por la sensación, que no dejaba de infundirle cierto miedo, de que sólo de él dependía, en absoluto, que se produjera un acontecimiento totalmente necesario. Ello le hacía perder algo de su habitual pereza.

Cada vez que penetraba en el comedor, temía que, en el entretanto, ella se hubiera marchado del hotel. Pero ella estaba cada vez allí, y él suponía que se quedaría algún tiempo aún, puesto que había llegado sólo algunos días antes de su encuentro. A pesar de todo, estaba intranquilo. ¿De cuánto tiempo disponía todavía?

La cuestión de esa marcha posible a cada momento se le planteó cierta noche de un modo particularmente preciso. Pensó en todas las razones que ella tendría para marcharse. Estaba la proximidad de la obra, y estaba también el aburrimiento de sentir que nadie compartía con ella aquel malestar. El hombre se echó en cara no haberle hablado todavía, prolongando así el dudoso placer que le producía el no decidir nada. No tenía el menor pretexto para retrasar el momento. Sencillamente, siempre era

Librodot

posible dejar aquel momento para más tarde. Al pensarlo aquella noche tuvo miedo. Al pensar que quizás no conocería nunca a la muchacha, el fantasma de su propia forma solitaria surgió de las tinieblas, y el hombre tuvo miedo de odiarse si llegaba a encontrarse en un abandono tan completo, y por su propia elección. Le hubiera gustado que aquel miedo se desarrollara y se precisara, pero el miedo se burlaba de él y no hubo modo de lograr aquel deseo. Quizá se trataba en realidad de una reaparición, bajo un nuevo aspecto, de aquel miedo que gracias a ella no sentía ante la obra. Sí, era muy posible que aquel miedo nocturno fuera la misma cosa que el miedo que ella, por su parte, sólo sentía ante la obra.

Acabó por tranquilizarse. Se dijo que ella no podía marcharse antes de que entre los dos ocurriera algo, y que ello no podía ya tardar, y que el miedo que acababa de sentir era precisamente uno de los signos de que aquel momento se acercaba. Pero requirió más tiempo que de costumbre para recobrar la serenidad.

Al día siguiente, después del almuerzo, se halló no lejos de ella en el salón de fumar. En general, ella no se demoraba después de las comidas y se volvía a su habitación o salía en cuanto había terminado. Aquel día, quizás por aburrimiento, se quedó un rato.

Estaba de espaldas a él, y la vio que llevaba el pelo negligentemente anudado cerca de la nuca. Era la primera vez, desde su encuentro, que la tenía tan cerca. La primera vez que estaba tan próxima a él que le hubiera bastado un gesto para tocarla. No pensó seriamente en hacer tal gesto, pero sí se le ocurrió que hubiera podido, por ejemplo, de haberlo querido, al levantarse para salir del salón de fumar, rozar el codo de ella, que reposaba en el brazo de un sillón. No hizo ese gesto. Se quedó sentado donde estaba. La miraba, miraba aquel pelo descuidado, aquel pelo que ella descuidaba. No creyó que aquellos cabellos estuvieran menos cuidados aquel día que otro cualquiera. Por el contrario, pensó que siempre debían de estar igual. Aquel pelo debía estar siempre a punto de desatarse. Cuando ella movía un poco la cabeza, su masa hacía el mismo movimiento, acariciándole la nuca, sólo parcialmente oculta.

En un momento dado ella se inclinó hacia adelante y el pelo se le levantó. El hombre pudo ver que el cuello de su blusa estaba ligeramente sucio, en el interior, por el roce con la piel.

Ello le produjo de pronto una grandísima emoción. La visión de aquel cuello rozado y sucio, de aquella nuca medio oculta por los cabellos, de aquella ropa, de aquellos cabellos y de aquel cuello que la podían ensuciar, todas aquellas cosas que sólo veía él, que ella no sabía que viera y que él veía mejor que ella, todo le hizo revivir la situación que conociera la tarde de su encuentro, frente a las obras. Era como si hubieran sido dos los que vivían en aquel cuerpo que ella tenía y como si ella lo ignorase todavía en aquel momento.

Durante la noche que siguió a aquel día, el recuerdo de aquel minuto adquirió en él el ritmo del deseo. Ya no vio sólo en él el signo de una negligencia que coincidía con lo que de ella imaginara. Aquel detalle le daba una realidad inmediata de la que hasta entonces había carecido y a cuyo pensamiento él supo que ya no podría escapar. Sin duda él la había estado deseando desde el primer día, desde el primer momento, desde que los dos se habían encontrado solos en la avenida, en la sombra. Pero aquel deseo, ahora, se había avivado repentinamente tanto que el hombre llegó a desear

Librodot

que todavía sintiera menos apego del que sentía por la vida que se vivía en ella. Así, llegado el momento, podría sorprenderla aún más enteramente, usar de ella más plenamente aún, disponer más totalmente de aquel cuerpo que había permanecido hasta entonces en aquel soberano descuido en que él lo había sorprendido ya.

Aquella noche le fue difícil dormir. Estuvo considerando su propio cuerpo herido por el deseo. Verlo, era ya como si viera el de ella, como si los brazos de ella hubieran pasado a los suyos. Se abandonó. Su cuerpo, dotado de voluntad y de palabra, decía serenamente que la deseaba. Lo decía con mucha mayor serenidad de la que hubiera tenido él. Entonces, como jamás hasta aquel momento, el hombre se sintió unido a sí mismo por efecto de una violencia calmada y tranquila.

No estaba tan ciego que no se acordara de haber experimentado aquel mismo sentimiento con respecto a otras mujeres. Con todo, estuvo contento de sentirse capaz de volverlo a experimentar, y esta vez con una plenitud de la que no encontraba ni intentaba encontrar en su memoria ningún equivalente. Y tampoco le desagradaba ser todavía capaz de creer que jamás había conocido más que palidísimas premoniciones de lo que hoy estaba viviendo.

Aquella noche, sin embargo, no bastó para hacerle tomar la decisión de dirigirle la palabra. Es cierto que la vida del hotel le brindaba pocas ocasiones de hacerlo. Pero todavía no lo había decidido. No se trataba de su habitual flojedad. Era como si de golpe hubiera gustado el filtro de la paciencia, la voluptuosidad de la paciencia.

Después de almorzar, más de la mitad de los clientes del hotel se reunían en el salón de fumar y pasaban allí parte de la tarde. También ella parecía ahora haberse acostumbrado a quedarse un rato. Pero aquel lugar no le parecía propicio al hombre para hablarla de un modo que les conviniera a los dos. Aun a trueque de arriesgarse a perderla no hubiera querido correr el riesgo casi igual, en su opinión, que suponía hablarla en público y llamar la atención sobre ella. Todavía nadie en el hotel parecía haberse fijado en aquella mujer que se encontraba sola entre todos. Es verdad que nada había en ella que pudiera atraer una mirada desinteresada; nada si no era, en todo caso, el ligero descuido de su traje y de su porte. Pero tampoco nada impulsaba a creer que estuviera decidida a rechazar todo contacto. El interés incomprensiblemente escaso que la muchacha despertaba tranquilizaba al hombre respecto al carácter perfectamente secreto de la atracción que ejercía sobre él y sólo sobre él. El hecho de que fuera tan poco notable a primera vista no hacía dudar de ella, ni mucho menos; pero también había algo extraño en aquella especie de incógnito. En efecto, no sólo los demás ignoraban su existencia, sino que ignoraban también que él la conociera. Y como consecuencia, él no sólo no se atrevía a romper aquella especie de hechizo que la permitía pasar inadvertida, como si gozara del don de la invisibilidad, sino que se consideraba unido a ella por una especie de complicidad extraordinaria, dado lo escaso de las relaciones que entre ellos habían existido.

No, aunque fuera exponiéndose a perderla, jamás le hubiera hablado en público. Tan raros como los lugares eran los instantes que el hombre juzgaba propicios para tal encuentro.

Ahora, las horas más favorables le parecían ser algunas de la noche, aquellas en que el hotel permanecía silencioso, horas antes del amanecer,

Librodot

cuando los roncos ladridos de los perros entraban por la ventana abierta, confirmando aún más la certidumbre de la noche. Aunque siguiera aguardándola regularmente en la avenida, parte de la mañana y de la tarde, ahora creía que las horas más convenientes eran aquellas últimas de la noche, las más desiertas. En aquellos momentos el hombre, estremeciéndose, desvelado, se levantaba, como si las evidencias nocturnas le hiciesen poner de pie. Y erguido en la oscuridad, medio desnudo, lamentaba no lograr encontrar que cupiera entre las cosas posibles el entrar en el cuarto de ella y decirle: «Perdone usted, soy ese huésped del hotel, ¿sabe usted?, que...»

Pese a todos los obstáculos imaginarios o reales que le separaban de ese segundo encuentro, pero tanto más insuperables cuanto que le parecían depender quizá únicamente de las suposiciones que él sabía que infaliblemente haría, no perdía las esperanzas de lograr su propósito. Antes al contrario, si dejaba de pensar en él y de hacerse preguntas, volvía enseguida a tener la certeza absoluta de que cada día se hallaba más cerca. Entonces sabía que si cedía a la impaciencia y rompía el hechizo, obedeciendo a los imperativos nocturnos, perturbaría la marcha de una necesidad, por lo demás ineluctable, que trabajaba en su favor. Pero sólo lo sabía en los momentos en que había dejado de pensar en ello.

El término de su existencia, al mismo tiempo, le parecía haberse aproximado de un modo curioso. Durante las últimas semanas, cada vez que pensaba en él, aquel término se confundía con un plazo a la vez más alejado y más seguro. Ahora, se confundía con el momento en que la conocería. Ese momento estaba próximo, pero el término, en sí, era cada vez menos probable. El hombre dejaba de comprender el significado de todo ello. Como si, en aquel momento, se dispusiera a durar tal y como era, a sobrevivirse, relevado de todos sus deberes y de todos sus cuidados.

Su porvenir se abría sobre una especie de duración oceánica. Y él se presentaba liberado incluso de aquella obligación de esperar, que ordinariamente no se desvanece sino en el momento de la muerte. Sin duda no hay por qué esperar cuando se tiene ocasión de perder la vida en la muerte, o en otra persona. Y hubiera podido creerse, desde fuera, que el hombre se abandonaba verdaderamente a la desesperación, que ya no tenía ante sí más que el último de todos los plazos: la muerte. Ya no se soportaba más que a solas, huía de todas las personas que había conocido en el hotel, comía como en sueños, permanecía días enteros contemplando las obras y en su rostro se dibujaba la inmóvil crispación de las congojas mortales. Tal vez sería porque ella estaba tan familiarizada con la muerte. El momento en que la alcanzaría había pasado insensiblemente a sustituir en él al verdadero plazo de la muerte. Sin duda por esta misma razón, en cambio, aquel momento no le parecía implicar ningún porvenir.

Seguía ignorando si ella se había fijado en él. Nada, en su actitud, podía hacerlo creer. Esa incertidumbre no le preocupaba, en realidad. Estaba seguro de que ella le aceptaría, de que ella aceptaría a quienquiera que la aceptara a ella imperiosamente. Y sobre todo a partir del horror que ella sentía por las obras. En este punto estaba tranquilo. La creía incapaz de hacer nada para llamar la atención, pero no la creía tampoco capaz de escoger. Sus preferencias, como sus terrores, debían de ser súbitas, pasivas e insuperables.

Cuando por la noche volvía a su cuarto, el hombre llevaba tras sí,

Librodot

ahora, un día fecundo. Todas las noches llevaba consigo algo de ella. Y permanecía despierto hasta muy tarde.

Cada noche volvía a inventarla, a veces a partir de los aullidos de perros tenebrosos, otras veces a partir de la rugiente ascensión del alba o simplemente de su mano vacía que vagaba a su lado, en la cama.

No hacía nada. Ya no leía. Los libros que se había llevado consigo, no los abría ya. Era incapaz de pensar ni un momento en nada que no fuera aquel acontecimiento en curso de su propia historia. Cualquier otro, por grande, noble y considerable que fuera, le resultaba insuperablemente diferente.

Si algunas veces se sentía culpable en este sentido, no carecía tampoco de cierta satisfacción. La había encontrado por casualidad, al atardecer de un día cualquiera, y se había iniciado en su drama en el momento en que éste alcanzaba su expresión más fuerte, dentro de la mayor sencillez. Por la ingenuidad digna de amor que suponía, ese drama poseía no sólo una anterioridad abrumadora respecto a todos los demás, sino también, a sus ojos, la primacía propia de lo menos enunciado sobre lo enunciado. Nada podía hacer ante ello. Además, el goce que experimentaba al comprobar que descuidaba los demás dramas en favor de aquél era también el placer de un desquite. Y llegaba a decirse que la complacencia con que hasta entonces se inclinara sobre los de los demás quizá sólo se debía a la ausencia de drama en su propia vida.

Lo que de ella sabía, poco, asombrosamente poco, le había bastado para conocerla. A causa de aquella obra que había allí, junto al hotel, todo cuanto ella tenía que decirle, se lo había dicho con la perfección de las confesiones sencillas. En verdad todo era sencillo. Por lo mismo, el hombre pensaba que cuando se encontrarían, sus palabras estarían lejos de adquirir la misma importancia que sus gestos o sus miradas.

Y ocurrió como él había pensado.

Ella volvió a pasar por la avenida.

Faltaba poco para las doce. Los obreros no habían aún abandonado el trabajo. La muchacha abrió la verja y echó a andar por la avenida donde el hombre la estaba aguardando desde hacía diez días, todas las mañanas y todas las tardes. Cuando apareció, el hombre tuvo la certeza de no haber jamás dudado de que volvería. Desde el primer día, sabía que no resistiría a la necesidad de ver de nuevo aquella obra, tan cerca del hotel. Y por fin supo por qué, a pesar de las razones que había estado dándose, había persistido en aguardarla en la avenida.

Mientras ella se adelantaba hacia él, él permaneció tendido en su «chaise longue».

Esta vez, fue ella la que se detuvo ante él. Miró a los obreros y no anduvo más lejos. Daba la impresión de que se esforzaba por contenerse. Su mirada no era la misma que la de la tarde de su encuentro: era menos fija, pero más tensa, más controlada.

Hacía un día espléndido en todo el valle. Los obreros trabajaban al sol. Algunos se habían quitado la camisa y acarreaban la arena desnudos de cintura para arriba. El trabajo estaba muy adelantado. Los cimientos de los muros se habían echado hacía ya unos días, y sólo faltaba terminarlos, elevarlos y consolidarlos. Ya no había nadie que tendiera cordeles.

—Continúan —dijo la muchacha.

Su voz tenía ahora un acento desesperado. El hombre no la miraba.

Librodot

Miraba la obra, lo mismo que ella. Ya no veía el trozo de prado nuevo encerrado entre las paredes. Aquello era algo que estaba terminándose, que había ocupado ya su sitio en el valle. La ausencia de los hombres que tendían cordeles hacía que ya no se plantease como un problema por resolver o como una cuestión difícil.

—Por lo menos han traído veinte carretadas de tierra —dijo la muchacha.

El hombre dejó de mirar y se volvió hacia ella.

—Las paredes son ya demasiado altas —dijo—, y no se puede ver nada.

Pareció que la muchacha intentara recordar algo. El hombre comprendió que olvidaba las obras y probaba a acordarse de él como él se acordaba de ella. El hombre la miraba y sonreía. Ella sonrió también y empezó a mirarle a su vez, a mirar y a mirar a aquel hombre que se acordaba.

—Es verdad —dijo la muchacha.

Seguía mirándole con exagerada atención, sin dejar de sonreír. También él sonreía y la miraba, pero menos directamente. Aquel no era su papel, y además hubiera sido incapaz de desempeñarlo. Sabía que ella estaba descubriendo que él la recordaba perfectamente. Se dijo que debía de estar un poco pálido, y que ella observaba que estaba pálido. Mientras le miraba, la muchacha parecía esforzarse en comprender por qué se acordaba de ella con tanta intensidad.

Cuando la muchacha echó nuevamente a andar, tomó la dirección del hotel. No se adentró más en la avenida. Manifiestamente había olvidado por qué había ido; había olvidado la obra. El hombre sintió deseos de alcanzarla y gritarle que la existencia de cosas como aquellas obras era una suerte, una felicidad. No lo hizo. No pudo ni gritarle que se quedara ni levantarse para probar a alcanzarla. También esta impotencia era extrañamente satisfactoria. A cada latido, su corazón le quemaba.

A partir de aquel día se saludaron.

Cuando él entraba en el comedor, ella le sonreía con una ligera inclinación de cabeza. Sin embargo, no se acercaba a su mesa, como tampoco él iba a la de ella.

Quizá le hizo esa señal de reconocimiento cinco veces en los tres días que siguieron a su segundo encuentro. Su sonrisa no fue nunca la misma. La primera vez que volvió a verla, fue en el comedor, como siempre, unas horas después de su paso por la avenida. Ella le sonrió. Su sonrisa era tímida y como si pidiera ánimos para sonreír más, ánimos que no vinieron. Aquel día, pues, la sonrisa se apagó y no se repitió. El hombre estaba seguro de que aquella primera sonrisa intentaba agradar y, al mismo tiempo, preguntaba, no sin cierta torpeza. La muchacha no debía de estar aún segura de lo que había empezado a haber entre ellos.

Y en la sonrisa que le dirigió aquella misma noche, a la puerta del salón de fumar, el hombre observó que la incertidumbre había crecido y que casi rayaba en el desconcierto. Hizo por fomentarla más aún, fingiendo cierto desparpajo respecto a ella. Desde el momento que ella lo sabía, pues ahora lo sabía, la demora del hombre antes de hablarla no era igual que la de los días anteriores, sino de un carácter completamente distinto. Era una demora

Librodot

que le concedía para permitirle, a su vez, impacientarse y reunirse con él gracias a un ligero esfuerzo por tener paciencia. Pero la muchacha no tendría jamás tanta como él. Precipitaba las cosas, y el hombre se dijo que, hiciese él lo que hiciese, su último encuentro ya no podía hacerse esperar.

El día siguiente a su segundo encuentro, la muchacha volvió a sonreírle al entrar él en el comedor. El hombre comprendió enseguida que ella sabía claramente en qué terminaría aquello. Si todavía dudaba, no sería sino de la actitud que él debía de desear que ella tomara a sus ojos. Aquel día, la muchacha hizo como quien no sabe cómo se baila. Aguardaba en la pista desnuda del silencio que él mantenía mientras la miraba hacer, sin consentir en darle todavía ninguna indicación acerca de la manera.

Ni aquel día ni el siguiente intentó ayudarla. Ya no la aguardaba en la avenida.

Durante las comidas, ella parecía animada y algo intranquila. Lo único de que no debía dudar era de que le convenía. Parecía estar contenta. Una impaciencia fecunda la incitaba, haciéndole levantar los ojos hacia el hombre en una espontaneidad casi brutal.

Aquel día, el hombre pudo comprobar que los demás hombres del hotel empezaban a verla.

El tercer día, su sonrisa fue grave y un poco falsa. Hubiera podido hacer creer al hombre que ella intentaba hacerse cómplice de su silencio porque finalmente había comprendido el lento poder de su espera y la eclosión final que encerraba. Pero aquella sonrisa se borró del rostro de la muchacha en cuanto ésta comprobó que él no correspondía con ningún signo de aprobación.

Al final de la comida, que para ella hubiera podido representar una derrota, el hombre la miró por fin de un modo tan significativo, con una insistencia tan seria que ella no pudo dejar de comprender que ya era inútil sonreír de aquella manera, que todo esfuerzo por agradarle era vano y fútil, y que su encuentro ya no dependía más que de una duración que no había llegado aún a su término y cuyo curso hubiera sido inútil interrumpir ya que ponerle fin antes de tiempo hubiera podido significar una derrota más grave aún que aquella a la que acababa de escapar.

Ya no se tomó el trabajo de sonreír. Desde entonces se limitó a aguardar. Y desde entonces tuvieron, por hacer como que no se conocían, el mismo cuidado que si en aquel hotel de veraneo, en pleno estío, y a pesar de que los dos estaban totalmente libres, el amor hubiera estado castigado con la muerte.

Sin embargo, ella, evidentemente, ya no se interesaba sino por él. Ya no miraba a la criatura que la había cautivado. No hacía ningún esfuerzo por ocultarle que sólo él le importaba. Los campos de tenis eran lo único que aún seguía mirando, pero quizá no los veía.

El hombre se enteró del número de su habitación: estaba en el piso encima del suyo, al otro lado de donde estaba la habitación de él, de modo que sólo podía ver su ventana saliendo del hotel y dándole la vuelta por detrás. Así lo hizo aquella misma noche en que lo supo. Estuvo fuera hasta el momento en que la ventana quedó a oscuras, y vio que la muchacha se acostaba muy tarde. Y no vaciló en creer que se impacientaba y que no podía dormir con la tranquilidad de costumbre.

Librodot

Durante los tres días que siguieron a su segundo encuentro, el hombre no volvió a visitar la obra. Ni siquiera se le ocurrió. Si la obra había sido útil en un momento dado, ahora yacía en un pasado caducado por completo. Ni una sola vez volvió a la avenida, ni quiso saber si volvía ella para buscarle. Cuando acababa de comer se alejaba del hotel y se iba por el valle. Durante sus paseos, pensaba en ella sin inquietud. Aquellos días nevó un poco en las montañas que se elevaban junto al lago.

Ahora había llegado el final: su espera tocaba a su término. Los dos lo sabían. Lo único que ignoraban era cómo acabaría, cómo saldrían de ella, y cuándo.

Él dormía muy poco. Había adelgazado y cuando se miraba al espejo apenas se conocía. Se encontraba hermoso. Debajo de sus ojos, se marcaban los profundos surcos violeta de la espera.

Ésta no terminó hasta el final del cuarto día.

Aquel día hizo mucho calor en el valle que bordeaba el lago. El día antes, la muchacha se había presentado en el comedor peinada y vestida de un modo distinto al acostumbrado. Llevaba el cabello suelto. El hombre la imaginó sola en su habitación inventando aquel gesto, en el colmo de la exasperación y sin tener la seguridad de nada, inventándolo antes de la hora, con audacia casi varonil. Asimismo se había puesto un traje nuevo, de color encarnado.

De ese modo se irguió frente a él, en la forma y el color exactos del acontecimiento inminente. Aquello era la impaciencia de los dos y el estallido y el triunfo de ella.

El hombre comprendió que la espera de ambos había terminado.

Todavía era temprano. El hombre salió, después de terminada la comida, y echó a andar por los prados que bordeaban el lago, más allá de los campos de tenis.

Había un tiempo que vivir de pronto, antes de mañana. Un tiempo curiosamente prolongado. En efecto, mañana era el día: aquel plazo absorbía en él a todos los demás, incluso a los más alejados.

Desde el camino que había tomado, el hombre veía extenderse un vasto paisaje de aldeas, montañas y prados. También vio, por última vez, las obras. Los obreros habían terminado su trabajo. La avenida estaba desierta. Las cuatro paredes se elevaban ahora a la misma altura. Sólo faltaba blanquearlas. Estaban listas.

Todo plazo alejado. El hombre andaba vagando. Caía la noche. Le quedaba tiempo para volver al hotel, y se sentía con ánimos para vivir largo tiempo fuera de toda razón.

Una vez terminado el almuerzo, la muchacha fue a sentarse delante de él, en el salón de fumar. Seguía llevando el pelo suelto y el mismo traje encarnado que la víspera. Se sentó frente a él, se miraron, y ella fue la primera que rió en voz baja, larga e indiscretamente. Podía ser la risa altanera de la mujer que finalmente puede andar sin desconcertarse a lo largo de las paredes de todas las obras en construcción que hay por el mundo. Pero, sobre todo, aquella risa encerraba algo así como una turbadora vulgaridad que alguien hubiese intentado contener, pero que una matadora audacia hubiera arrastrado. Las risas de la muchacha, hasta entonces, no habían jamás tenido nada que ver con aquélla. El hombre contestó con una risa

Librodot

semejante.

Los clientes del hotel que se hallaban cerca observaron que aquellas dos personas se reían una a otra sin conocerse y que su comportamiento no era ordinario. Se produjo un momento de ligero malestar, y las personas que estaban junto a ellos se callaron.

El hombre miró por la ventana del salón de fumar. Sobre el camino caía un sol blanco y vertical. No se preguntó nada más. Se levantó y se dirigió hacia la puerta y se halló en el camino. Luego echó a andar. Pasó ante la «kermesse» que se había instalado por la mañana y que se estaba edificando entre los gritos de los voceadores y el desplegar de tiendas encarnadas. Muchos puestos estaban ya montados y, a la sombra de la plaza del pueblo, había gente que bailaba a los sones de un «pick-up» atronador. De pie ante una barraca de tiro al blanco, unos cuantos muchachos apuntaban a unos pichones de yeso. Y nubes de niños, pensativos, miraban las maletas llenas de caramelos que se exponían, abiertas, de cara a la carretera, delante de los puestos que los feriantes iban montando sobre caballetes. Una vez hubo traspuesto la «kermesse», a un centenar de metros del hotel, oyó los pasos de ella. Se volvió, pero no dejó de seguir andando. Se rió en silencio: ya lo sabía, que ella era capaz de seguirle.

Y continuó caminando y ella siguiéndole, como era normal.

La hizo caminar largo rato. Él andaba deprisa y ella sin duda tenía que esforzarse por seguirle. A veces el hombre oía su paso rápido detrás de él, y aceleraba aún más el suyo. En el momento en que hubiera podido creer que ella se desanimaba, se volvió sin detenerse. La muchacha estaba inmóvil en la carretera y le miraba alejarse. No tenía importancia: el hombre sabía adonde iría ella luego que hubiese renunciado a seguirle. Precisamente se había detenido al borde del camino a que él había decidido llevarla. Al detenerse, le daba a entender, por lo tanto, que había comprendido que debían encontrarse allí. Cuando se volvió por segunda vez, ya no la vio y comprendió que había torcido. Se volvió atrás para reunirse con ella. Iba riendo.

Era junto al lago, una bahía casi completamente oculta por unos cañaverales. El agua del lago brotaba del suelo y había que descalzarse para caminar. Aquel suelo estaba formado por raíces de cañas, entrelazadas, y sobre aquel humus crecían otras cañas, plantas acuáticas empapadas de agua. Para llegar al lago, el hombre tuvo que abrirse paso campo traviesa, pero para ello no tuvo que hacer más que seguir el rastro reciente de otro paso, indicado por algunas cañas rotas y por otras encorvadas y que todavía no habían vuelto a recobrar su posición. Cuando estuvo en medio del campo, vio entre las cañas, que allí eran casi tan altas como él, otras dos especies de plantas en flor. Las primeras alcanzaban hasta media altura de las cañas y el amarillo de sus flores daba al violeta ardiente de las otras toda su plenitud. El sombrío verdor de las cañas con sus flores de tinta hacía más deslumbradora aún aquella avenencia. Las flores amarillas esparcían a su alrededor una sulfúrea luminosidad. Sus tallos eran rígidos y, contrariamente a las demás flores, no se movían al soplo de la brisa del lago, como si, dotadas de una inquietante lucidez, tuvieran cuidado en no ceder jamás ante la languidez que las amenazaba, por parte de aquella agua dulce, de aquel lago de dulzura, de aquel vientre de agua del que habían nacido. A su lado, más raras y menos rígidas, con sus tallos aterciopelados y flexibles, las flores moradas se abandonaban al menor asalto de la brisa y, hembras, se

Librodot

doblegaban debajo de ella. Y sin embargo, en ellas moría la claridad de las flores amarillas, en su esplendor extasiado y siempre pronto a ceder.

Aquella avenencia de las flores entre sí hizo subir a todos los puntos del cuerpo del hombre un violento flujo de presencia y de memoria, y el hombre tuvo la impresión de estar colmado de conocimiento.

Prosiguió su camino.

Y a la salida del cañaveral, la vio que estaba de pie, al otro lado de la bahía, y que le miraba caminar hacia ella.

FIN

Librodot